



PÍO  
BAROJA  
**LOS  
CAPRICHOS  
DE LA  
SUERTE**

Prólogo  
José-Carlos Mainer

Edición y anotación  
Ernesto Viamonte



Lectulandia

Escrito entre 1950 y 1951, el manuscrito de esta novela se encontraba en la casa familiar de los Baroja, en Itzea, y formaba parte de una nueva serie de novelas que Baroja inició en 1950 con el nombre genérico de «Las saturnales».

La novela se ambienta en la época de la Guerra Civil española. Su protagonista, Luis Goyena, periodista republicano y álgter ego del autor, huye a pie del Madrid en guerra hacia Valencia para, desde allí, escapar a París.

Consigue llegar a la ciudad francesa, donde conoce a Gloria, con la que inicia una relación amorosa, pero su situación económica es cada vez peor. En París se suceden las tertulias y se habla mucho de los terribles sucesos de España. Pero Europa entra también en guerra y nada se puede esperar allí.

**Lectulandia**

Pío Baroja

# **Los caprichos de la suerte**

**Las Saturnales - 3**

ePub r1.0

Titivillus 11.05.16

Pío Baroja, 2015  
Fotografía de cubierta: André Zucca

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Unas notas sobre Pío Baroja y la guerra civil

«Nadie con solvencia moral o intelectual olvida al gran Baroja, ni piensa que otro pudiera mejor que él escribir de estos *Episodios*, tan definitivos, de nuestros días». Esto escribía el poeta Antonio Machado al novelista Pío Baroja el 1 de junio de 1938. Lo hacía desde Barcelona, con la salud muy estragada pero entregado como siempre a la causa de la República en guerra. Baroja residía entonces en París y, aunque prefería el triunfo de los franquistas y deseaba el final de la República, había tenido que abandonar dos veces la España de Franco: la primera en 1936 porque estuvo a punto de ser fusilado, la segunda —en los primeros días de 1938— por respirar algo de más libertad y facilitar sus contactos con la prensa hispanoamericana, que era su medio de vida.

Sin duda, Baroja no recibió aquella misiva en su casillero del Colegio de España. Y ni siquiera la buena fe de su amigo podía sostener que Baroja llegara a escribir con el convencimiento y la dolorida imparcialidad de Galdós unos «Episodios nacionales» de la guerra civil. Es cierto que, desde 1900, había sido el insomne testigo de la vida de su país, pero siempre vista desde el interior de una clase media intelectual, laica, descontenta y radical, que era la suya. Entre 1930 y 1936, Baroja ya había advertido con alarma que aquel grupo social tenía poco que hacer frente a los políticos profesionales y los periodistas atrevidos; nunca le habían gustado los socialistas y menos todavía, los comunistas; su simpatía por los anarquistas fue muy superficial y literaria y, aunque en 1910 había militado en el radicalismo republicano, lo abandonó enseguida. En la trilogía de novelas *La selva oscura* (1931-1932) mostró su poco aprecio por las conspiraciones contra la monarquía alfonsina (que Baroja también aborrecía), su aprensión ante el ascendiente del fanatismo y su preocupación por la doble destrucción del liberalismo progresista y de la cultura tradicional, desplazados por la prensa de combate, las vociferantes emisoras de radio y la omnipresente politización de la vida (consignó esa nostalgia en un precioso libro, *Vitrina pintoresca*, 1935, que fue un réquiem emocionado por la España popular que había conocido a principios de siglo).

Para alguien que viera su derredor con ojos tan pesimistas, la tentación más obvia era mirar hacia atrás en el tiempo. Ya lo hizo al evocar el encanto ajado del siglo XIX romántico en la preciosa y larga serie de *Memorias de un hombre de acción* (1913-1935) y siguió haciéndolo, tras la guerra civil, al evocar el Siglo de las Luces (*El caballero de Erláiz*, 1943) y al complacerse en viejas historias de aventuras marítimas o en relatos de conspiradores. Y también concibió sus memorias, *Desde la última vuelta del camino* (1944-1949), como una cita de sus lectores con el mundo más ameno y apacible del que fueron arrancados en 1936. Pero también conoció la fuerza de una pulsión casi masoquista por escribir de los días atroces de la guerra: sentía el humano deseo de justificarse y, sobre todo, su veterano y nunca desmentido compromiso de compartir sus puntos de vista con sus fieles. A lo largo de muchos

años, estos lectores habían sido los jóvenes radicales, más de un obrero cultivado y la clase media más avanzada; en los años cuarenta perseveraron los de siempre, algo más viejos y desengañados, y empezaron a serlo otros descontentos de toda laya. Y todo esto le llevó a escribir febrilmente acerca de la guerra, dando la razón a Antonio Machado en aquella carta de 1938 que no había leído...

En 1937 ya publicó su primera apreciación de la guerra, *Todo acaba bien... a veces*, en forma de diálogo teatral, y en 1938, *Susana* (luego titulada *Susana y los cazadores de moscas*); de 1939 fue *Laura o la soledad sin remedio*, que es la mejor de todas las narraciones que escribió sobre ese tema, y contemporánea de la publicación en Santiago de Chile de sus artículos y reflexiones sobre la guerra, *Ayer y hoy*, que no satisfarían a ninguno de los bandos contendientes. En todas estas obras el escenario principal era París, adonde llegan testigos, noticias y bulos de la guerra, como también sucede en *El hotel del Cisne* (1946), sobre cuya trama ya planean los agoreros inicios de la Segunda Guerra Mundial. Pero fue a finales del decenio de los cuarenta, instalado en Madrid en su nuevo domicilio de la calle Ruiz de Alarcón, restablecida su rutina y rodeado de su tertulia vespertina (donde supo de nuevos acontecimientos, brutalidades y exageraciones), cuando trabajó más denodadamente sobre su imagen de la contienda. Allí escribió un nuevo tomo destinado a completar sus memorias *Desde la última vuelta del camino*: el VII, *La guerra civil en la frontera*, que vio la primera luz en en 2005, y los libros inconclusos *Ilusión y realidad* y *Rojos y blancos*. Nunca terminó una trilogía, *Días aciagos*, que había iniciado la ya citada novela *El hotel del Cisne*, pero sí dedicó mucho tiempo a otra, *Las saturnales*, que decidió ambientar en España y cuyo primer fruto, *El cantor vagabundo*, se concluyó e imprimió en 1950. Pero en 1949 andaba ya escribiendo otro volumen de la serie, *Misérias de la guerra*, que en octubre de 1951 —Baroja se lo contó a su amigo y admirador Eduardo Ranch— no había logrado la autorización de la censura. En 2006, el escritor Miguel Sánchez-Ostiz publicó una transcripción del texto, anotó sus referencias históricas y le añadió un «posfacio», «El Madrid en Guerra de Pío Baroja», que da cuenta de los pasos del proyecto. Allí se menciona también la existencia de la tercera parte de *Las saturnales*, el presente relato *Los caprichos de la suerte*, que casi un decenio después los lectores de Baroja pueden tener en sus manos.

En aquellas fechas Baroja reutilizaba a menudo textos antiguos, o taraceaba añadidos y correcciones sobre materiales que aun no había empleado. Y a menudo, los olvidos que causaba la arterioesclerosis le jugaban malas pasadas. En *Los caprichos de la suerte* reescribió, de hecho, otra novela corta, *Los caprichos del destino*, que había publicado en la colección de relatos *Los enigmáticos* (1948). El protagonista de esta es Jesús Martín Elorza, viudo, profesor auxiliar de Universidad que hizo una modesta carrera política durante el periodo republicano y que, en 1936, logró emigrar a París donde se ganó la vida escribiendo para un periódico de Buenos Aires. El lector de nuestra novela advertirá que la vida y milagros del periodista Luis Goyena y Elorrio, que firma como «Juan de Oyarzun», tienen mucho en común con

los de aquel otro y que tanto sus desencantos ideológicos como los frustrantes amores de Elorza con Flora Bertrand se desarrollan, con más explicitud y crudeza, en la relación erótica de Oyarzun y Gloria. Pero si las páginas de *Los caprichos de la suerte* nacen de una reescritura de *Los caprichos del destino*, la trama de la novela desemboca también en la de otro relato de 1946, *El hotel del Cisne*, pintoresco refugio de exiliados internacionales que Baroja coloca en las cercanías del curioso parque de las Buttes-Chaumont, al noreste de París, donde reconocemos al pintoresco, indefenso y un tanto chaplinesco Procopio Pagani, el hombre cuyas pesadillas ocupaban gran parte de aquella novela. Tampoco ha olvidado Baroja los nexos de unión con las otras dos novelas del ciclo: el coronel británico Carlos Evans, una suerte de espía jubilado, se mueve también, siempre escéptico, por las trochas de esta novela como lo hizo en *Misericordias de la guerra* y en *El cantor vagabundo*, a título de primo del fascinante protagonista de este relato, el viejo buhonero Luis Carvajal y Evans. Desde las páginas de *La busca* y *La ciudad de la niebla*, pasando por las de la trilogía *El mar* y no pocos relatos de las *Memorias de un hombre de acción*, hasta llegar a estas otras tan tardías, Baroja utilizó su particular visión de la impavidez y el pragmatismo británicos como perspectiva y fiel contraste de la obstinación y la mala cabeza de sus paisanos.

*Los caprichos de la suerte* es una novela falta de una última mano, que a veces tiene aire de esbozo vertiginoso, otras es un atropellado memorial de agravios y a menudo se trueca en una tertulia donde ya se ha hablado todo. Pero en la traza certera de un personaje secundario y efímero, en cualquier réplica apasionada o escéptica, en una ráfaga vivaz de paisaje o en la complacida evocación de un barrio de París, reconocemos siempre al mejor Baroja. Es un escritor al final de su carrera —una situación que él mismo ya había autodiagnosticado ¡en torno a 1912!— pero cuya fidelidad a la escritura y al diálogo con sus lectores tenía, en lo más áspero de la posguerra, algo o mucho de heroico. El rescate de la última novela que compone la trilogía *Las saturnales* debería ser una noticia mayor en la historia de las letras contemporáneas de nuestro país, donde Baroja ha sido una lectura significativamente transversal de sus coetáneos y herederos: lo han leído y elogiado Azorín y Antonio Machado, Ortega y Gasset y Ramón J. Sender, Juan Benet y Manuel Vázquez Montalbán, Eduardo Mendoza y Carlos Castilla del Pino, Andrés Trapiello, Fernando Savater y Antonio Muñoz Molina. No parecen malas recomendaciones para la posteridad.

JOSÉ-CARLOS MAINER

## Nota a la edición

El texto que contiene *Los caprichos de la suerte* se guarda en Itzea, la casa de los Baroja sita en Vera de Bidasoa. Se encuentra dentro de una carpeta cuyo exterior nos informa: «Carpeta nº 10. Pío Baroja. Novelas de la guerra. Los caprichos de la suerte. III Parte. (A la desbandada)». No se trata del original en sentido estricto, sino de un escrito a máquina que se acompaña de un sinnúmero de adiciones de mano del propio autor. Además, a las hojas mecanografiadas se les añaden con frecuencia banderillas —de 4 y 5 cm de alto por anchos más variables— con supresiones, añadidos o enmiendas al texto, lo que lleva a la creación de verdaderos *collages*.

A la hora de fijar el texto, se ha tenido que contar con el lógico deterioro del mecanoscrito que presenta zonas borrosas y deturpadas. Se organiza en tres cuadernillos cosidos —falta un cuarto— más dos primeras hojas sueltas en las que vienen el título y el exergo. Todas ellas son, en realidad, folios cortados por la mitad, que fueron mecanografiados completos y posteriormente divididos. Lo reafirma el descubrimiento de una copia desestimada de *Los caprichos de la suerte* —hecha en tamaño folio y numerada correlativamente— que hallé entre los papeles de Baroja. Este material sirvió para reconstruir algún pequeño tramo de la novela.

El texto presenta una doble numeración: una a máquina —hecha por el mecanógrafo— y otra a mano con distinta letra a la de don Pío. Esta segunda duplica algunas de las numeraciones e incluso yerra en ocasiones.

Para la fijación del texto se ha contado con otra fuente auxiliar, ya que una parte de *Los caprichos de la suerte* aparece en *Aquí París*, obra impresa en 1955. Se trata de un libro que repasa el exilio de Pío Baroja durante la guerra civil. No obstante entre ambas publicaciones hay curiosas diferencias. La mayoría de ellas son pequeñas interpolaciones, pero la mayor novedad estriba en que en *Aquí París* hay un narrador en primera persona, que no es otro que Pío Baroja que repasa su destierro parisino, mientras que en *Los caprichos de la suerte* el narrador-personaje Baroja desaparece y la persona narrativa pasa a ser la tercera.

La estructura de la novela mediante capítulos contiene una serie de vacilaciones que se han corregido: duplicidad en la numeración, errores en la ordenación... Se ha procedido a numerar los apartados correlativamente siguiendo la secuencia de escritura.

Hemos llamado a la amiga de Elorrio, Gloria, nombre último que Baroja dio al personaje, en detrimento del original, Flora. Tal cambio tiene consecuencias en la anulación de un calambur mitológico que ocurre en el capítulo VIII de la tercera parte y que queda oportunamente señalado.

Por otro lado, en esta presentación de *Los caprichos de la suerte* se ha procedido, como es habitual en ediciones modernas, a actualizar la ortografía. La puntuación ha sufrido mínimos retoques, bien cuando era defectuosa, bien cuando daba lugar a lecturas dudosas. Se han unificado y actualizado todo tipo de extranjerismos,

nombres propios, uso de mayúsculas, acentuación, interrogaciones, exclamaciones, uso de guiones, entrecomillados... Con todo y con eso, siempre se han respetado las peculiaridades estilísticas barrojanas.

ERNESTO VIAMONTE LUCIENTES



«Esos tipos de mujeres tan sugestivos como la Tarnowska llamada Semíramis en París.

Entre las estudiantes francesas la mayoría era muy reservada, aunque había algunas pocas que se sentían bacantes. Las norteamericanas eran las más atrevidas y entre ellas había muchas borrachas y entusiastas del whisky».

## PRÓLOGO

Hay quien sospecha —los emborronadores de papel somos suspicaces— que el que escribió este libro, medio en serio medio en broma, fue Luis Goyena y Elorrio. Se dice que primero le dio el título de la *Danza de la Muerte*, tomándolo de la obra de un supuesto Sem Tob, judío español y moralista, quien quiso dar en la jaculatoria de este mismo nombre, la impresión de la inanidad, de la miseria, de lo fugitivo de la vida humana.

Después, pareciéndole, sin duda, el título demasiado petulante, Goyena y Elorrio llamó a su libro *Los Caprichos de la Suerte*, para recalcar el valor de la casualidad y de lo fortuito en la vida, sobre todo en época de disturbios y de revoluciones.

Hay que reconocer que los grandes acontecimientos no producen buena literatura, más bien sirven para engendrar libros mediocres. En las épocas de lucha y de violencia, la energía se enfoca íntegra en la acción y no queda remanente alguno para otras actividades.

Goyena y Elorrio metió lo que encontró en el arroyo en su bolsa, que podía tomarse como saco de traperero, y lo dio a la imprenta en una pequeña ciudad de la América del Sur, y no tuvo con su libro el menor éxito.

## **PRIMERA PARTE**

---

# **ESCAPATORIA HACIA EL MAR**

I  
LUIS GOYENA

LUIS GOYENA Y ELORRIO, hijo de un médico de una aldea guipuzcoana próxima a Oyarzun, era un tipo casi autodidacto. Al estudiar su bachillerato, no quiso estudiar medicina, como le indicaba su padre. Le parecía un oficio incómodo, trabajoso. Decidió *motu proprio* hacerse licenciado en Filosofía y Letras, materias por las que tenía más afición, y mal pagado vivió dando lecciones de latín y de griego.

El padre era un tipo de médico de pueblo, seco, mal humorado, tirando a carlista. La madre una mujer fanática y la hermana de Luis también.

Esto hacía que él no pudiera vivir a gusto en su casa. No se entendía con nadie de la familia. Al padre le parecía una traición que su hijo se hubiera hecho periodista y escribiera con sentido liberal exagerado.

Luis era hombre trabajador, constante, de voluntad.

Había estudiado latín y algo de griego; y de los idiomas modernos, el francés y el inglés. Más tarde comenzó a escribir en los periódicos, unas veces con su nombre y apellido, Luis Goyena, y otras con el seudónimo de Juan de Oyarzun. Goyena había dejado en el pueblo a una muchacha a quien escribía y con la que esperaba casarse si sus asuntos marchaban bien, pero al comienzo de la República y durante ella, la familia de su novia y su novia tomaron una actitud de intransigencia y de fanatismo y las cartas de la chica escasearon y al último cesaron.

Al parecer, los de la familia leyeron o les contaron lo que decía Luis Goyena en sus artículos, y obligaron a la muchacha a que rompiera con su novio. Goyena entonces para colaborar en los periódicos empleó el seudónimo de Juan de Oyarzun. Luis Goyena era bastante conocido entre los periodistas por sus artículos.

Publicó también un libro en el que se mostró brusco e independiente, lo que no era grato para los lectores de la derecha ni de la izquierda. Cuando vino la revolución de 1936, pensó que no le convenía persistir en la actitud que había mostrado en sus artículos y en su libro, y dejó de firmar Oyarzun y comenzó a llamarse Juan Elorrio. Pensaba que el cambio de apellido le podía dar un poco de suerte o por lo menos de tranquilidad. Ya vio que la revolución española no era cosa de broma y que no se podía jugar con ella. Suspendió su colaboración en un periódico hispanoamericano porque había censura y era peligroso mostrarse independiente. Todo el que expusiera una pequeña duda o dijera una orema era considerado en Madrid como un reaccionario digno de fusilamiento.

El desarrollo de los acontecimientos en el Madrid revolucionario se había agriado de tal manera, y fue evolucionando a un final tan de catástrofe, que resultaba ya más que razonable el que toda persona prudente pensara en buscar una salida que le colocase a cubierto y en seguridad de los trastornos que de modo tan claro se anunciaban.

Luis Goyena, ahora en la vida periodística Juan Elorrio, que había tomado el pulso al medio social en que se movía, comenzó a planear un viaje a la Argentina, solución por la que se inclinaba debido a los medios económicos que, en esa difícil ocasión, podría facilitarle el agente madrileño del periódico de Buenos Aires donde desde hacía algún tiempo venía publicando artículos.

Al ver el mal cariz que iba tomando la revolución, porque no se sabía qué es lo que atacaba y qué es lo que patrocinaba, decidió marcharse de Madrid. Pensó primero ir a la aldea donde ejercía su padre, pero en ella le tenían por un tanto heterodoxo y anárquico, y decidió ir a Valencia y de aquí al extranjero. Comenzó a planear el viaje. Iría a pie hasta Cuenca, allí, si podía encontrar un vehículo, lo tomaría y si llegaba a Valencia sano y salvo vería de encontrar un barco que le llevara a Marsella o a Génova.

Se decidió a comenzar su ruta lo más pronto posible.

Elorrio, hombre de cabeza clara, tenía buena memoria. Antes de estallar la guerra había vivido en una pensión de la calle de la Cruz. Solía frecuentar mucho en aquel tiempo el Ateneo, donde pasaba buena parte del día leyendo, y por ese motivo había escogido un hospedaje en las proximidades de la Docta Casa. De la suya al Ateneo apenas necesitaba unos minutos para trasladarse cruzando las plazas del Ángel y la de Santa Ana.

En los tiempos pasados próximos, para poder procurarse algún ingreso suplementario a lo que constituía la base de su vida, además de sus colaboraciones periodísticas escribió un par de libros que, por prudencia o por lo que fuera, aparecieron sin llevar su nombre en la cubierta. Había que resguardarse contra los azares de un incierto futuro. En el periódico de América firmaba Juan de Oyarzun. En pleno período revolucionario suspendió su colaboración.

En su avatar de viajero, Goyena iba a llamarse Juan Elorrio.

Como escritor no podía decirse que hubiera alcanzado nombre de los que suenan en las conversaciones, pero entre los del oficio comenzaba a estimársele, a ser tenido en cuenta debido a su seriedad, a su competencia, a su cultura y a un estilo claro y preciso, sin adornos y recovecos retóricos.

Era su condición principal la de hombre prudente y claro, poco amigo de meterse en asuntos estrepitosos, ni de atropellar las jerarquías admitidas, por juzgar la época en que el destino le había hecho vivir bastante peligrosa y mediocre. No tenía por el momento interés ninguno en destacarse, prefería pasar como tipo borroso, y ponía empeño en huir de actitudes exageradas y de toda clase de temas políticos y llamativos. Ya se daba cuenta de que el terreno era inseguro y solo con el anónimo se podía entregar a la violencia, aunque esto era también expuesto y peligroso. Se veía el final de la guerra, pero ello no evitaba el peligro, porque llegaba la época de las denuncias, de las delaciones tan gratas al español.

Goyena Elorrio, hombre muy trabajador, era de los que una vez con la pluma en la mano estaban dispuestos a agarrarse a todo lo que saliera para ir viviendo. Había

hecho traducciones del francés y del inglés. Dominaba el francés y podía entenderlas con el inglés de una novela o de un libro de ensayos, siempre que no fuera la obra de un esteta alambicado.

Entre los trabajos a que Elorrio se dedicó en aquel tiempo, uno de ellos fue la redacción de una *Memoria* documentada sobre la guerra civil española. *Memoria* que debía presentar a la superioridad, como cosa propia, un jefe con el que el periodista había establecido relaciones de amistad, en el tiempo en que ambos coincidieron en torno a la mesa del comedor de la casa de huéspedes de la calle de la Cruz.

Este amigo militar, cuando Elorrio pensó en salir de Madrid, fue el que proporcionó la documentación necesaria. El periodista le rogó que los papeles no estuviesen extendidos a su nombre, sino a otro cualquiera, y el jefe, cuando le entregó los documentos en un bar de la puerta de Atocha, le dijo:

—Aquí está el documento. Viene en blanco, para que de ese modo pueda ser usted mismo quien se bautice. Dígame el nombre que quiera y lo escribiré con mi letra.

Elorrio le dijo que pusiera Luis García Peña y su amigo así lo hizo. Le entregó el militar después cien duros, pagando con esa cantidad en parte el trabajo de la redacción de la *Memoria*, de la que el militar pensaba sacar consecuencias beneficiosas para el ascenso en su carrera.

Elorrio en su labor periodística última había tendido siempre a escribir sobre temas generales, sin ahondar en ellos mucho, sin mostrar tampoco demasiada pasión por la defensa de los ideales que exponía. Por ese motivo sus escritos se habían censurado siempre como fríos, actitud nada prudente en una época revolucionaria en la que el grito y hasta el aullido eran lo normal.

Dándose asimismo cuenta de la falta de influencias auténticas con que contaba en Madrid, y del peligro que esto suponía en el caso de que algún azar infortunado se cerniera sobre él, decidió marchar a Valencia y desde la capital levantina encaminarse a París. No le faltaría en el puerto levantino algún barco que le sirviera para llegar a Marsella.

Tiempo atrás, Elorrio, que acostumbraba llevar barba bastante crecida y el pelo también un poco largo, había prescindido de su exuberancia capilar. Tenía el pelo rubio, tirando a rojo, y la barba del mismo color. Sin melenas y sin barba parecía otra persona. Así daba la impresión de un hombre de veinticuatro o veinticinco años, pero tenía algunos más. Para salir de Madrid, no solo se cortó el pelo, sino que se lo tiñó de negro y disimuló sus ojos poniéndose gafas de cristales oscuros. No podía sorprender aquello, pues, según algunos maliciosos, en ese tiempo la población madrileña sufrió de repente una epidemia de oftalmias y conjuntivitis más o menos auténticas que les obligaba a taparse los ojos. Pero no era una necesidad terapéutica la que obligaba el tratamiento a los supuestos enfermos, sino una necesidad de disfraz.

Elorrio pensó primero en marchar por el Metro al Puente de Vallecas, pero todas

las estaciones estaban por entonces muy vigiladas.

Estas estaciones se iban convirtiendo en asilo de gentes pobres que llevaban con ellos colchones pequeños o por lo menos una manta, y dormían en un túnel como podían.

La policía pedía con frecuencia la documentación a todos los que se refugiaban en los subterráneos del Metro.

Era en la época del bombardeo de Madrid y de la presentación de las Brigadas Internacionales en otoño.

Elorrio, después de dejar su casa, había pensado ir a vivir unos días o unas semanas, si era necesario, al barrio del Puente de Vallecas. Fue como había dispuesto.

El viaje al Puente de Vallecas no le hizo mucha gracia. El camino estaba solitario con sus chozas derruidas. Todo tenía un aire intranquilizador. La tierra abandonada y sin cultivar. Pasó por delante de un barrio que llamaban California, y de otro conocido con el nombre del de las Letras, con barracas pobres, cuevas y tabernas y con gente de mal aspecto. Elorrio estuvo a punto de volverse a Madrid alarmado, hasta que haciendo fuerzas de flaqueza, se dijo:

—Adelante, pase lo que pase.

Llegó al Puente de Vallecas.

Había sabido que en este barrio, ya incorporado a la capital, había varias casas de huéspedes de gente obrera y de pequeños oficinistas, y fue a una de ellas y pudo notar que los avales del jefe militar para quien había trabajado tenían valor. Tomó habitación en una casa de huéspedes de aquel barrio populoso y dijo que era obrero mecánico. Se dibujaban en el porvenir tiempos difíciles y era preciso administrarse con cierta cautela, tanto en cuestiones de dinero como en la conversación.

Por todas partes se oía este canto con un ritmo pesado y triste:

*A las puertas de Madrid,  
lo primero que se ve  
son milicianos de pega  
sentados en el café.*

En la casa de huéspedes del Puente de Vallecas se encontró Elorrio con un cómico de la legua, bastante malo en su profesión, quien dijo llamarse Emilio Muñoz. Era este su nombre verdadero, no tenía motivos para ocultarlo y podía afrontar sin disfraces ni prevenciones las incidencias del momento y aun las del futuro, porque no había tomado parte en política.

La única habilidad clara de Muñoz era tocar medianamente la guitarra y cantar con poca voz, pero con cierta gracia.

Un día Elorrio discutió con Muñoz, como si se tratara de un caprichoso deporte, el tema de las facilidades de la caracterización, afirmando el primero que no comprendía cómo la gente no se disfrazaba para despistar a sus enemigos, en lugar de presentarse a ellos a cara descubierta.

—No crea usted —dijo el cómico de la legua— que eso de cambiarse de tipo sea tan fácil. Sobre todo la cara y la actitud para el que conoce a una persona.

Al periodista le tuvo que sorprender bastante aquella declaración. Le chocaba oír la expuesta por un especialista de la farándula que algo tenía que saber de esas cuestiones.

—Sí, yo creo —también dijo Elorrio— que a un hombre que se haya visto con frecuencia no le pueden engañar, porque eso no pasa más que en las novelas de Ponson du Terrail en donde en uno de los tomos de Rocambole hay un tipo que, al entrar bajo un puente de Londres, se frota la cara con un líquido, y al salir, se le pone cara de negro con el pelo ensortijado y todo.

El cómico se rió. Elorrio trataba de aclarar la cuestión porque le convenía.

—De todas maneras pienso que a un hombre a quien se le vea con barba y sin anteojos y que luego se le encuentre afeitado y con anteojos, no será fácil reconocerlo.

El cómico se afirmaba en su opinión, no daba su brazo a torcer e insistía:

—No, no —afirmaba Muñoz—. Siempre es muy difícil, por mucha maña que se tenga para la caracterización, el cambiar de tipo de cara y de movimientos y el despistar a los amigos y conocidos.

Elorrio no quiso discutir demasiado.

Se decía en el barrio que tanto en el Puente de Vallecas como en la villa del mismo nombre había muchos comunistas y muchos emboscados.

No era fácil el comprobarlo, porque la gente del pueblo, sobre todo la pobre, tomaba la actitud general del vecindario. No se iba a poner en contra de los que mandaban, porque todavía el rico se puede defender de la opinión que reina y de la marea que sube, pero el pobre no puede hacerlo y tiene que gritar con el que grita y amenazar con el que amenaza para ir viviendo.

EL DÍA EN QUE SALIERON del extrarradio de Madrid, Elorrio y Muñoz, para comenzar su viaje, aguardaron a que se hiciese de noche. Dejaron el Puente de Vallecas, cruzaron la vía del tren y deslizándose por entre las tapias del Cerro de la Plata, venciendo repechos y salvando hondonadas, fueron a dar en un camino que se alejaba de la capital entre tierras grises y poco fértiles. Habían dejado a la derecha el Manzanares que traía en el momento de sequía escasa corriente de agua y esta muy sucia.

El tiempo no era bueno para la fuga. Se notaba demasiado a la gente en la carretera. El aire estaba lleno de polvo. Anduvieron husmeando por uno y otro lado, volviéndose de tiempo en tiempo a mirar la silueta de Madrid, que se perfilaba con dureza sobre el horizonte de la sierra. Horas antes, en el crepúsculo, el cielo se había teñido con colores rojos, siniestros, pero ya entonces todo iba tomando una oscuridad protectora.

El camino por donde emprendieron la marcha se veía iluminado a trozos por rayos de resplandor brillantes, que aclaraban el paisaje, lanzados por algunos reflectores eléctricos.

Se alejaron con marcha acelerada durante varias horas, y al amanecer descubrieron una vasta extensión de tierras pobres y desprovistas de todo cultivo. De trecho en trecho les salían al paso ruinas de casas, trincheras de rojos y de blancos abandonadas por las incidencias del sitio que a la capital tenían puesto en parte los nacionales.

Cuando se hizo de nuevo de noche, encontraron un pueblo y se acogieron a una posada. Comieron en el mesón y estuvieron escuchando a unos tipos que discutían sobre la política y el comunismo. Pidieron al patrón que les dejase dormir en un desván y en él se tendieron sobre montones de paja.

Al día siguiente tomaron el camino que en la posada les indicaron, buscando sitio por donde cruzar el Jarama. Venía medio seco y lo pudieron atravesar sin la menor dificultad. Durmieron ese día en una venta en Arganda.

Al tenderse Elorrio en un camastro empezó a recitar:

*Arganda pueblo de bandas  
comunistas y fascistas,  
de curiosos ergotistas  
de los que hay buenos ejemplos.*

—¿Sabe usted hacer versos? —le preguntó el cómico.

—Yo creo que versos malos los hace todo el mundo si quiere.

—Yo no los puedo hacer; me es imposible.

Al salir del pueblo del vino por la madrugada y al clarear el horizonte se encontraron en Perales de Tajuña. El río de este nombre llevaba también muy poca agua.

A un lado del camino, sentada a la puerta de una casa solitaria sobre una silla de esparto, vieron una hilandera decrepita ocupada en el manejo de su huso y de su rueca. La casa que la vieja parecía guardar no podía ser más humilde. De una planta sola, tenía sus paredes desconchadas, sus largueros al descubierto y entre ellos mostraban tomizas secas. La acción constante del sol y la lluvia le había dado a la casucha pobre un aire de vejez y de miseria muy semejante a su propietaria.

La puesta de sol, en aquel campo castellano desierto y árido, en medio del más absoluto silencio, imponía terror al espíritu de los viajeros.

Después, cuando la noche cerró, el brillar de las estrellas les pareció algo más plácido y agradable. De pronto se encontraron con la hondonada del Tajuña. El verano había sido seco y el río llevaba poca agua.

Elorrio recitó en broma:

*Tajuña se esconde y calla  
con su mísera corriente,  
pero a veces va y se engalla  
y se traga mucha gente.*

Luego se decidió a vadearlo a pie sin tomar ninguna clase de precauciones. Su compañero de andanzas, Muñoz el cómico, le retuvo diciéndole que debía obrar con más cautela. Quién sabía si había hoyos en el cauce del río y si por casualidad se hundía en uno de ellos, cosa muy dentro de lo posible, podía desaparecer para siempre. Aunque el cómico decía que no daba gran valor a su vida pobre, tampoco quería perderla en un lance tan vulgar y tan lejos de un público.

—Entonces... ¿qué hacemos? —preguntó Elorrio, detenido en la margen del río en plena perplejidad.

—Vamos a ver —dijo el cómico— si en ese puente de hierro por donde pasa un pequeño ferrocarril hay vigilancia, y en caso de que no la haya cruzaremos con más seguridad.

Se acercaron con mucha precaución. A pocos pasos de donde estaban parados, sobre una colina baja, pudieron descubrir el enrejado de un puente que pertenecía a un ferrocarril que ya no debía funcionar.

Se aproximaron con cautela al puente del tren y lo encontraron abandonado y sin vigilancia. El tráfico debía de estar en aquel tiempo suspendido, por lo menos de noche. Pasaron por encima de tableros y de barras de hierro a la otra orilla y otearon los alrededores y no vieron nada sospechoso.

*Este Tajuña es atroz,  
viene tan seco y tan pobre  
que no hay agua que le sobre*

*ni aun para hacer un arroz,*

recitó en broma Elorrio.

El puente les sirvió para no tener que descalzarse, ni exponerse al peligro de un hoyo traicionero. Tras un pequeño descanso, decidieron seguir adelante. Al salir de Perales estuvieron contemplando la silueta de Tielmes, pueblo próximo a la carretera con sus casas cuidadas y una vega con hermosas huertas. La suerte les fue propicia en esa parte del camino, pues tuvieron ocasión de ahorrar fuerzas para seguir el viaje merced a la buena voluntad de un aldeano, que aquella mañana se dirigía con un vehículo sin carga hacia Tarancón. El carretero les invitó a subir.

Al acercarse a Fuentidueña del Tajo vieron la masa de un gran castillo, de silueta imponente, en ruinas. No quedaban ya de él en pie más que algunas viejas murallas, restos venerables e inseguros de una antigua y gran fortaleza. Estaba ya arruinada en su totalidad. En otro tiempo, este castillo era, al parecer, de las órdenes militares y tenía importancia y fama.

Los restos del castillo estaban abandonados. En la parte alta de un repecho y a sus pies se veía un terreno montañoso de cuevas con roquetas, habitadas sin duda por gente mísera.

Desde el sitio que ellos contemplaban la fortaleza, la veían llena de agujeros en línea recta, lo que hacía suponer que en los días de su esplendor, el castillo había tenido varios pisos.

Al otro lado del pueblo de Fuentidueña se levantaba otra ruina informe. Las alturas próximas a la carretera eran en su mayoría de un terreno arenoso, suelto, lleno de piedras de color gris con matorrales de tomillo, y hacia la parte por donde se extendía la vega, había zonas cuadradas con juncos.

Elorrio se puso a recitar:

*Castillo de Fuentidueña  
ruina antes de templarios,  
sin torres ni campanarios  
donde anida la cigüeña.*

Por casi todo el camino que siguieron pasaron por delante de cuevas donde vivían gentes pobres y chiquillos medio desnudos que corrían por los alrededores persiguiendo lagartijas y saltamontes.

Desde Fuentidueña del Tajo siguieron hasta rebasar Villarejo de Salvanés. Este pueblo mostraba un convento, una iglesia y un pequeño castillo.

III  
DE TARANCÓN A CUENCA

DESDE FUENTIDUEÑA marcharon los viajeros en busca de Tarancón.

Por toda aquella parte del camino se cruzaban a cada paso con labradores que iban a sus faenas siguiendo el tardo compás de las yuntas. Los bueyes llevaban en medio de los cuernos, colgando, un cesto con un barrilito con agua, además de los enseres precisos para poder preparar en el campo la comida del mediodía. Los labradores llamaban a esta «el rancho». Acostumbraban, al parecer, a no regresar a la aldea hasta la noche, para aprovechar el día y todas sus horas de luz.

A poco de haber dejado a su espalda Fuentidueña, el compañero de Elorrio se echó a temblar como si hubiese tropezado con un alma en pena o un dragón. Señaló al periodista lleno de susto, extendiendo el índice hacia la cuneta del camino, un lagarto que tendría muy cerca de un metro de largo. El animal pequeño como saurio, aunque grande como lacértido, muy verde, que se había visto sorprendido mientras tomaba plácidamente el sol por la presencia de dos sujetos con los que no contaba, se quedó mirando un momento a los viajeros, asustado, y después, de una manera brusca, desapareció acogiéndose al refugio que le brindaba la maleza.

Muñoz y Elorrio siguieron su camino.

Muñoz habló mucho del lagarto verde del camino. Sin duda le preocupaba. Elorrio dijo que le iba a dedicar unas coplas y comenzó así:

*Lagarto verde y feroz  
que me miras con escama,  
no pienses que mi programa  
es comerte con arroz.*

Llegaron a Tarancón, que parecía pueblo bastante grande y tenía algunas cuevas en sus alrededores.

Elorrio le dijo a su compañero Muñoz:

—Quizá sea usted pariente de Fernando Muñoz, un buen mozo que salió de este pueblo para conquistar la suerte con el prestigio de su figura. Fue primero amante de la reina María Cristina, cuando él era guardia de corps, y después marido de la misma, que le dio el título de Duque de Riánsares.

—No lo sé. No estoy enterado —contestó el cómico—. Pero creo que no, porque mi familia ha sido de labriegos pobres.

—Este Muñoz de Tarancón que subió tan alto tampoco había sido hombre rico. El padre, Juan Muñoz, y su madre, Eusebia Sánchez, vivían de un estanco en este pueblo. Como ve usted, no les pasaba lo que a los aristócratas de los folletines franceses, que tienen ascendientes que han estado en las cruzadas.

—¿Y llegaron a tener importancia?

—Se hicieron amigos de la familia real.

Nuestros viajeros coincidieron en un mesón del pueblo de los Muñoces con dos jóvenes que querían trasladarse también a Valencia, pero que carecían de medios para tomar el tren o un autobús. Pretendían hacerse milicianos sobre todo para comer. El uno era hijo de un barbero fascista, que ocultaba cuidadosamente sus ideas por hallarse rodeado de rojos; y el otro, de una viuda dueña de algunas fincas y que era sumamente devota.

Estos dos jóvenes de Tarancón no tenían los papeles que les había prometido la autoridad e invitaron a Elorrio y a Muñoz a quedarse en casa de uno de ellos, hasta que les dieron sus documentos de identificación. Elorrio y Muñoz aceptaron. Estuvieron esperando una semana y al cabo de ella salieron de Tarancón. Fueron bordeando las orillas del Tajo. Comenzaba a presentarse ante su vista un campo más fértil con hermosos árboles.

Los jóvenes que deseaban hacerse milicianos fallaron pronto. A la segunda jornada se sintieron aspeados y dijeron que pensaban hallar algún camión que pudiera llevarlos a su destino sobre ruedas. Elorrio y Muñoz no vieron mal el tener que seguir solos, pues así les parecía menos comprometido el viaje que realizaban. Pensaban que, si en el camino tropezaran con gentes de las que transportaban material de guerra, se dirigirían a ellas a ver si los querían llevar y ahorrarse parte de las fatigas de la ruta.

Al separarse de aquellos muchachos a la puerta de la casa, Muñoz, el cómico de la legua, les dijo:

—¡Buena suerte, amigos! ¿Quién sabe si volveremos a vernos? Arrieros somos y en el camino nos encontraremos.

Cuando tomaron la carretera Muñoz y Elorrio, el cielo se iba tiñendo de rojo hacia poniente, y sobre algunas alturas montañosas destacadas en la lejanía se veían grupos de nubes, que pasaban de la grana al nácar y a la ceniza. El viento del anochecer que azotaba los árboles, torcía las mieses y murmuraba entre las hojas de los árboles; el cielo se clareaba con tono azul profundo, oscuro, que en algunos sitios se ennegrecía. Júpiter brillaba refulgente en lo alto. La noche se iba poco a poco haciéndose dueña de la tierra, una noche tranquila, clara, estrellada, que no parecía ser mucho más negra que el crepúsculo.

Elorrio se despidió de Tarancón con unos versos cómicos que comenzaban así:

*Tarancón por tu sonido  
me pareces un trancazo,  
un muelle que se ha caído  
y ha dado un gran batacazo.*

Ya completamente oscuro, se reunieron con un grupo de muleteros que llevaban las recuas a un pueblo próximo. Se pusieron a hablar con ellos. Del campo les llegaba un hálito fresco de las alamedas que se vislumbraban a lo lejos. La luz de la luna

comenzó a iluminar la campiña y a mitigar el fulgor de las estrellas. Con la luna iba tomando todo un aire teatral y romántico.

Después se unieron a los muleteros varias personas que, sin duda, no se encontraban muy tranquilas marchando solas en el misterio silencioso de la noche, entre ellas una vieja con un fardo de ropa a la cabeza y un viejo que llevaba un saco con algún animal dentro. Este hombre engarzaba los refranes sin parar. La conversación de todos era suspicaz. Sin duda se desconfiaba del prójimo y se hablaba con muchos reparos y distingos, pensando que una palabra o frase podía comprometerles. Dos o tres horas después de salir de Tarancón se tropezaron con dos viejas carretas de cuatro ruedas que las gentes del país utilizaban como un recurso pasajero, después de muchos años arrinconadas, para compensar en las faenas agrícolas la falta de los vehículos modernos que los milicianos habían requisado y que los labradores estaban seguros de que no volverían a ver.

Más adelante se detuvieron para charlar con un pastor al que preguntaron si los de las milicias no les habían requisado los rebaños.

—¿No les han quitado las ovejas? —preguntó Elorrio.

—No —contestó el pastor—. Casi todos los vecinos de pueblo son dueños de alguna res de las que yo guardo.

Los días siguientes Elorrio y Muñoz recorrieron el camino que les faltaba para llegar a Cuenca. No hubo nada interesante que recordar, y durmieron y descansaron de día a la sombra de los árboles.

IV  
EN CUENCA

ELORRIO Y MUÑOZ pensaron detenerse en Cuenca y orientarse un poco y ver qué pasaba por allá. Se acogieron en la carretera a una casa de una mujer sola que les aceptó para dormir por unos pocos reales.

Las hoces del pueblo fue lo que más sorprendió a Elorrio en la ciudad, sobre todo vistas a la luz de la luna.

Cuenca tenía desde lejos un aire guerrero, plantada en su cima. Se alzaba frente a la llanura cruzada por sus ríos con su prestancia de fortaleza, en otro tiempo inexpugnable. Los yermos pedregosos y abruptos que la cercaban mostraban un aire trágico y rudo.

Desde las alturas de su cerro dominaba una gran llanura. Por el fondo de sus barrancos pasaba agua del Júcar y del Huécar, más abundante el primero que el segundo. Las hoces formaban escapes y grietas que servían de foso al baluarte de la antigua ciudad.

Los altos de San Cristóbal, del Socorro y del Rey daban asiento al viejo caserío conquense con sus antiguas y apiñadas casas solariegas reunidas al amparo protector de la Torre de la Mangana.

Elorrio pensó en dedicar unos versos a Cuenca.

*Cuenca tiene en lontananza  
aire trágico y altivo,  
parece un pueblo cautivo  
que prepara una asechanza.*

Así empezó su canción conquense, y la siguió sin grandes absurdos.

—Oiga usted —le dijo Muñoz—, ¿estos versos que usted hace me los podría usted ceder?

—Yo creo que eso no sirve para nada.

—Para mí sí.

—¿Cómo los va usted a emplear?

—Pues publicaré unas hojas y las venderé.

—Ah, muy bien. Como usted quiera.

—¿Y dice usted que le pague algo?

—No, yo no pretendo nada por esas pequeñas bromas.

El perfil de la ciudad destacaba en el cielo los remates de algunos tejados y miradores que se asomaban a verdaderos abismos sobre terreno rocoso.

Del viejo puente que en el siglo XVI costeó, según la tradición, la esplendidez de un canónigo, no quedaban ya más que machones rotos. En tiempo próximo se había tendido otro más atrevido, pero menos sólido en apariencia.

De los dos ríos, el Huécar se deslizaba entre campos fértiles y servía para mover molinos y regar huertas donde se cosechaban verduras abundantes. El Júcar, menos ciudadano que el Huécar, pasaba verde y rumoroso por el álveo profundo de su hoz de piedra.

En lo alto de los cerros destacaba su silueta humilde la ermita de Nuestra Señora de las Angustias, que tenía muchos devotos en la ciudad.

La posada donde Elorrio y Muñoz se detuvieron abría sus puertas en el arrabal, hacia su parte baja, no lejos de las orillas del Júcar.

Las tres noches que estuvieron allí, Elorrio gustó el placer de recorrer el pueblo, entrando por sus callejas hacia la catedral, saturándose del aspecto dramático del ambiente, buen escenario para revivir los lances de las antiguas novelas románticas. Muñoz, menos curioso, prefirió dejar solo a su compañero y descansar pensando que no se habían terminado las andanzas del viaje emprendido, y que aún les quedaban bastantes jornadas duras hasta alcanzar las orillas del Mediterráneo.

Elorrio quiso abstraerse algunas horas de las preocupaciones que asediaban su futuro y recogió los extraños acordes de la sinfonía en la que se combinaba el murmullo de los ríos en el fondo de las hoces, el ladrido de los perros despertados en su sueño inquieto de vigilantes, la resonancia de los pasos a lo largo de las estrechas calles, el chirrido de las lechuzas agoreras en las torres de las iglesias y, en los ruinosos paredones de las viejas murallas medio derruidas, el canto lúgubre de los búhos que parecían enloquecidos por el odio y la cólera.

Una noche, al volver a la posada, se encontró con su compañero Muñoz que devoraba con ansia el resto de una cazuela con arroz que había sobrado del mediodía.

—De usted no se podrá decir lo que dijo un poeta de Madrid, Pedro Barrantes, de un tal Muñoz Lopera, cómplice del crimen de Peñafior del Huerto del Francés.

—¿Qué dijo?

—Le dedicó esta poesía:

*Soy el terrible Muñoz,  
el asesino feroz  
que nunca se encuentra inerme,  
y soy capaz de comerme  
cadáveres con arroz.*

—Cadáveres con arroz es una paella que, aunque como plato diario es un poco monótono, no nos vendría a nosotros mal de cuando en cuando.

—Yo me abonaba a ella por un año —dijo Muñoz.

—Es usted demasiado previsor.

—No. Es que me gusta.

—Yo lo aceptaría con intermitencias.

AL ANOCHECER del tercer día, los viajeros decidieron marcharse de Cuenca. Había notado Muñoz que todos los sitios, posadas o casas míseras donde se alojaban los viandantes se robaba algo: un ovillo de cuerda, una cuchara, un rallador. Muñoz se asustaba porque las fechorías se las podían atribuir a ellos. Elorrio y Muñoz decidieron marcharse. Un domingo les dijeron a los compañeros que saldrían más pronto que de ordinario y que les esperarían en la entrada de la aldea próxima.

Muñoz y Elorrio dejaron el pueblo a media noche y avanzaron cuatro leguas y ya no volvieron a encontrarse con los compañeros de viaje.

Siguieron su ruta tropezando a trechos con casas rodeadas de tapias, unas y otras hechas de adobes. En los campos brillaba el esmalte purpúreo de las digitales y entre los ribazos que festoneaban la carretera se descubrían las flores violetas del brezo.

Se anunciaba la proximidad de tierras más cálidas, de campos más beneficiados por el clima. La comarca llana y ya fértil se veía cercada por montes bajos cubiertos de árboles, y desde sus laderas llegaba hasta el oído de los dos viajeros el tintineo de las esquilas del ganado que pastaba en las praderas verdes, llenas de flores de color que brillaban en el campo.

Sobre el tejado terrero de la ermita humilde se erguía la espadaña, en cuyo hueco pendía quieta una campana. Bajo un tosco arco de piedra tallado sin relieves, cerraba el hueco de la puerta un tablero horadado, a la altura de los ojos, por un ventanillo con rejas. De haberse detenido a curiosear el interior, los dos viajeros habrían podido ver el altar de la ermita desmantelado, sin imágenes, testimonio de haber llegado también hasta allí la sistemática furia de la gente iconoclasta.

El sol se había ido incendiando poco antes de llegar el final del día, llenándose el día de nubes sangrientas. En las ramas de los árboles el cántico de los pájaros despedía la caída de la tarde, mientras se desparramaba por el aire el hálito perfumado del romero y del cantueso.

Se fue oscureciendo el ambiente. Los resplandores rojizos del cielo se trocaron en cárdenos y después en violáceos. Luego terminaron por apagarse del todo y por desaparecer envueltos por las sombras de la noche.

Siguiendo el camino en una de las aldeas, se detuvieron los dos viajeros a dormir en el portal de una casa, y la dueña les contó un sucedido bastante triste. Al parecer había cerca del pueblo un hospital de campaña. Una noche un soldado herido prisionero dejó el hospital, sin que le vieran los practicantes, entretenidos con una empeñada partida de naipes, y se escondió en el sótano de una casa próxima. Todo sucedió sin que nadie se diera cuenta, y por más que buscaron al soldado no le encontraron y tuvieron que darle por desaparecido.

Pasadas algunas semanas, comenzó a flotar por toda la casa un olor sumamente desagradable. Guiados por las emanaciones, bajaron a la cueva y hallaron en ella el cadáver del soldado, ya descompuesto, tendido sobre un montón de paja. Los del hospital le identificaron por la ropa, porque el rostro había desaparecido por la voracidad de una partida de ratas hambrientas.

Al alcanzar Utiel, pueblo ya valenciano que estaba desierto, anduvieron por la calle del Sarratillo, la más alta del pueblo. Durmieron en el corredor de una casa, y al levantarse y salir a la calle a una mujer que estaba barriendo la acera delante de su portal, le preguntaron:

—¿Hay coche para Valencia?

—No creo; tendréis que ir a pie.

—Mala cosa.

—A no ser que...

—¿A no ser qué?

—A no ser que unos milicianos que están en el pueblo os quieran llevar. Aquí cerca tenían un camión a punto de emprender el viaje para Valencia.

—¡Ah, sí! Entonces —dijo Elorrio—, si usted quisiera indicarnos dónde está ese camión, iríamos a ver si nos pueden admitir los milicianos en su compañía.

La mujer, solícita, se ofreció a guiarles, compadecida al verles tan agotados. Fueron los tres hasta una plaza donde, a la puerta de una taberna o bar sin pretensiones, estaba detenido un camión. Se acercaron a la cabina de este, pero la hallaron abandonada. El conductor había quitado el volante temiendo que le robaran el vehículo. Bajo el toldo del camión se amontonaban algunas mochilas.

Se oía el estrépito de voces que en la taberna procedía de un grupo de gente armada en pie ante el mostrador, iluminado por una bombilla eléctrica.

Elorrio se decidió a penetrar en el bar y quiso inquirir si daba con gentes amables, capaces de compadecerse de unos hombres como ellos aspeados y rendidos.

—Vamos a ver, camaradas, ¿quién de vosotros es el jefe? —preguntó el periodista.

—¿Qué me quieres? —le contestó un mozo moreno, de ojos grandes y frente espaciosa, adornada con un mechón de pelo.

—Nos han dicho que vais a Valencia y quisiéramos saber si nos aceptaríais en vuestra compañía. Nos dirigimos también para allá, venimos a pie desde Madrid y estamos derrengados.

—¡Si no sois fascistas! —indicó uno con un dejo de recelo, clavándoles la mirada con fijeza.

—¡Fascistas nosotros! De ninguna manera —contestó Elorrio—. Yo soy periodista y aquí mi camarada es cómico, aunque sin contrata. Tenemos nuestra documentación en regla. Salimos de Madrid aún no hace quince días.

—¿Y qué tal están por allá? —preguntó el jefe de los milicianos.

—En una situación bastante difícil. La comida anda por las nubes.

—¡Comprendo! Por eso habéis tomado las de Villadiego —intervino uno de los milicianos soltando una carcajada.

—Si no sois fascistas —dijo el jefe— y demostráis que no lo sois, no tengo inconveniente en que vengáis con nosotros.

—¡Demostrar! ¡Cómo lo vamos a demostrar! Si fuéramos fascistas, hubiéramos ido a buscarles a ellos —indicó el escritor.

Elorrio y Muñoz presentaron sus papeles. El jefe los miró de prisa. Ni el periodista ni el cómico quedaron muy convencidos de que fuera capaz de deletrearlos. Cuando se los devolvió, les preguntó el mozo dónde tenían su equipaje.

—Lo llevamos encima —contestó Muñoz, sonriendo tristemente.

—¡Bueno, bien se ve que nos sois unos capitalistas que huyen de la quema! El paseo desde Madrid no parece que os ha sentado muy bien. Pero, de todos modos, supongo que no os faltarán medios para pagarnos una ronda antes de emprender la marcha.

—Conformes —dijo Elorrio—, aún nos quedan algunas pesetas en el bolsillo, aunque no sean muchas.

—En ese caso —dijo el camarada jefe dirigiéndose al dueño del bar—, sirve la ronda, págala tú y vámonos.

Muñoz vio que en el bar había una guitarra colgando de un clavo y le dijo al dueño del establecimiento:

—¿Está afinada?

—Sí.

—¿Se puede tocar?

—Sí, ¿por qué no?

Muñoz tomó la guitarra y cantó con mucha afinación:

*Quien te puso petenera,  
quien te puso petenera,  
no te supo poner nombre,  
pues debía haberte puesto,  
ay, Soleá, Soleá...  
quien te puso petenera,  
no te supo poner nombre.*

Y después hizo un rasgueado violento.

—¡Muy bien, muy bien! —dijeron los milicianos—. ¡Otra cosa!

—¿Qué queréis que cante? ¿Un tango antiguo?

—Bueno, vaya un tango.

Muñoz tomó de nuevo la guitarra y cantó:

*De las grandes locuras que el hombre hace,  
no comete ninguna como casarse.  
Por un rato de placer que una mujer suele dar*

*le tiene que mantener y sus caprichos pagar;  
y por la mañana él va a la oficina,  
y ella queda en casa con alguna vecina que es persona fina,  
y el pobre marido a veces berrea como un carnero,  
lleva la mano a la frente y le está chico el sombrero.*

—Bueno, bueno. Ya sabemos que hay cornudos. ¡Hala —dijo el jefe en tono autoritario—, vámonos! Debíamos estar en la carretera.

Hicieron el viaje sin incidentes, en un camión que había sido revisado recientemente. Y como su chófer no le tasaba la gasolina, el motor trabajaba con brío, como si fuera miembro de la CNT o del Partido Comunista.

## SEGUNDA PARTE

---

# VALENCIA LA ROJA

EL VIAJE DE UTIEL A VALENCIA lo hicieron con bastante rapidez. Pasaron por Requena, llegaron a Chiva y de Chiva a Valencia. En todo el camino se cantaron himnos revolucionarios a coro, con bastante desafinación. El que hizo el gasto, sobre todo, fue la Internacional con letra española.

*Arriba parias de la tierra,  
en pie los esclavos sin pan;  
alcemos todos nuestro grito,  
¡viva la Internacional!*

Después se cantó la Varsovienka:

*Negras tormentas  
agitan los aires,  
nubes oscuras  
nos impiden ver;  
aunque nos espere  
el dolor y la muerte  
contra el enemigo nos llama el deber.  
Arroja la bomba,  
que escupe metralla,  
coloca el petardo  
y empuña la Star,  
propaga tu idea revolucionaria  
hasta que consigas amplia libertad.  
Hijos del pueblo  
que oprimen cadenas,  
esa injusticia  
no puede seguir,  
si tu existencia  
es un mundo de penas,  
antes que esclavo  
prefiere morir.*

Al llegar a Valencia, Elorrio no sabía dónde alojarse de primera intención en la ciudad del Turia, y uno de los milicianos le dijo que se podía quedar a dormir en su casa. Tenía un cuarto abuhardillado que, por el momento, no ocupaba nadie.

—Si no estorbo, voy.

—Puedes ir, hasta que encuentres algo.

—Bueno, pues nada, cuando lleguemos yo te sigo.

Al día siguiente fue Goyena Elorrio a visitar a uno de los jefes a quien conocía, de quien había hablado siempre bien, porque era hombre inteligente y buena persona. Lo recibió, y como él le dijo que apenas tenía medios para vivir, le hizo que ingresara en el Palace Hotel, al que llamaban por entonces Casa de la Cultura. Allí estaban alojados profesores, escritores y artistas. Elorrio no quiso significarse. El Palace Hotel se encontraba en la calle de la Paz, que durante algún tiempo se llamó de Peris Valero.

En esta calle de la Paz hubo muchos bombardeos, y en uno de ellos murieron todos los empleados de una barbería y la mayoría de los parroquianos.

También murieron varios en el Pasaje de Ripalda, cerca del Hotel Inglés, hacia la Bajada de San Francisco.

Elorrio se decidió a salir poco a poco a la calle, a no hablar y a trabajar para el protector de Madrid.

Aunque no tenía ningún interés en averiguar lo que ocurría en Valencia, por las conversaciones del comedor se enteró de hechos pasados y recientes que él no quiso ni comentar ni aclarar.

Al parecer, las oficinas rojas de Valencia estaban centralizadas en un cuadrilátero formado por la calle de Sorni, la de Ciscar, la de Colón y la del grabador Esteve.

En medio de este cuadrilátero que formaba una plazuela, estaba instalada y funcionaba una checa.

Se afirmaba que el jefe de todas estas oficinas era un señor de origen alavés llamado Apellániz. De este hombre no había manera de tener una idea clara. Algunos lo pintaban como un tipo cruel y sádico; otros aseguraban que no, que era un hombre amable y fácil para dar la salida a cualquiera.

Se decía que en Valencia se habían cometido crímenes y canalladas. Se hablaba de que se había tenido a la gente, pero no se sabía cuáles, en la canal atada con un peso de ochenta o cien kilos sobre el cuerpo. Era difícil saber la verdad.

Se citaban a un militar y a un estudiante antiguo de cura que dirigían la checa de la calle de Sorni. Había también en el puerto un barco llamado SIM que también era cárcel y tenía también muchas personas detenidas.

No se sabía con exactitud absolutamente nada. Lo que sí era cierto que aquel cuadrado de calles próximo al río y al paseo de la Glorieta era como una trampa, que el que caía en ella se podía dar por perdido. Se hablaba de un camión, llamado el canguro, que llevaba gente a la checa de la calle de Sorni.

Se aseguraba que para amedrentar a los presos se les decía que se les iba a poner una inyección para dejarles ciegos y que esta inyección no era más que agua teñida de rojo, pero que producía un enorme terror en el detenido.

Se decía que un militar, Arango, era uno de los jefes importantes, en premio de que al comienzo de la revolución había descubierto que los oficiales de su batallón, al principio del movimiento, pensaban sublevarse a favor del fascismo, y Arango sacó

la pistola y los mató. Había otro comunista vasco, llamado Uribe, que también tenía gran influencia.

A Elorrio le llevaron a la Casa de la Cultura. Esta tenía como título «Alianza de Intelectuales Antifascistas». Aquí había una muchacha, Maruja, que dirigía aquella casa. Castellanos y valencianos se entendían mal y tenían disputas y riñas. Había un médico que presentaba en las reuniones. Se leían con frecuencia versos de un poeta llamado León Felipe.

Corrían una porción de rumores alicortos. Se decía que no se podían tomar productos medicinales del calcio porque estaban envenenados. No se comprendía para qué.

A LOS DOS O TRES DÍAS, notó Elorrio que tenía una vecina muy guapa que vivía en el mismo hotel. Luego la vio en un balcón próximo y habló con ella. Se llamaba Gloria.

Gloria era una rubia de veinticinco a treinta años, graciosa, esbelta, de aire decidido y burlón. En la hora del almuerzo y de la cena, que se hacía en mesa redonda, Elorrio hizo lo posible para acercarse a la dama y hablar con ella. Era una mujer muy atractiva, casada, separada del marido y que coqueteaba mucho con el escritor. Vivían ella y Elorrio en cuartos próximos separados por una puerta condenada.

Una noche fueron los dos a ver un drama de un poeta a un teatro de la calle de Lauria. Al parecer, no se pagaba allí para entrar. Después fueron a un café que se llamaba Vodka, y hablaron su vecina y Elorrio hasta cansarse. Después volvieron juntos a casa. Había noches en que se oían tiros por todas partes.

Elorrio y Gloria se veían a cada paso, y cuando Gloria quería hablar con Elorrio le llamaba dando golpes en la pared.

—Podemos hablar sin necesidad de salir al balcón —dijo una tarde ella.

—¿Cómo?

—En el cuarto de usted y en el mío hay una puerta que comunica nuestras dos habitaciones. La puerta tiene un pestillo.

—Sí, pero hay una cerradura además.

—Cierto, pero yo he pedido la llave a la criada diciéndole que no me ofrecía seguridad la puerta.

—¿Y se la ha dado?

—Sí.

—Es usted maquiavélica.

—No es una bastante. Cuando yo tenga ganas de charlar con usted, le llamaré dando dos golpes en la puerta.

—Muy bien.

Pasó varias veces Elorrio al cuarto de la joven dama. Esta, que era muy alegre y divertida, cantaba cosas con gracia. Hablaron mucho, y ella y él estaban, en general, muy de acuerdo.

Se contaron sus respectivas vidas. Ella estaba casada y separada del marido.

—Mi marido es un vaina —dijo.

Al poco tiempo se hablaban de tú.

UNA NOCHE DE CALOR, al ir a acostarse, oyó Elorrio que llamaban a la puerta que daba al cuarto de su vecina. Era sin duda Gloria que quería algo.

Hacía una noche de calor sofocante. Elorrio descorrió el pestillo de la puerta y entró en el cuarto de Gloria. Se hallaba esta completamente desnuda, con la luz encendida.

No había que hacer preguntas. Gloria se entregaba. Desde aquel día ella y Juan Elorrio, antes Luis Goyena, vivieron como amantes.

—Tú has firmado un papel de adhesión a Rusia —le dijo un día Gloria.

—No.

—¿Cómo que no?, si ha aparecido esa adhesión.

—Sí, puede ser, pero eso no quiere decir que yo haya puesto mi firma.

—¿Y por qué no lo has negado?

—Porque no me conviene. Si lo niego, todos estos gerifaltes comunistas se ponen contra mí y me llevan a la cárcel o me pegan cuatro tiros.

—¡Qué poco valientes sois los hombres!

—¡Va uno a provocar a doscientos mil o a un millón de personas para que le metan en la cárcel! No.

Elorrio escribió un soneto dedicado a Gloria, lleno de alusiones mitológicas, que ella leyó con gran placer y después guardó y no quiso enseñar a nadie.

Gloria estaba vacilando. Tenía la invitación de un matrimonio joven, dueño de una hermosa casa en el campo de Valencia, en donde al parecer no se notaba la guerra, pero esto a ella no le producía entusiasmo y estaba ya decidida a embarcarse para marcharse a Marsella y luego a París.

Elorrio prefería esta solución de su amiga, porque le dejaba ocasión de seguir con ella.

—¿Tú tienes tus papeles arreglados? —le preguntó Gloria a Elorrio.

—Todavía no.

—Pues yo te los arreglo.

—Si allí en París encontrara algo, me quedaría —dijo él—. Si no, tendré que ir a América.

Gloria parecía una mujer un poco caprichosa, pero muy simpática. Elorrio le dijo que fuera con él y se casarían.

—¿Cómo, siendo yo casada? —preguntó Gloria.

—Ya encontraremos un sistema para arreglarlo.

—Bueno, ya hablaremos —dijo ella—. A mí no me gusta hacer proyectos a largo plazo, porque la mayoría se quedan en nada.

Quizá con el designio de acercarse a Gloria un médico se hizo amigo de Elorrio.

El médico, que era comunista al menos por entonces, contó algunos dramáticos episodios que habían tenido como escenario la ciudad de Valencia, en los primeros tiempos de la guerra. Fuera de la inquietud moral, lo más penoso allí resultaban los bombardeos y la escasez de comida. No había en las casas otro pan que el de munición, malo y áspero. Según dijo la mujer del médico, lo único de que debía de ser abundante allí era la buena tinta, porque todo era dar noticias de buena tinta, que luego, en su mayor parte, no se confirmaban, lo que hacía pensar que eran de mala tinta.

COMO EN LAS TIENDAS no había nada, ni tampoco en los bares, ni en las pastelerías, se comía mal unos dulces con sacarina, un chocolate hecho con algarrobas, y como se sabía que el dinero rojo no iba a valer, a la gente le dio por comprar libros, creyendo algunos ilusos que había un repentino afán de cultura en el pueblo y otros que aquello podía ser un buen negocio.

El médico recordaba de una señora que le había dicho que compraba libros para distraerse de las inquietudes de la guerra, y un día la había encontrado en la calle cargada de todas las obras de Freud. Tenía el médico como dato concreto el que una sola librería, de enero hasta octubre, había despachado por valor de un millón de pesetas. Se calculaba una venta de quince a veinte mil pesetas diarias.

El furor bibliofílico se acentuó más y más hasta junio del año o principios del otro, en que decayó un poco, quizá porque ya no había novedades o porque las editoriales y tiendas reservaban sus tomos para los amigos. Desde luego los estantes de libros sociales, comunistas y anarquistas eran los que menos variaban, y al parecer no interesaban a nadie.

También se había enterado aquel médico de que, al ir a dimitir uno de los ministros de la CNT e ir el sustituto a tomar posesión, se encontró este con que en el despacho no había sillas, ni mesas, ni papeles, ni tinta. Se levantó acta notarial de aquel acto de prestidigitación o de fraternidad ácrata.

Un episodio también inolvidable fue el del día en que un avión rojo bombardeó a un barco alemán, lo que fue causa de que el barco cañonease un pueblo de la costa, y se esperaba que el bombardeo se extendiese a Valencia. La radio estuvo diciendo que a las diez de la noche fuese todo el mundo a los refugios y a las plantas bajas de las casas. Los vecinos que tenían radio y la escuchaban se asomaban a las escaleras y avisaban a los demás la noticia o telefoneaban a sus parientes. Hubo una tremenda ansiedad en la población a partir de las diez de la noche, que no se calmó hasta que en la madrugada, al ver que lo anunciado no se había producido.

Hubo, al parecer, muchos trastornos mentales entre la gente. A una pobre mujer de un barrio extraviado, a cuyo marido le habían quitado su modesta peluquería, en virtud de lo que llamaban socializar, y le obligaron a trabajar en otra barbería, se trastornó por completo. La peluquera estaba acostumbrada a que llegase el sábado y, concluido el trabajo, bajar a la tienda y contar sus ganancias semanales y guardarlas. Un domingo se la encontraron muerta en un sillón de la barbería, con las venas abiertas, que se había cortado ella misma con una navaja de afeitar.

También fue curiosa la aventura de un telegrafista de un pueblo de la provincia. Le habían obligado a dejar su casa y a vivir solo. Él era aficionado a la pesca y conocedor del mar. Fue acostumbrando a los carabineros del puerto a que le vieses

pescando en la playa después de salir de la oficina. Se hizo amigo de ellos, se compró una barca pequeña y una brújula. Por las noches, terminado su trabajo, fue cosiendo unas velas de tela fuerte. Tardó tres meses en hacer sus preparativos sigilosamente.

Un día a los carabineros, ya muy amigos suyos, y a los que regalaba pesca de cuando en cuando, les dijo que le iban a traer una barca mejor para probarla. Llegó la barca. Mientras comían los carabineros, el hombre fue metiendo las cosas que podían inspirar sospecha en su falucho, y entre ellas muchas barras de chocolate que le costaron bastante tiempo reunir. Luego salió a pescar y estuvo hasta el anochecer a la vista de los carabineros. Después desapareció.

Al principio del movimiento, el médico —*soi-disant*<sup>[1]</sup>, el comunista— solía ver frecuentemente a un amigo que era fotógrafo de los juzgados, quien intervenía para retratar a las personas muertas con el efecto de que pudieran ser identificadas. Según les dijo, tenía que hacer unos veinte o treinta retratos diarios, pero luego la cifra subió a más de un centenar. El fotógrafo de miedo enfermó, luego marchó a París y, a poco de llegar a la capital francesa, había fallecido.

GLORIA Y ELORRIO marchaban en un vapor lleno de gente a Francia. Gloria cantaba a Elorrio con frecuencia una canción que decía que le oía cantar a su padre, cuando ella era niña.

*Ya estoy a tu lado,  
ya ves que me río,  
mira si te quiero,  
pobrecito mío.  
Mientras esperamos  
a mi maridito,  
cuéntame tus penas  
pobre pajarito.*

En el barco iba mucha gente, la mayoría llena de espanto, algunos alegres y sonrientes con la esperanza de marchar a un puerto y después a América. Entre los viajeros había un matrimonio de un aire mísero, marido, mujer y dos chicos. El hombre, por lo que dijeron, estuvo desde el principio de la revolución preso. Debía de ser un enfermo del estómago. Se le veía flaco, amarillo, lánguido y no podía moverse.

Tuvo el enfermo la mala suerte de que el mar estuviera agitado y el barco se moviera mucho. Aquel pobre diablo no podía comer, devolvía lo que tomaba y cerca de Marsella, cuando abrigaba la esperanza de llegar a tierra, le comenzaron nuevos mareos y un vómito y quedó muerto. Nadie se ocupó de él, todo el mundo pensaba en su salvación y en nada más.

Al llegar a Marsella, Gloria vendió un reloj de oro y una pulsera con brillantes en una joyería y se marchó a París.

Elorrio fue al consulado y consiguió del cónsul que le diera un billete como indigente para El Havre. Le dijo que quería ir a América. Pensaba algún tiempo quedarse en París.

Gloria y Elorrio se dieron como punto de cita para encontrarse, una semana más tarde, la plaza del Palais Royal. Gloria tenía una amiga que vivía en el hotel de este mismo nombre, donde ella iría a vivir hasta que encontrara un acomodo. Elorrio podía preguntar por teléfono por la señorita Julia la española y decirle a qué hora podía estar Gloria en el hotel.

## TERCERA PARTE

---

## EN PARÍS

## CONVERSACIÓN ENTRE GLORIA Y ELORRIO

AL LLEGAR A PARÍS, Juan Elorrio preguntó por teléfono en el hotel del Palais Royal por Julia y Gloria. Le citaron a las once de la mañana en uno de los arcos de la plaza.

En la primera conversación, ya no se entendieron. Gloria no quería discusiones serias ni graves.

—No, chico, no —le dijo a Elorrio—. Yo no puedo hacer una vida de señora respetable. Me aburriría. He tenido mala suerte y me he desmoralizado. Me casé con un tipo que era un bestia y luego he vivido *a la diablo*, como dicen aquí. Lo mío ya no se puede arreglar. Tú eres un tipo como casi todos los españoles, bastante celoso. Tú no lo crees, pero sí lo eres. Yo me alegraré de que tengas allí, en América, éxitos y de que vivas bien, pero yo no puedo tomar ya el aire de una señora respetable.

—¿Por qué?

—Porque no lo sabría fingir. Yo tengo un buen recuerdo de ti y me alegraré de que tengas suerte.

—¡Qué pena me produce lo que me dices!

—Pues hijo, ¡qué le vas a hacer! Yo, cuando era soltera y más joven, no pensaba en el matrimonio más que como una cosa respetable y casi santa. Mi marido me resultó un chulo tonto, y no solo hemos reñido, sino que nos hemos pegado. Ya no creo en los hombres. No estoy dispuesta a ningún sacrificio. Viviré como pueda, *a la diablo*, como dicen aquí.

Juanito Elorrio quedó bastante desilusionado y se fue triste y alicaído a buscar un sitio donde descansar.

Elorrio tenía un amigo que estaba alojado en la Casa Española de la Ciudad Universitaria. Le pidió que le dejara descansar en su cuarto, de día, en el sofá. Dormía cinco o seis horas y después la noche se la pasaba en los bancos del bulevar y en las iglesias. Lo malo era que empezaba a llover y hacía frío. Elorrio recitaba con frecuencia:

*Il pleure dans mon coeur  
comme il pleut sur la ville.  
Quelle este cette langueur  
qui pénètre mon coeur?*<sup>[2]</sup>

Las gestiones para encontrar algún trabajo fallaban. Como decía un viejo conocido suyo, todas eran diligencias vanas. Una de las gestiones que le resultó medianamente fue el proponer a un periódico argentino, que tenía oficina en París, el enviarle de cuando en cuando un artículo para ver si le parecía publicable. Entregó el primero. El director, días después, le dijo que lo encontraba bien. Elorrio quería cobrarlo, porque estaba sin un cuarto. El director le envió a la administración, donde

le pagaron trescientos francos.

Entonces Elorrio alquiló un cuartucho por poco dinero en la avenida Italia.

UNOS DÍAS DESPUÉS, Elorrio telefoneó de nuevo a Gloria para preguntarle cómo estaba y si le veía a Abel Escalante. Ella contestó que Escalante estaba en el mismo hotel del Palais Royal y que fuera a verle.

Elorrio fue. Escalante le encontró flaco y barbudo. Gloria vivía con su amiga Julia, mujer muy simpática, y un señor viejo que estaba en el hotel y que, al parecer, era hombre de buena posición, muy amigo de Gloria y de Julia.

Unos días después, Abel Escalante y Juan Elorrio iban a la plaza del Palais Royal. Escalante deseaba vender un rosario, una cruz y un medallón de oro que, con ese objeto, le había entregado una señora que estaba en el hotel. La señora era una vieja vasca, muy flaca, muy vieja, de aire decorativo. Se iba sosteniendo con la venta de algunas joyas antiguas, recogidas al emprender el destierro. Tenía una expresión muy curiosa y decidida. Se explicaba secamente y con seguridad. Se llamaba Madame Berastegui, no había dicho si tenía o no familia.

Escalante solía hablar mucho con ella en el hotel, no sabía si era soltera, casada o viuda.

AL RECORRER LOS SOPORTALES de la plaza del Palais Royal, encontraron al comandante Evans a quien habían conocido en Madrid. Se saludaron.

—Yo llevo aquí algún tiempo, pero puede que me tenga que marchar a Inglaterra —dijo Evans.

—¿Tiene usted algo que hacer ahora?

—No.

—Le acompañaremos.

Escalante iba a comenzar sus gestiones para la venta de los objetos de la señora vieja del hotel. Mientras Escalante recorría las tiendas, Evans y Elorrio hablaron del Duque de Orleans, que hizo del Palais Royal un lugar de orgías, y de Camilo Desmoulins, que sublevó allí al pueblo durante la Revolución Francesa. Después de hacer la venta, Escalante salió de una tienda. Hablaron de Colette Willy, que vivía en la plaza. Escalante y Elorrio contaron cómo habían llegado de España. Evans preguntó a Elorrio qué hacía.

—Pues nada de provecho.

—¿Y por qué?

—El caso es que a mí no me falta capacidad de trabajo ni intuición y penetración de los tipos. No, los veo con alguna claridad, pero aun así no llego a acertar. En cambio, hay gente que tiene ideas falsas de las personas y de los sucesos y, a pesar de esto, acierta.

—Es la suerte. Se tiene suerte o no se tiene suerte. «Da ventura a tu hijo y échalo al mar». Este proverbio español lo cita Schopenhauer en *Parerga y Paralipomena*: «Ventura te dé Dios hijo, que el saber poco te basta».

—Es la suerte, que no existe, pero que funciona en la vida como si existiera —observó Evans.

—Vaya usted con una idea falsa de los hombres y de los acontecimientos a resolver un asunto y si tiene usted suerte, acierta. Vaya usted en cambio con una idea bastante exacta de lo que son los franceses o los ingleses y tiene usted que tratar con uno de ellos y resulta que esto no se parece a la generalidad.

—¿Está usted aquí en este hotel? —preguntó Evans.

—No, tengo amigos en la casa —contestó Elorrio.

—Yo estuve dos o tres días aquí, pero hay mucha gente que no se sabe quién es y me he marchado a otra parte —dijo el comandante.

—¿Se piensa usted quedar aquí en París, señor Evans?

—No sé qué haré. Quizá pase una temporada, no sé si de días o de meses. Dependerá de cómo se desarrollen los acontecimientos.

—Me alegro de verle. Así podremos renovar nuestras conversaciones madrileñas,

que ahora serán parisienses. Pero no quiero detenerle. Usted iría a alguna parte.

—Tengo que echar una carta.

—Yo tengo que hacer un artículo diario, y al mismo tiempo seguir traduciendo un libro para un editor de América. Hace uno una vida de forzado.

—Pues yo iba a hacer un poco de ejercicio, para esperar la hora del almuerzo. Así que, si a usted le parece...

—Pasearemos juntos... Muy bien.

Siguieron andando el diplomático inglés y el escritor Luis Goyena, que ahora se llamaba Juan Elorrio. No era la primera vez que paseaban juntos, pues allá en el Madrid del Retiro los había visto recorrer alguna vez sus avenidas, mientras discutían sobre los problemas de la política española, el turno de sus partidos y los nuevos rumbos de un proceso social que iba a concluir de una manera desdichada.

Uno y otro seguían pensando que la única solución que habría podido tener la República española habría sido la dictadura. Una dictadura inteligente, sin presión espiritual de ninguna clase.

—¿Qué vida hace usted? —le preguntó Evans.

—Una vida de forzado —contestó Elorrio—. Vivo en una casucha mala, me levanto y me pongo a trabajar, y cuando estoy cansado vengo aquí, al hotel del Palais Royal, donde está Escalante y unas señoras amigas y hablo con ellos. Después salgo; como en algún fonducho, me voy a casa, me tumbo en la cama y después vuelvo otra vez a trabajar.

Algunos días Elorrio iba a la Biblioteca Nacional. Después regresaba al mísero hotel, tomaba un poco de pan y un trozo de chocolate, y se iba a la cama.

Esa era la vida que ordinariamente hacía. Ya no salía de noche. A veces le invitaban a comer o a cenar. Prefería la comida, porque se iba acostumbrando a no cenar más que alguna cosa ligera.

—¿No tiene usted en París algunas amistades? —le preguntó Evans.

—¿Amistades? Pocas. Hablo con unos y con otros, pero lo que se dice amigo, no tengo ninguno, excepto el pintor que usted conoce que se llama Abel Escalante.

—Sí, lo recuerdo.

—¿No hay muchos españoles?

—No faltan. Pero cada uno de ellos tiene su problema, y para todos ellos, de un modo o de otro, la vida les resulta difícil.

—Se comprende. Y este Abel, ¿qué hace ahora? —preguntó Evans.

—Sigue de dibujante y acuarelista —contestó Elorrio.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Es español o americano?

—Pues no se lo puedo decir. Apareció en Madrid hace dos o tres años y tuvo éxito.

—¿Y de dónde venía?

—Pues tampoco lo sé. Al parecer venía de América.

—¿Habría Abel en el santoral romano?

—Lo ignoro.

—Parece que ha de ser nombre judío.

—Puede ser. Si lo es, esto no le quita para que sea un hombre amable y simpático. Dieron el inglés y el español varias vueltas a la plaza.

—Ya en ninguna parte cantan las chicas —dijo Evans—. No sé si porque han olvidado las canciones o porque no tienen ganas de cantar.

—Es verdad, en Madrid tampoco cantan.

—Aquí solían cantar aquello de...

*Marlbrough s'en va-t-en guerre,  
mironton, mironton, mirontaine,  
Marlbrough s'en va-t-en guerre,  
Ne sait quand reviendra.*<sup>[3]</sup>

—También cantaban:

*Que t'as [de] Belles Filles,  
Giroflé, Girofla;  
que t'as de Belles Filles,  
l'Amour les compta*<sup>[4]</sup>!

OTRO DÍA fue Elorrio por el hotel y salió con Escalante a la plaza.

—Usted sabrá la historia de esta plaza —dijo Elorrio a Escalante.

—De la antigua no recuerdo mucho. Sé, por lo que he oído en el hotel, que Luis XIV regaló este palacio a su hermano y que luego pasó al Duque de Orleans, que fue Regente y que se hizo célebre por las orgías que celebraba, en donde iban desde su hija, la Duquesa de Berry, hasta coristas y bailarinas de los teatros.

—La democracia antes que la democracia.

—Luego esta plaza tuvo su fama en 1789, cuando Camilo Desmoulins arengó a la multitud para que se pusieran todos en el sombrero una escarapela verde y se marcharan a atacar a los batallones suizos que estaban en el Campo de Marte.

—A mí esta plaza me recuerda la vida de un español que, después de haber llegado no sé si por el talento o por la intriga o por la suerte a una gran posición, vino a pasear por aquí los últimos tiempos de una vida pobre y miserable.

—¿No se referirá usted a Primo de Rivera? —preguntó Abel.

—No, se trata de un tipo más antiguo.

—No caigo, yo no conozco bien la historia española.

—A quien me refiero es a don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz.

—¿Del tiempo de Carlos IV?

—Eso es. Un tipo guapo, de hombre sensual que tenía amores con tres mujeres a la vez: la reina María Luisa, María Teresa, hija de un infante, y Pepita Tudó.

— ¡Hombre de suerte!

—Principió en todo, luego se hizo rico y más tarde le quitaron su fortuna, y se refugió en París, y se sentaba en este jardín y vivía de una pequeña pensión que le pasaba Luis Felipe. Los chicos le llamaban el señor Manuel y jugaban con su bastón y hacía como si fueran a caballo. Cuando murió en París no lo supo nadie.

ABEL ESCALANTE iba pasando de una tienda a otra para realizar de la mejor manera posible la venta que le habían encargado.

Elorrio se quedó fuera y se dedicó a mirar los escaparates. De pronto se encontró al lado de Gloria, de Evans y de un señor viejo del hotel Palais Royal.

—¿Le espera usted a Abel? —le preguntó Evans.

—Sí. Ha entrado aquí, en esa tienda, a vender algo.

—Sí, son joyas de una señora que está en el hotel —advirtió Gloria.

—Le esperaremos un rato —dijo Evans paseando.

—Muy bien.

Se alejaron un poco de la tienda y volvieron.

—Aquí, en una de estas casas, vive Colette Willy —dijo Gloria—. ¿Le gusta a usted? —preguntó al inglés.

—¿Ha leído usted *La vagabunda*?

—Sí. No hace mucho que la he leído. Yo creo que quizá sea, en la actualidad, el mejor escritor de Francia.

—Es muy posible.

Después Evans y Elorrio hablaron de los autores ingleses y de norteamericanos, mientras Abel Escalante trabajaba sin duda su venta, agotando todos los recursos para obtener el mejor resultado.

—¿Qué opinión tienen ustedes de los alemanes? —preguntó Evans a Elorrio.

—Poco. No he estado en Alemania.

—Yo de joven —indicó el señor viejo del hotel— cogí la época en que los españoles elogiaban todo lo alemán: la ciencia, la música y la filosofía. Yo no sentía ninguna hostilidad por los alemanes. La guerra del año 14 me parecía una de tantas para alcanzar la hegemonía de Europa. He estado varias veces en Alemania, he conocido varios alemanes en España; era gente amable y simpática, que se avenía a razones y no manifestaba sentimientos distintos a los demás. Recuerdo un grupo de cinco o seis que encontramos hace años en el monasterio del Paular. Eran todos jóvenes y casi todos electricistas, la mayoría bávaros y gentes del sur. Se manifestaban aficionados a la lectura. Unos leían a Carlyle, otros, a Dickens y otros, *Don Quijote*. El único petulante y soberbio era uno pequeño, rubio y chato. Este era prusiano. ¿Así que es usted prusiano?, se le preguntaba. Sí, gracias a Dios, contestaba él con seriedad. Yo había ido al campo con un suizo, amigo mío, muy culto. Los jóvenes alemanes hablaban con él, le llamaban señor doctor y le tenían muchas consideraciones. Entonces se discutía a Nietzsche, y el hablar de Nietzsche producía en los jóvenes alemanes una sonrisa, como si se tratara de algo demasiado debatido que no había que tomar en consideración. Un día se propuso que los que estábamos

en el Paular fuéramos al pico de Peñalara, que se eleva dos mil trescientos o dos mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, para ver desde allí salir el sol. Fueron con nosotros tres o cuatro muchachas. Los alemanes estuvieron muy atentos, desembarazaron a las muchachas, en la subida al monte, de los abrigos que les sofocaban, y a nosotros mismos, como más viejos, nos quitaron los gabanes para llevarlos ellos. Luego, en lo alto del monte, arreglaron una tienda de campaña, encendieron fuego, se mostraron amabilísimos y todo el mundo hizo grandes elogios de ellos. Años después, al finalizar la guerra del 14, estuve algunas semanas en Alemania y me chocó la sequedad y dureza de la gente, y la poca dignidad de los empleados de hoteles, oficinas y ferrocarriles, que pedían propinas de una manera cínica. Después no he vuelto a conocer alemanes. He visto por los periódicos la evolución de Alemania bajo el mando de Hitler y sus campañas de destrucción, de incendio, de asesinato y de robo en Austria, Checoslovaquia y Polonia.

—¿Así que la opinión que tuvo usted de los alemanes individualmente, no coincide con la que tuvo después de ellos en conjunto? —preguntó Elorrio.

—Es verdad, no coincide.

—Así que no tiene usted una opinión clara sobre ellos.

—¿Yo qué opinión voy a tener? Pienso que, sea porque Alemania es así, de una manera congénita, o porque ha evolucionado de un modo patológico hacia una especie de locura, hoy es un pueblo monstruoso, y que todos los países de Europa deberían reunirse para dominarlo, sujetarlo y ponerle una camisa de fuerza.

—¿Y con relación a Francia?

—Respecto a Francia, mi concepto sobre ella ha sido un poco a la inversa. La primera vez que vine a París, hace más de cuarenta años, conocí algunos franceses chauvinistas que despreciaban todo lo extranjero, algunos dreyfusistas exagerados y dogmáticos, y alguno que otro escritor decadente, que no pensaba más que en imitar a Baudelaire, a Mallarmé o a Oscar Wilde. Luego, en épocas sucesivas, he conocido a gente más sencilla, más amable y más cordial.

—Yo creo que para el extranjero Francia es muy dura —dijo Elorrio.

—Sí, puede ser —contestó el viejo—. Francia, después de la guerra del 14, ha perdido cierto empaque y se ha reconcentrado en sí misma. Todos los pueblos europeos tienden a lo mismo, más o menos claramente se van haciendo nacionalistas.

—¿París?

—Todavía nos llega a nosotros sus últimas fragancias —dijo Elorrio—. Algo así como el aroma que queda en un frasco de perfume cuando el líquido que contiene se ha consumido...

—Sí, París hace cuarenta años estaba muy bien —dijo el señor de edad—. Los cafés con tertulias de gente conocida, el bulevar animado, las terrazas de los cafés llenas. Era mucho más alegre que ahora. ¡Qué teatros! La Bartet, a la que vimos trabajar en *On ne badine pas avec l'amour* y en otras creaciones suyas. Le Bargy, con su elegancia y su aire impertinente. Lucien Guitry, la Réjane, Sarah Bernhardt e

Yvette Guilbert, a la que vimos muy joven y luego hemos alcanzado a ver muy vieja. De ese alegre París, ya extinguido, recordamos, como un símbolo, aquella pareja de Colette y la Polaire, acompañando al fantasmón de Willy, con su sombrero de copa en un automóvil primitivo, grupo tan adecuado para hacer la delicia de los caricaturistas, Sem y tantos más. Entonces se cantaba «Le Père La Victoire» y «En revenant de la revue» imitando a Paulus, que era un chansonnier vasco que tuvo un momento de gran popularidad. Aunque sea triste decirlo —terminó el viejo—, la verdad es que ya los pueblos latinos no representamos nada. Francia quiere brillar sola, boicoteando a Italia, a España y a Portugal. No le cuesta mucho hacer que Italia, España y Portugal no se distingan, pero ella tampoco se luce. No tiene prestigios y, aunque quiere inventarlos y sostenerlos, no puede. París no tiene el gran atractivo del siglo XVIII y XIX, sin proponérselo o proponiéndose, va dejando de ser internacional.

Abel Escalante, después de vender las alhajas en muy buenas condiciones y de despedirse muy amablemente de la tendera, fue a unirse con sus amigos.

Abel había conseguido un éxito a fuerza de labia. Madame Berastegui no podría quejarse porque la cantidad que le iba a dar, producto de la venta de las alhajas, iba a ser crecida.

## VI

---

### TIPOS DEL HOTEL

EL HOTEL DEL PALAIS ROYAL al parecer estaba lleno y rebosaba gente de toda clase. Había tipos petulantes y otros oscuros, mujeres divorciadas y mucho lío, sobre todo entre mujeres solas y hombres solos.

Se murmuraba, se contaban historias. Había señores, que se creían que eran alemanes, a pesar de que hablaban en puro parisiense; hombres de tipo normal, que se pensaba, no se sabía por qué, si serían invertidos; y mujeres, que se les tenía por lesbianas.

Al volver al hotel con Escalante, se reunieron en el salón. Habló en primer lugar Julia, la cual al principio había vivido solitaria en el hotel, pero luego se había encontrado con su amiga Gloria y, para hacerse compañía, habían resuelto reunirse en una habitación.

Eran dos mujeres muy graciosas; a menudo tenían sus diálogos con Escalante. Este les había hecho retratos a lápiz, luego iluminados, que estaban muy bien. Habían invitado a cenar en un restaurante al artista, y de sobremesa le habían contado sus experiencias matrimoniales que consideraban, una y otra, como lamentables fracasos. Las dos vivían ya separadas de sus respectivos maridos.

El de Julia era francés y se habían divorciado de común acuerdo, ofreciéndose ella como víctima para obtener mayores ventajas, y sacrificando él su dinero para poder conseguir su tranquilidad. El de Gloria era español, como ella, y antes de separarse se habían pegado de lo lindo, y solo después de saciarse en las palizas respectivas habían decidido vivir cada cual por su lado, sin tener que rendirse cuentas de ninguna clase, con la más absoluta libertad. El matrimonio había tenido un hijo, pero había muerto antes de cumplir los dos años.

Gloria había contado a Escalante con todo detalle cómo se había desarrollado su odisea conyugal. En los primeros tiempos, mientras el marido sentía entusiasmo por ella, la vida pareció normal. Cuando se anunció la llegada del hijo, el marido empezó a recobrar su libertad para andar detrás de otras mujeres. Llegado el hijo, no produjo entusiasmo en el hombre. Pareció que al principio retornaba el entusiasmo por su mujer, pero pronto comenzaron las disidencias entre los cónyuges, llegados a una situación lamentable. El marido comenzó a salir de noche solo, a volver a casa en las altas horas de la madrugada, borracho, y a la menor queja de la mujer, a la más suave réplica, se lanzaba a pegarla como pudiera hacerlo un gañán o un chulo de las afueras.

Una noche ella, cansada de verse vapuleada, furiosa y harta de su papel de víctima, se lanzó sobre él, le agarró del pelo, que tenía abundante y llevaba largo, y sujetándole por él con la mano izquierda, con la derecha le descargó cuatro o cinco puñetazos en la cara. En vista de que con aquello no había conseguido gran cosa,

pues sin duda el marido era un peso fuerte y la mujer un peso pluma, cogió del tocador una botella de agua de colonia y con el frasco golpeó la frente del marido hasta que saltó la sangre. Entonces él sacó el pañuelo del bolsillo apaciblemente, se secó la sangre y se quedó tan tranquilo. Al ver esto, Gloria se echó a llorar. Sin embargo, obtuvo un éxito, porque desde ese día ya no la pegó ni se pegaron.

Pero al poco tiempo, como las costumbres del marido no se modificaban, acabaron por convenir en separarse, y así lo hicieron. Eso ocurrió a poco de salir de Madrid, favorecidos de la amistad que el marido tenía con un gerifalte de la situación socialista.

La tal Gloria resultaba de una inconsecuencia absoluta. Cierta día, hablando con Escalante sobre la manera cómo se las podría arreglar para defender su situación económica difícil, le había dicho:

—Me ofrecen quince mil francos por mi abrigo de astracán. Si me los diesen me arreglaría para mucho tiempo.

—¿Para cuánto? —preguntó él.

—Lo menos para un mes.

Para ella un mes era ya una gran cosa. A poco de separarse del marido y de lanzarse a vivir su vida, como ella decía insistiendo en frase del tiempo corriente, Gloria tenía un galanteador ya viejo, que le besaba la mano y se reía mucho con lo que ella contaba. Al viejo le habían hecho una operación que le había dejado impotente. Le había extraído un órgano que ella no sabía cómo se llamaba, como una castaña.

—Será quizá la próstata.

—Eso es.

EL MARIDO DE GLORIA solía ir a verla algunas veces al hotel. Vivía él con una cupletista detestable que cantaba en un café de los bulevares exteriores, y como hablase que su mujer no sabía arreglárselas, solía decirles:

—¡Chica, te has lucido!

—Sí, es verdad —contestaba ella—, pero mira que tú...

Gloria tenía por su parte algunas manías un tanto raras. Solía raspar los ojos a los retratos de Hitler que veía en las revistas ilustradas.

—Sin duda piensa que ese raspado tiene algo de *envoutement* —decía el dibujante Abel<sup>[5]</sup>.

—Si esos levantamientos de figura y prácticas mágicas tuvieran alguna eficacia —dijo Elorrio—, Hitler estaría ya sepultado y podrido hacía muchísimo tiempo, y a Stalin y a Churchill les hubiera pasado lo mismo.

—Y a casi todos los políticos.

—Es verdad.

—Algunas veces —dijo Abel—, Gloria y Julia suelen discutir amablemente. Julia está un poco delicada y supone que está tuberculosa. Yo no lo creo.

Abel contó a su amigo que unas noches antes, Julia le decía a Gloria:

—Tu marido es una mula, pero este Elorrio que ha estado contigo en Valencia es un marrajo.

—No, no es un marrajo. Es un hombre que vale, inteligente, trabajador y fiel.

—Sí, como un perro de aguas.

—Como tú y yo, somos como la mariposa de la patata.

Julia se echó a reír.

Gloria le había contado al dibujante que una chica rubia y atrevida del hotel había tenido algún tiempo un amigo, hombre viejo, el cual se arrodillaba ante ella, mientras ella le pegaba patadas y le insultaba. Al parecer, aquellos insultos y aquellas patadas eran lo que más satisfecho dejaba al pobre hombre.

Gloria le decía al dibujante que a su lado se sentía mejor, porque encontraba que se parecía a su hermano, al que ella había querido mucho.

Escalante había presentado a Gloria a un amigo americano al cual, dos días después, dijo que el dibujante no era español del todo, sino medio judío.

—A mí eso no me importa gran cosa —dijo Gloria.

—A mí tampoco —repuso el americano—, pero conviene saberlo. Tiene un primer apellido alemán y después el de Escalante, que es el de la madre.

—Bueno. ¿Qué importa? Es hombre simpático.

—Sí, es verdad.

El dibujante había nacido en México y era hijo de un francés y una argentina. Sus

apellidos eran Frossard y Escalante, y desde que empezó a dibujar en periódicos y revistas firmó sus trabajos con el nombre Abel.

Elorrio seguía con sus paseos.

GLORIA Y JULIA eran mujeres jóvenes y casadas. La una de Madrid y la otra de Barcelona, vivían en el hotel del Palais Royal, pero no iban a tener más remedio que marcharse a un hotel más modesto. El marido de Julia había ido a América y esperaba establecerse allí y avisaría a su mujer para que se reuniera con él. Así lo había admitido al menos.

El marido de Gloria era un poco botarate. Reñía con su mujer y se pegaban los dos unas terribles palizas.

—Yo hubiera querido hacer de Céfiro con Gloria, pero ella no me acepta —le dijo una vez Elorrio a Julia.

—No entiendo.

—En la mitología, Céfiro es el amante de Gloria y de Gloria nace la primavera<sup>[6]</sup>.

—Sabe usted mucho para nosotras.

Las dos mujeres de vida desordenada eran de buenos sentimientos, con mala suerte y perturbadas por la época de agitaciones y barbaridades. Se echaban diariamente las cartas y después consultaban un libro de cartomancia en busca de las respuestas que hubieran podido darle los naipes.

Gloria resultaba mucho más bohemia, incapaz de organizar su vida. Aunque tenían una cama para cada una, el dibujante, que algunos días acudía a su cuarto para charlar un rato con ellas, veía que muchas noches, sin duda para poder conversar con mayor intimidad, se acostaban las dos en la misma cama y fumaban cigarrillos a medias. En la mesa de noche se amontonaban las colillas sobre un plato de cristal.

A los proyectos que Julia exponía, cuando se sentía pesimista respecto a lo que la quedaba por vivir, Abel Escalante, tratando de animarla, le decía que no tenía nada.

—Deseche usted ideas pesimistas. Se apura usted y le sube la fiebre. Olvídese de todo eso y piense en que mañana la llevará alguien a un restaurante de postín, y que estará usted muy guapa, a pesar de su hipertiroidismo.

Cuando estaban Abel y ella solos, porque su amiga se hallaba fuera, Gloria hacía al dibujante confidencias bastante curiosas.

—La primera vez que me fui a un hotel con un hombre que no era mi marido —le dijo un día— le confieso a usted que tuve mucha vergüenza.

—Eso la honra a usted —contestó el dibujante.

—¿Usted cree?

—¡Bah! Yo creo que no era más que la falta de costumbre. Hay quien considera lícito el irse con un hombre si hay deseo, si hay pasión. Pero la moral corriente no acepta eso. Ni la pasión, ni el deseo legitiman. Pero eso de venderse...

—¡Bah! También los hombres se venden, aunque de otro modo.

—Sí, pero en ellos la cosa tiene menos consecuencias.

—Para una mujer bonita París, evidentemente, es un monstruo lleno de atractivos y peligros. En cambio, para los hombres que quieren encontrar trabajo, es como un castillo cerrado en donde no se encuentra un pasadizo.

En el mismo hotel, Gloria tenía otra amiga que se llamaba Conchita. Una rubia pequeña, muy seca y muy desdeñosa, que vestía con elegancia a pesar de su poco dinero. Era dura, insensible y amiga de las diversiones. Tenía su cuartito en una buhardilla del hotel, se levantaba tarde, iba al baño, en donde estaba una hora lo menos. Luego se lavaba la cara y la cabeza, después se embadurnaba las pestañas con una cosa negra, y se pintaba los labios y se vestía. Anochecido solía marcharse con algún ganapán orgulloso y estúpido a algún restaurante de noche, donde permanecía hasta las altas horas de la madrugada.

Abel decía a Gloria que aquella mujer le parecía más que una persona, un mico.

Elorrio le preguntaba a Escalante:

—¿Cómo viven Gloria y Julia?

—Julia tiene dinero por su familia y ella paga la pensión en el hotel de Gloria y la suya.

El otro día decía Julia:

—Tengo ocho ahijados de guerra y me paso el día escribiéndoles...

—Si quieres presentarme un par, yo les escribiré —le indicó Gloria.

ABEL ESCALANTE era un conquistador, tenía físico y también arte para interesar a las mujeres. Ganaba con facilidad su confianza, les interesaban sus historias y sus cuentos. Por ellas estaba dispuesto a todo.

Era difícil encontrar dos tipos tan antagónicos como Elorrio y Escalante. Elorrio, hasta cuando intentaba decir amabilidades, rozaba la sensibilidad de las personas. Pensaba halagar, en cambio Escalante todo lo convertía en elogios y en suavidades, hasta las acusaciones que en otro parecerían insultos y groserías.

Gloria, que oía a Escalante con mucho más gusto que a Elorrio, decía a veces a Julia refiriéndose al primero:

—Esos hombres pajariteros no me producen ningún entusiasmo.

Julia se rio mucho al oír la frase. Escalante tenía algo de pajaritero. Aunque ella no sabía qué quería decir eso.

—Entonces, ¿por qué no le quieres a Juanito? —preguntó Julia.

—Sí le quiero, pero él es demasiado serio para mí.

—¡También tú, pretendes el azúcar en punto!

—Además a mí no me gustan los hombres talentados y serios.

—¿Así que no te entiendes con Elorrio?

—Del todo no.

—¿Y por qué?

—Por esa seguridad que tiene cuando habla. Ha de sacar a relucir datos, cifras. Esto me fastidia, me da rabia. Ahora, cuando lo recuerdo, lo recuerdo con gusto y le tengo cariño.

—Eso me parece una tontería.

—Sí, lo será.

—Pero, ¿cómo vas a impedir que un hombre que ha leído mucho, que sabe, sea como un niño tonto que no entiende de nada?

—No lo podré impedir, pero a mí no me gusta para tenerlo siempre delante.

—No comprendo esta actitud tuya.

—Este Elorrio dice cosas que a mí me sulfuran.

—¿Pues qué dice?

—El otro día afirmaba que en las pasiones y en los afectos influye más la función del hígado que la del corazón.

—¡Pues será verdad cuando lo dice él!

—¡Qué va a ser verdad!

—Yo estoy segura que si lo asegura es por algo, porque lo ha leído.

—Es llevar la contraria a lo que dice todo el mundo.

—Es que lo [que] dice todo el mundo no vale nada.

—Pues si tienes esa idea de Elorrio, arréglate con él.

—No, a mí no me quiere; yo tampoco tengo cariño por él. Ahora, lo que comprendo es que es un hombre de talento claro y que no dice las cosas por decir, sino porque las sabe y se entera. Yo me entendería con él.

—Yo no me quiero marchar con Elorrio, porque es un hombre de mala suerte.

—Eso me parece mal y triste.

—No digo que no lo sea. Yo no soy una mártir ni una víctima.

—¿Y tú por qué dices eso?

—Porque es verdad. En Valencia estábamos bien en el Palace Hotel, que se llamaba Casa de la Cultura y también Alianza de los Intelectuales Antifascistas. Llegó Elorrio y acabó todo y empezó a marchar mal. Ya no había comida, empezaron a caer bombas...

—Me da pena lo que dices.

—¿Qué quieres? Yo no tengo bastante entusiasmo por él para ir a hundirme en la desgracia. En el mismo barco en que veníamos a Francia, estuvimos a punto de ser detenidos.

—¿Así que tú crees que Elorrio da la *guigne*<sup>[7]</sup>, como dicen aquí?

—Sí, eso creo.

—¡Pobre hombre!

—Es triste, yo lo confieso. Estará mal obrar de ese modo, pero no quiero sacrificarme.

—¡Qué pena!

—Sí, lo comprendo. Si fuera una cosa tuya, creo que compartiría contigo la mala suerte, pero con él no, no me siento obligada.

—¿Y tú crees que esa mala suerte es en la gente una cosa tan fatal?

—Yo creo que sí, la buena como la mala. Ya ves tú Escalante cómo se va desenvolviendo en París. Cuando note que esto se pone malo, se largará y lo hará fácilmente, como lo hace todo.

—Sí, es muy posible. Es que a estos tipos les salva también la seguridad que tienen.

—Es muy posible. Elorrio no la tiene. Siempre anda vacilando. Es, como persona de suerte, una birria.

—¡Pobre!

AQUEL DOMINGO estuvieron Juanito Elorrio y Abel el dibujante en el mercado de Las Pulgas, en la Puerta de Clignancourt, ya tarde a la hora de comer, en un puesto. Este puesto era de un judío, amigo de Abel, llamado Jacob, hombre que siempre tenía en su tenderete cosas curiosas. Charlaron durante largo rato.

Les enseñó una talla de madera que representaba una cabeza de un tipo raro, y al pie había un relieve, como cuarteles de un escudo, dos salamandras y un escarabajo. Tal vez se tratase de la cabeza de algún sabio naturalista.

Al apartarse del puesto del judío, siguieron Elorrio y Abel marchando sin rumbo fijo, y al pasar por la avenida del Maine vieron que desde el interior de un automóvil, que se hallaba detenido al borde de la acera, una mano les hacía señas para que se acercasen.

—¡Hombre, es un escultor que conozco! —dijo el dibujante—. ¿Dónde diablos irá por aquí?

Se aproximó para informarse y supo que el automovilista no solo se había detenido porque les había visto, sino también porque el coche estaba a punto de quedarse sin agua, según indicaba el ruido que hacían las válvulas.

—¿Sabe usted dónde habrá por aquí agua? —preguntó el escultor.

—¿Para beber? En cualquier taberna o cafetería.

—No, no es para beber. Es para el coche, que se está quedando seco.

—Entonces, seguramente en algún garaje —indicó el dibujante.

—Vamos a ver si damos con él —dijo el del coche, poniendo de nuevo el motor en marcha.

Se habían acercado Elorrio y el dibujante al coche, y el dibujante Abel lo presentó a su compañero. Entonces el uno por la calle y los otros por la acera, siguieron marchando. No tardaron mucho en alcanzar una tienda donde vendían gasolina. Junto a la puerta de aquella, sobre un banco, se veía una jarra de zinc.

El escultor detuvo el coche, salió fuera, tomó la jarra que estaba llena y destornillando la tapa del radiador comenzó a echar agua. El dibujante Abel se acercó al auto y estuvo viendo cómo el líquido desaparecía por el agujero, hasta que pronto el agua se derramó por fuera indicando que el depósito se había llenado.

Cuando el dueño del coche volvió a dejar la jarra, en la puerta de la tienda había aparecido una mujer seguida de un gato negro tranquilo, que se había acurrucado a los pies de su dueña para mirar a la calle con sus grandes ojos.

—¿Debo algo, señora? —preguntó el escultor exagerando la *politesse*<sup>[8]</sup>, mientras volvía a depositar la jarra sobre el banco de donde la había tomado.

—Las gracias, si quiere usted darlas —respondió la mujer sonriendo.

—Está bien, señora. Pues si es así, ¡muchas gracias!

Al volver donde estaban sus amigos junto al coche, el escultor les dijo:

—¿Iban ustedes a algún sitio?

—No, a ninguno determinado. Simplemente a dar un paseo. Es ya tarde — contestó Abel.

—Pues entontes, suban al coche y daremos una vuelta, que así el paseo resultará más cómodo. Luego les llevaré al hotel.

Ocuparon los invitados el asiento de atrás y el coche se puso en movimiento. Recorrieron varias calles y avenidas a una marcha media, sin prisa ninguna. Como era domingo, se veía mucha menos gente que de ordinario en las calles. Los parisienses estarían en la cama o habrían salido a pasear por los alrededores.

—Oigan ustedes —dijo el escultor—. ¿Quieren ustedes que el domingo que viene les vaya a buscarles en auto y veamos bien lo que hay en esta feria?

—Bueno.

—¿A qué hora voy?

—¿Le parece bien ir a buscarme a casa a las once?—preguntó.

—¿A dónde?

—Al hotel del Palais Royal.

—¿Y a usted?

—Yo a esa hora, probablemente, me encontraré en ese mismo hotel.

EL DÍA ANTERIOR Juanito Elorrio y Abel Escalante estuvieron buscando por el bulevar Arago una tienda donde les habían dicho que se vendían estampas curiosas, pero no dieron con ella. Las señas que les dieron no eran muy precisas. Al cruzar por delante de la cárcel de la Santé, rodeada de unos muros grises, tenebrosos e hipócritas, el recuerdo de las ejecuciones se les había venido en la memoria. Abel Escalante quería hacer una encuesta sobre el verdugo de París para una revista americana.

Después de cenar, como la noche era bastante despacible, renunciaron a la salida que tenían proyectada, dejando para otro día la visita que juntos pensaban hacer a un compatriota del inglés que solía estar en un bar no muy lejano de la plaza del Palais Royal.

Se quedaron un rato en el saloncillo, haciendo tertulia con Gloria y Julia, que tampoco esa noche pensaban salir. Los demás huéspedes se habían recluso en sus respectivas habitaciones.

—¿Han paseado ustedes mucho esta tarde? —preguntó Gloria.

—Sí, hemos dado un buen paseo —contestó Abel.

—Hemos ido en busca de unas estampas, pero nos hemos vuelto con las manos vacías —dijo Elorrio.

—¿No eran interesantes? —preguntó Julia.

—No sabemos cómo eran, porque no las hemos visto. No hemos encontrado la tienda. Los datos que llevábamos eran poco claros.

—¿Muy lejos?

—En el bulevar Arago, cerca de la cárcel de la Santé —dijo el dibujante.

—¡Vaya sitio! ¿No es allí donde guillotinan? —preguntó Gloria con un interés un poco raro.

—Sí, allí es. Por cierto que tengo un periódico que habla de *Monsieur de Paris*, o sea el verdugo, y nos servirá para hacer un artículo. Elorrio hará el texto y yo los dibujos —dijo Escalante.

—¿Y dice algo curioso?

—A mí no me gusta leer eso. Se lo traeré a usted.

Abel fue en busca del periódico y se lo entregó a Gloria.

—¿No tienen ustedes miedo a las pesadillas? —le preguntó Elorrio.

—Yo, no.

Lo que leyó Gloria eran unas declaraciones de un tal Jorge Martín que, durante quince años, fue ayudante de Anatolio Deibler, ejecutor de la justicia, presentándolo como un hombre sensible, distinguido y discreto. No había sido espontáneo en él el dedicarse a una profesión tan especial, que tantos solicitantes tenía en Francia, pues según parece todos los años se iban recibiendo en el ministerio centenares de cartas

pidiendo la plaza, y hasta los había que se ofrecían gratuitamente. Sin duda, los adoradores de la diosa Kali, popularizada por Ponson du Terrail en Rocambole, eran infinitos. Se veía que el oficio de verdugo tenía sus aficionados. Ya modernamente, el Deibler actual era hijo y nieto de ejecutores.

—¡Vaya una genealogía! —indicó Julia.

—Pues esta era la suya. Su mujer había sido chalequera, muy aficionada de niña a montar en velocípedo, conociendo a su futuro en un club ciclista. Vivían en la calle Claude Terrasse, una calle del barrio Saint Cloud, bastante cerca del Sena, donde les nació una hija.

—Deibler, el actual —indicó Elorrio—, había nacido en Rennes en 1863. Su padre desempeñaba las funciones de ejecutor de la justicia. Después de estudiar en un Liceo, se inició en la carrera familiar siendo ayudante de su abuelo, también verdugo en Argel. Después ayudó a su padre en París y le sucedió, por haber enfermado el autor de sus días en 1899. Además del automovilismo cultivaba la fotografía. Ordinariamente no le gustaba hablar de su profesión.

Una vez, en el circo, donde había llevado a su hija, un clown, armado con una inmensa navaja de afeitar de cartón, dijo a su augusto mirando a Deibler: «Voy a guillotinarle». Este le lanzó tal mirada que no le quedaron al payaso ganas de repetir la broma. Y no era que hubiese reconocido al verdugo, sino una casualidad.

Otra vez, parece que Deibler recibió en su casa la visita de un académico historiador, que fue a preguntarle si realmente Landrú había existido. El verdugo se limitó a contestar:

—No puedo decir a usted si existió o no. A mí el procurador de la República me entregó un hombre que llamaban Landrú. Yo no tenía por qué establecer su identidad. Me lo entregaban para que le cortase la cabeza, que es lo que hice lo más rápidamente posible.

Deibler parece que tenía mucha preocupación por su popularidad y se lamentaba a veces de que la prensa no siempre le tratara bien, sino que le criticaba por no haber estado hábil en una ejecución.

—¡Dame on n'est pas sur d'avoir come bonne presse<sup>[9]</sup>! —solía decir con cierta melancolía.

—Deibler ha muerto, de repente, hace poco —indicó Elorrio.— Había salido de su casa para tomar el Metro. En la estación de Montparnasse le aguardaban sus ayudantes. Se les esperaba en Rennes, donde tenían tarea. En la estación de la puerta de Saint Cloud, Deibler cayó al suelo, como herido por un rayo.

Cuando el escritor acabó de contar lo que había leído, las dos mujeres, que no habían despegado los labios, quedaron un tanto impresionadas.

—Bueno, conste que ustedes han querido que lo leyese. Si esta noche sueñan... —dijo Elorrio mientras ellas se dirigían al ascensor—, no será mía la culpa.

—No tenga usted cuidado —dijo Julia—. Si soñamos que el «Señor de París» se acuesta con nosotras, ya le contaremos nuestras impresiones, porque si no es más que

un sueño, podemos contarlas.

—Otra cosa sería —dijo Gloria—, si nos visitase la angina de pecho.

Las dos subieron a sus cuartos. Escalante charló con Elorrio y después este se fue a su casa.

EL VIEJO COMÍA siempre en el restaurante del hotel. Un mozo, que era español y que al servirle le veía con frecuencia leyendo algún libro o alguna revista, solía decirle:

—¡Usted también, a su edad y teniendo que leer todavía! ¡Es cosa triste!

Es curioso que lo que para algunos es el entretenimiento mejor de la vida, para otros sea un trabajo desagradable.

El viejo tenía una curiosidad siempre alerta. Disfrutaba como el entendido en pintura que recorre las salas de un museo pasando revista a los tipos bien diversos que desfilaban por el comedor del hotel. Con algunos de ellos había mantenido breves conversaciones sobre temas ligeros delante del casillero de la correspondencia o en el ascensor. Se saludaban al verse, pero no entraban en mayor intimidad. Con otros, ni eso, porque, en general, dada la situación política de la preguerra, existía como flotante cierta atmósfera de recelo entre las distintas personas hospedadas en los hoteles.

Había habido un tipo, en el hotel, curioso, pero ya meses antes se había marchado. Se trataba de un alto empleado, funcionario modelo, que vivía solo y llevaba una vida metódica y severa. Recibía con frecuencia cartas por correo neumático, telegramas, y era llamado también a menudo a la cabina telefónica del vestíbulo para celebrar largas conferencias. Todo el mundo le consideraba mucho, ignorando quién era ni qué cargo ocupaba, y hablaban de él como de un hombre modelo. Se le tenía por un tipo correcto, perfilado, puntual a las horas de las comidas y se le elogiaba siempre.

Poco tiempo después se vio complicado en un proceso y de la noche a la mañana desapareció del hotel. Entonces fue cuando se supieron el nombre y apellidos verdaderos del señor. Durante algunas semanas hubo un gran silencio sobre él.

Nada se decía de su paradero, no se sabía si lo habrían detenido o si estaría en libertad. Cuando ya empezaban a olvidarlo, apareció en algunos periódicos la noticia de que habían encontrado su cadáver en una casa misteriosa de cierta calle de un barrio apartado. El motivo de su muerte se hundía en el misterio, pero, al parecer, lo habían asesinado. Se descubrió entonces que aquel funcionario ejemplar de vida tan metódica y severa, aquel al que todo el mundo citaba como un hombre modelo, era un invertido y llevaba una doble vida con tanta habilidad que jamás había sospechado nadie de él.

OTRO DE LOS TIPOS curiosos era un señor americano del norte, un hombre pequeño y nervioso que hubiera podido lucir una calva bastante respetable, si no hubiese puesto tanto empeño en disimularla entrecruzando el pelo de su cabeza de la parte derecha con la de la izquierda, componiendo algo así como un dibujo topográfico sobre la piel de su cráneo.

Había encontrado una compatriota, también pequeña y con el cabello blanco teñido de azul. Era una señora que todavía tenía la pretensión de lucir, a pesar de su edad más que otoñal. Vestía esta trajes elegantes y lucía sombreros coquetones, que en cualquiera dama joven hubieran logrado fácilmente producir efecto, pero en ella destacaban la impresión de su edad y de su ruina.

A veces, el señor americano de un tipo un poco agrio recibía la visita de su hija. Comían juntos y aprovechaban el momento de la comida para reñir por cualquier cosa. La hija le decía al padre que era presuntuoso y el padre le reprochaba a la hija el que gastaba demasiado. La muchacha, que no era corta de lengua, replicaba que del dinero que empleaba ella no tenía que dar cuentas a nadie, ni siquiera a él, porque procedía de la herencia de su madre.

Durante toda la comida estaban en esa continua esgrima de mutuas y poco amables imputaciones. Se comprendía que la paz familiar no debía de ser en ellos muy grande. Sin duda, no les bastaba vivir separados y a pesar de verse de tarde en tarde necesitaban hacerse reconvenções agrias.

Había también un inglés alto, afeitado, flaco, de severo aspecto, que gastaba monóculo y llevaba un crucifijo al cuello. Este señor, a pesar de su aparente misticismo, se emborrachaba con delectación. Su hija, que no se parecía gran cosa a él porque tenía una marcada tendencia a la obesidad, andaba con mucha frecuencia por el último piso del hotel y tenía amistades con algunas de aquellas medio cocotas que vivían en las alturas, amistades que se consideraban por algunos un poco sospechosas.

Otra señora mal vestida, bastante fea, vieja y presumida llevaba su perro favorito dentro de un maletín. Un perro que tenía cara de persona, horrible, con la frente abultada, los ojos melancólicos, una lengua y unas barbas que le daban cierto parecido con algún escritor o político célebre del que había muchos retratos.

Pocos días antes había llegado al hotel del Palais Royal un señor católico, procedente de Austria, al cual Gloria le había oído que contaba al conserje que en Viena se había encontrado con las iglesias cerradas, de manera que no se podía penetrar en su interior por la entrada principal, teniendo que utilizar necesariamente alguna puerta trasera, más o menos disimulada.

Él había llamado en un templo y le había abierto un cura que le había preguntado:

—¿Qué quiere usted?

—Yo quisiera confesarme —contestó.

—Bien, pase usted, pase usted enseguida sin que le vean.

SE VEÍA TAMBIÉN a un señor inglés, que hablaba algo de italiano, el cual solía pasarse el tiempo en la sala del hotel jugando al lexicón.

Contaba con cierta gracia algunas aventuras de su vida de aficionado a los juegos de azar y sus temporadas, más o menos felices, en Montecarlo, en Ostende y en Spa. Creía que la posesión de un amuleto le ponía a cubierto de sufrir graves tropiezos.

Un día este señor indicó al chófer que le llevara a Enghien. Marcharon allí, entraron en una casa de juego, y el hombre, a pesar de su amuleto, tuvo una racha de mala suerte tal que perdió todo lo que llevaba.

Cuando le quedaban tres mil francos, guardó doscientos para la vuelta al hotel.

—¿Lo que resta, lo jugamos? —le preguntó al chófer.

Como este conocía con qué intención le hacía la pregunta, le contestó:

—Sí, debe usted jugarlo.

Lo jugó y lo perdió a pesar del amuleto.

En el piso sexto vivían dos señoras bien distintas por todo. La una era una antigua dama de compañía, mujer gruesa, que había sido rubia, pero ya se había convertido en blanca. Siempre vestida de negro, a primera vista tenía un aire de señora de la aristocracia, si no dijera de cuando en cuando palabritas y tomara actitudes que la desenmascaraban dándole un aire de Celestina.

La otra, la señora Smith, que por su apellido y por llamarla señora parecía que debía ser persona respetable, era una muñeca rubia, muy pintada y muy impertinente, que no tenía afición más que a estar echada en un diván en una sala donde había siempre chicas judías. Hablaba alemán y *yiddish*. Era muy rebelde de chica, según contaba. Los sábados solía ir a la sinagoga tan solo por llevar la contraria a las profesoras, amigos y parientes. Decía que tenía entusiasmo por los tipos morenos y un poco brutos, que no la hubiera importado nada casarse con un mulato.

Esta mujer daba la impresión de que había sido guapa y de que no se resignaba, ni mucho menos, a su vida otoñal.

Escalante y Julia, cuando hablaban de ella, pensaban que una mujer distinguida, acostumbrada a una vida de erotismo y coquetería, tenía que encontrarse en una situación muy triste al ver que el coro de sus adoradores se convertía en un grupo de gente indiferente que la miraba con la misma indiferencia que podían mirar al conserje del hotel.

Julia, que creía en las artes mágicas, debía ser un espíritu muy amigo de gobernar a los demás. Todos los días vestía de distinta manera y usaba joyas diferentes. Puede ser que eso lo hiciera únicamente por preocupación de elegancia, pero quizá también dependía un poco de sus ideas mágicas.

Un día que estaban reunidas Julia y Gloria con Escalante y Elorrio, este dijo:

—Yo no comprendo bien por qué la gente se preocupa tanto por la disminución de la natalidad. Quieren hacer que la natalidad aumente y luego decir que la población excesiva obliga que el país tenga más prerrogativas que los otros, es decir, que tenga que contar con el espacio vital, como se dice ahora, para su expansión. Es una maniobra un poco burda y que creo que no convence a nadie.

—Para los gobiernos —dijo el inglés—, evidentemente, el material humano lo consideran como una riqueza. Napoleón decía, según Stendhal: «Tengo una renta de doscientos mil hombres al año».

—Todos los dictadores piensan algo parecido —continuó el escritor—. Mucha población significa, naturalmente, mucha fuerza en el país; mucha fuerza supone mucha importancia también de los políticos... Pero mirando los hechos de una manera sencilla y natural, lo que sobra es gente. Desear que haya mucha gente, aunque no haya que comer, es lanzar hombres a la guerra para que los maten impunemente.

A Juanito Elorrio le parecía bastante absurdo el ilusionarse con el hecho de que la vida media subiera, o recrearse con la idea de que la humanidad iba creciendo para producir nuevas guerras y más crueldades estúpidas. Sería más lógico el alegrarse de que la humanidad fuera descendiendo y acercándose al final, que después de todo le llegará más tarde o más temprano.

Muchas de esas conversaciones se mantenían durante las alarmas, cuando los huéspedes del hotel se reunían para esperar lo que pudiera ocurrir.

En aquellos momentos el hotel parecía un carnaval o el salón de un baile de máscaras. Hombres con batines, mujeres vestidas con pantalones y una especie de turbante en la cabeza o una capucha. Las persianas cerradas; a través de ellas penetraba tan solo una pálida luz del día.

Las señoras hablaban, los hombres trataban de decir chistes para distraerlas y que no pensasen en lo que allí a todos les había reunido. Algunos salían a la calle para ver si podían ver algo. No se veía nada. Se oía el ruido de algunos aviones y, a veces, cañonazos o disparos de ametralladoras.

## CUARTA PARTE

---

# EN EL SUBURBIO PARISIENSE

EL ESCULTOR, que había quedado de acuerdo con Elorrio y Escalante en ir a buscarlos, fue un domingo por la mañana a llevarlos a la feria de Clignancourt, el más acreditado Mercado de Pulgas (Marché aux Puces) de París.

Este rastro parisiense se extendía desde la Puerta de Clignancourt a la Puerta de Saint-Ouen, en la zona septentrional de París. En otro tiempo próximo aún, Saint-Ouen había sido un barrio de anarquistas donde se cometieron los atentados del famoso Ravachol.

Aquella feria era por entonces el más conocido y celebrado de los mercados de cosas viejas de París. Tenía un carácter animado y pintoresco y, al mismo tiempo, melancólico de esos cementerios de cuadros, estatuas, libros y aparatos de todas clases que representan la ruina de miles de gentes, aunque sirvan después para sostener la existencia de no pocas familias.

Aquellos puestos de la Feria de Pulgas, la mayoría, eran misteriosos. Tenían una parte para el público, otra interior con especialidades para aficionados conocidos y, a veces, otra todavía más interna que daba a algún callejón, en donde había grandes espejos, armarios, cuadros y objetos de China.

Algunos puestos de la feria de Clignancourt ofrecían un perfil cómico: parecían mirar al exterior por una claraboya oval que recordaba el ojo de algún monstruo. Un artista amigo de lo antiguo podía pensar cómo hubiera representado todas aquellas casuchas un pintor de la fantasía del Bosco o de Brueghel.

El terreno donde se instalaba la feria debió de hallarse, en otro tiempo, hundido y tener un carácter pantanoso. En los días de mucha lluvia se quedaba completamente intransitable.

De los tres extranjeros que buscaban distracción paseando por aquel *capharnaïn* de las afueras, el uno era el dibujante Abel, el otro, el escritor Juan Elorrio, y el tercero, el escultor conocido de ambos, Barral.

El escultor decía que no era fácil encontrar algo de mérito en estos mercados, porque cuando los parisienses iban a desprenderse de un objeto curioso ya habían pasado antes por todas las tiendas de antigüedades para enterarse de su valor.

Cada uno de ellos tenía algún pequeño interés en visitar el mercado de cosas viejas. El dibujante pretendía encontrar un libro de estampas de cafés que buscaba hacía tiempo.

De los tres curiosos, el escultor Barral era el que conocía mejor la disposición y la especialidad de los puestos de la feria y hasta tenía sus amistades entre la gente de los puestos. Se paraba a hablar con los vendedores, cambiaba con ellos algunas palabras, recogía indicaciones o referencias que le podían servir para dar con algo para él valioso.

El más indiferente era Elorrio, que no buscaba nada concreto, ni tenía dinero para hacer compras. Miraba lo que había por allá, a uno y otro lado, y se paraba a contemplar la animación pintoresca, que era grande aquella mañana porque el tiempo tibio favorecía un paseo al aire libre.

En uno de los puestos vieron una estatua antigua de madera que representaba una virgen gótica. Preguntaron el precio. Estaba tasada en muy poco dinero, quinientos francos. ¿Era auténtica o no?

El escultor pensó que era falsa, de primera intención.

El dibujante Abel dijo:

—No parece auténtica, es verdad. Pero... ¿quién se pone a hacer una falsificación así, que exige tanto trabajo, para venderla después en quinientos francos?

—¡Bah!, ¿quién sabe si el que la hizo creyó venderla en veinte mil y luego tuvo que deshacerse de ella por una cantidad pequeña?

—Es posible, aunque no muy probable.

En aquella hondonada había una barraca hundida en el suelo en una plazoleta cuadrada como un foso. La casucha tenía un tejado de hojas de zinc sujetas con piedras, una chimenea y una veleta con unas aspas que el aire, al moverla, hacía chirriar. En medio del corralillo, había una mujer, despeinada, con un trapo extendido en el suelo y encima unas cuantas cosas absolutamente heterogéneas en venta.

Mientras el dibujante hablaba de la virgen gótica, el escultor marchó a otro puesto para examinar un espejo muy adornado, estilo Luis Felipe. A poco le siguió Abel, quien se quedó mirando la imagen de la virgen por delante y por detrás, cada vez más convencido de que era moderna, es decir, falsa.

—¿Qué, le gusta a usted? —le preguntó la mujer del puesto.

—No señora, la verdad. Es que estábamos hablando de si esa estatua era antigua o moderna, y cuanto más la miro, más me convenzo de que es moderna.

—Sí, es moderna —dijo la vendedora—. En nuestra casa, que está en el bulevar Raspail, hay una imagen gótica auténtica. Puede usted ir a verla, si quiere —y le dio una tarjeta con la dirección.

II

---

UN VIEJECILLO

ABEL SE PUSO A LEER la tarjeta cuando un hombrecillo pequeño, que poco antes se había detenido, le dijo:

—¿Es usted español, verdad?

—A medias —contestó el interpelado—. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Porque le he oído a usted hablar.

—¿Usted también lo es?

—Sí, también lo soy. ¿Anda usted buscando antigüedades?

—No, he venido con unos amigos a dar una vuelta y hemos estado hablando sobre esta estatua, que a mí me parece más falsa que Judas.

—Sí, evidentemente es falsa. Pero yo sé dónde hay una del siglo XIII verdaderamente magnífica, y que la venden no muy cara para su importancia.

—No me puede interesar. Yo no tengo dinero ni para adquirir verdaderas gangas.

—De todas maneras le daré a usted las señas de dónde está.

—Bueno, apúntemelas en esta misma tarjeta —y le entregó la que le había dado la mujer del puesto.

El tipo que había abordado al dibujante era un hombre pequeño y derrotado, con sombrero blanco, chaqué viejo ribeteado con trencilla, pantalones un poco cortos, camisa remendada y un cuello postizo, amarillento, de celuloide, que le salía fuera de la chaqueta como un collar.

Llevaba este vejete a un lado una cartera vieja de hule, en bandolera, sujeta al hombro por un bramante negro, y dentro de la cartera algunas estampas y acuarelas para mostrárselas a los posibles compradores, si es que tenía la suerte de tropezar con alguno.

Cuando se sintió escuchado, contó que hacía más de treinta años que residía en París, que había conocido a Estévez, a Bonafoux y al capitán Casero.

Sin que se lo preguntasen, como para presentarse, dijo que su apellido era Pagani. El dibujante dio su nombre y el de los dos amigos, el del escultor y el de Elorrio.

Hablaba el hombrecito español muy bien. Tenía, al parecer, ciertas pretensiones literarias, aunque aseguró que no había publicado con su firma más que algunos artículos, hacía años, en periódicos de América.

Volvió a insistir en lo de la imagen gótica. Era preciosa, según dijo, estaba en su casa, pero no era que fuese suya, sino de la dueña del hotel. La habían visto expertos inteligentes y dueños de tiendas de antigüedades, pero no se decidían a pagar por ello lo que la estatua valía.

—Si quiere usted verla, vaya usted a mi casa cuando quiera. Vivo en la calle de los Solitarios, en un pequeño hotel. No tiene pierda, es el único que hay allí.

—No sé dónde está esa calle —dijo el dibujante.

—Está en Belleville, cerca de las Buttes Chaumont.

—¡Ah, muy bien, ya iré!

La verdad era que no recordaba dónde estaba Belleville, ni las Buttes Chaumont, ni pensaba buscar esos lugares.

—Ahora otra cosa, señor. ¿Sabe usted cómo se llama en español este instrumento de música? —preguntó Pagani, mostrando uno que había sobre la mesa del puesto.

Era como un guitarrillo muy viejo, muy destartado, con una rueda y un manubrio, instrumento que solían usar hace muchos años algunos mendigos callejeros en Francia y en Suiza.

—Sí sé cómo se llama ese aparato. Lo he visto hace poco en un museo —dijo Elorrio—. Se llama *vielle* en francés, y en castellano, viella o zanfonía. También he oído que en algunos países del este de Europa se llama *skoptza*. En francés y en español la palabra se ha perdido, porque el objeto ya no se encuentra.

—Es cierto, ya no se ve en ningún lado —indicó Pagani.

—¿Usted no habrá visto una zarzuela española, *Los Magiares*, que tiene una música muy bonita? —preguntó Elorrio.

—No.

—Pues allí un viejo mendigo húngaro, mientras toca este instrumento y da vueltas al manubrio, canta:

*Quien al son de mi viola  
quiera cantar, quiera bailar,  
aldeanos y aldeanas  
vengan aquí, vengan acá.*

—¿Y esto será un instrumento muy antiguo?

—Sí, en el siglo IX se usaba ya —contestó Elorrio—. Era instrumento de mendigos y de juglares para tocar en bailes y en fiestas populares. Viella es *vitella*, ternera en latín, y recuerda el salto de las vacas jóvenes. En algunos países conocían el instrumento por *lyra mendicorum*. En general se llama chifonía, viella o viola, indistintamente, pero luego la palabra viola quedó para una forma de violín un poco más grande. En Francia parece que hay una canción, relativamente moderna, que se llama «Fanchón la vielleusse».

—¡Ah!, yo he oído nombrar esa canción y creía que era «Fanchón la Vieillesse», y que se trataba de alguna vieja a quien llamaban «Fanchón la Vejez» —afirmó Pagani—. Esa clase de apodos aquí no suelen ser raros. Usted recordará que en aquella banda de anarquistas de uno..., no sé si Bonnot, había un socio al que llamaban «Raymond la Science».

—Pues no se trata de una vieja —replicó Elorrio—, sino de una joven tocadora de la viola, y sus cuplés terminaban así:

*Je n'apportais, hélas en France  
que mes chansons, quinze annes,*

*ma vieille et l'esperance*<sup>[10]</sup>.

El señor Pagani se quedó mirando a Elorrio como asombrado, considerándolo un monstruo de erudición.

DESPUÉS PAGANI le preguntó a Escalante si no conocía a un militar, Evans, que había estado en España durante el comienzo de la revolución. Escalante dijo que lo conocía y que había hablado con él hacía poco.

—Me han dicho que está aquí, pero no lo sé de cierto.

—Pero eso será muy fácil saber, preguntando en la embajada inglesa.

—Sí, es verdad. Yo no me he atrevido a hacerlo.

—Pues yo lo haré y lo que me contesten se lo diré a usted.

—Pues entonces, si quiere usted hacerme ese favor, si sabe algo de él me lo dice llamando por teléfono al Hotel del Cisne, que está en la calle de los Solitarios y que tiene este número. Mi apellido es Pagani.

—Bien, lo haré.

En una avenida todavía sin casas, a un lado y a otro de la feria de Clignancourt, se asentaban algunas barracas donde se amontonaba el gentío. Había innumerables puestos y camiones automóviles de feriantes.

Entre la multitud brujuleaban unas gitanas preciosas, blancas, rubias, de ojos azules, magníficamente vestidas, en medio de otras negruzcas, harapientas y con cara de cuervo. De las primeras se hubiera dicho que eran la aristocracia de la raza.

—Habría que creer que esas gitanas rubias, por su tipo, son lo más ario de todas las personas que andamos por estos andurriales —dijo Abel.

—¿Usted no sabe que algunas tribus gitanas eligen los ejemplares para tener hijos? —replicó Barral el escultor.

—No, no lo había oído nunca.

—Pues parece que es cierto. Yo se lo he oído a algunos gitanos amigos míos.

Después del alboroto y del tumulto salieron los tres presentes a una barriada de casetas de madera construida en un terreno hundido, entre el bulevar Ney y el extrarradio de París.

Era aquello como una aldea de casuchas, la mayoría de tablas, algunas de ladrillo, todo muy miserable, que formaba calles estrechas y llenas de recovecos. A esas barriadas en París se les llama zonas, probablemente porque empezaron en ellas la parte militar de las viejas fortificaciones.

Encima de las puertas de las casas, había letreros con los nombres de sus moradores, escritos la mayoría en ruso, en alemán y en italiano, algunos también en español.

Aquel domingo y en aquella hora no andaba nadie por la zona. Sin duda los pobladores de aquella aldea miserable, nacida al lado de una gran ciudad, habían salido, aprovechando la fiesta, a tomar el sol y el aire de la tarde de otoño tibia y soleada.

Ciertamente que no debía de ser muy tranquilizador el andar de noche por aquellos andurriales. Parecía que por allí el peligro de ser atacado y desvalijado era más que probable.

DESPUÉS DE DAR ALGUNAS VUELTAS despistados, como perdidos en el laberinto de aquella barriada de suburbio, consiguieron los tres curiosos salir de aquel poblado mísero y subir de nuevo al bulevar Ney. El escultor Barral dijo que les llevaría en automóvil donde quisieran. Escalante observó que tenía que ir a visitar a una persona cerca de la plaza de la Estrella.

—Yo le llevaré.

Efectivamente, en poco tiempo los llevó. Bajó Escalante y Elorrio quiso bajar también.

—¿Pero usted, tiene que hacer aquí? —le preguntó el escultor.

—No, pero no quiero hacerle perder el tiempo.

—No, hombre, no. Si yo tengo tiempo de sobra. Le llevaré donde usted quiera. Lo que podría usted hacer es venir a mi casa y comer conmigo.

—Bueno.

—Pues vámonos.

Se detuvieron en una plazoleta próxima al parque de Monceau.

—Ahora, si usted quiere —dijo Barral—, veremos estas estatuas próximas al parque. Son de los tres Dumas célebres. Del novelista, de su padre el general y de su hijo el dramaturgo.

Las contemplaron con atención.

—¿Cuál le gusta a usted más de las tres? —preguntó Barral.

—Creo que me gusta más la del novelista.

—Sí, a mí también. Es obra de Gustavo Doré.

—¿No tiene usted algún sitio que quisiera ver?

—Ya que me lo pregunta usted, me gustaría ver el parque de las Buttes Chaumont.

—Bueno, preguntaremos por ahí dónde está.

Estuvieron en el parque que al escritor le sorprendió por su aire dramático.

—Bueno —dijo Elorrio—, voy a tomar el Metro y a ir a comer a un pequeño *restaurant* del Barrio Latino.

—Venga usted a mi casa.

—No, no.

—¿Por qué no?

—Ahora creo yo que nadie está en situación de invitar a otro.

—Pues yo sí —contestó el escultor—. Vámonos.

Tomó Barral el volante y comenzaron a ir hacia el centro.

Llegaron al portal, recorrieron un ancho pasadizo, cruzaron un patio y luego llegaron entraron en un pabellón, torcieron a la derecha y después de bajar tres

escalones, al extremo del pasillo llamó Barral a una de las dos puertas y abrieron. Pasaron al estudio del escultor, una estancia alumbrada por ventanas colocadas junto al techo. En el fondo de la habitación había una plataforma de madera a la que se podía llegar subiendo tres escalones.

Al parecer, el escultor trabajaba por entonces en un grupo curioso de tipos de obreros.

Como era algo tarde, tan pronto llegaron Barral le dijo a la muchacha, que era española:

—Saca la comida porque ya es hora.

Elorrio y el escultor se sentaron a la mesa. Barral miraba con atención a su invitado y de pronto le dijo:

—Tiene usted cabeza para hacer un busto. ¿Quiere usted que lo haga yo?

—Sí, pero apenas tengo tiempo. El vivir aquí me hace trabajar mucho y necesito tiempo.

—Pero viniendo aquí, podría usted comer y cenar en casa, porque yo soy lento en mi trabajo.

—Bueno.

—¿Vive usted lejos? —le preguntó después Barral.

—Sí, bastante lejos. En la avenida de Italia, en los alrededores de un ferrocarril que aquí llaman de cintura.

—¿Tiene usted mucho que hacer, además de sus artículos?

—No gran cosa.

—Porque, si usted quiere, yo le podría ofrecer una cama aquí mientras me sirva de modelo.

—Sería una molestia para usted.

—No, no, al revés. Yo soy un hombre que necesito estudiar la figura y me temo que, si se marcha usted, no vuelva. A mí me hace usted un favor. Usted puede fijar sus horas para ver a sus amigos. Yo no tengo para trabajar más que la mañana y parte de la tarde. Luego ya no hay luz en el estudio, así que desde las cinco o las seis está usted libre.

—Bueno, acepto.

Elorrio comenzó a acudir a la casa del escultor. Salía a las cinco y media de la tarde y volvía para cenar.

ESCALANTE CONTÓ A EVANS en el hotel cómo había visto a un vejecillo llamado Pagani, que quería telefonarle a él para hablarle.

—Hombre, sí, le conozco, le tengo que ver —dijo el inglés a Elorrio.

Evans le indicó que le convidaba a Escalante, a Elorrio, a un médico español y a un militar en un restaurante del bulevar Montmartre.

El militar contó horrores de la guerra de España.

Evans era un tipo siempre fácil para dejarse prender por toda clase de curiosidades. Había estado en varias guerras por afición a recoger experiencias. Había vivido en España y conocido a mucha gente. Hombre de buen tipo, alto, robusto, de unos sesenta años, con la cara atezada y el pelo ya blanco.

Era entusiasta de los viajeros atrevidos, y entre ellos Borrow, el autor de *La biblia en España*, que se había metido en la península en el primer tercio del siglo XIX y se había dedicado a vender biblias y a hacer propaganda protestante. ¡Qué tipo! ¡Qué valor!

Evans escribía en periódicos ingleses sin firmar. Si a veces era imprescindible poner su nombre al pie del artículo, Evans echaba mano de un seudónimo.

El inglés tenía curiosidad y simpatía por Pagani. Le conocía de hacía bastante tiempo. Al saber que Escalante había hablado con él y le había encontrado muy derrotado, quiso preguntarle qué tal marchaba. Supo que vivía en el Hotel del Cisne de la calle de los Solitarios, le telefoneó y le invitó a cenar en un *restaurant* del bulevar Montmartre. Invitó también a Escalante y a Elorrio.

En el hotel donde se alojaba Evans había aparecido un señor y su criado. Hablaban el francés admirablemente. Decían que eran checos. Evans sospechaba que eran alemanes. Buscaba el señor hablar con Evans y Escalante y este decidió dejar el hotel.

Evans, que tenía curiosidad por Pagani, miró en el mapa de París y buscó la calle de los Solitarios, y tardó en encontrarla. Vio que estaba cerca de las Buttes Chaumont y tenía estación de Metro en una plaza próxima a la Plaza de las Fiestas, del barrio de Belleville. La plaza tenía un aire de barrio extremo y de ciudad de provincias, y un mercado bastante concurrido.

La calle de los Solitarios iba desde esta plaza a la de la Villete. Siguiéndola se llegaba a la calle de las Alondras, que pasaba cerca de un estanque que, al parecer, alimentaba el lago del parque de las Buttes Chaumont.

Este nombre poético, de las Alondras, sorprendió al súbdito británico.

La calle de los Solitarios tenía dos o tres vías transversales, entre ellas la de Palestina, con una iglesia moderna de aire bizantino. Era una calleja más triste, que en época normal podía ser una calle corriente, pero que con la amenaza de la guerra

parecía muy sombría.

Carlos Evans, huroneando por el barrio, tardó poco en dar con el hotel de que Escalante le había hablado y entró en él con intención de preguntar por Pagani.

Pasó a un despacho con escritorio y vio que en el fondo de este, y comunicado por una ventana, había un saloncillo muy elegante y confortable, con una chimenea de mármol, un espejo encima, un reloj, unos candelabros y en las paredes varios cuadros.

Le pareció el saloncito casi demasiado lujoso para un hotel de aire tan modesto y tan alejado del centro.

Llevaría unos minutos en aquel escritorio sin ver a nadie, cuando apareció la encargada. Una señora de aspecto aristocrático y de tipo muy fino, que desentonaba en aquel ambiente pobretón y mediocre. Había entrado seguida por una muchachita que debía ser su hija. Evans habló con ellas, tratando de informarse sobre la persona y el asunto que allí le llevaba. Le dijeron que Pagani había salido, y respecto a la imagen gótica, caso de que fuese a verla, se había vendido ya hacía un par de semanas.

—Yo no deseaba más que ver a Pagani —les dijo el inglés—. Quería venir a saludarle.

—¿Es usted amigo suyo?

—Sí, le conozco hace tiempo y ayer le vieron unos conocidos míos españoles.

—Aquí le tenemos como de la familia.

—Sí, es simpático, buena persona.

—¿Es usted español? —preguntó entonces la encargada.

—No, soy inglés, pero conozco muy bien España.

—Yo tengo muy buenos recuerdos de algunos españoles que he conocido.

Iba ya a marcharse, dando por fallido el propósito de hallar algo con que ocupar su tiempo libre, cuando la señora del despacho preguntó:

—¿Quiere usted dejar su dirección?

—Muy bien, con mucho gusto la dejaré.

Escribió Evans en una tarjeta las señas de su casa, saludó a la madre y a la hija, y se fue.

Cuatro o cinco días después el buen Pagani se presentó en el hotel del bulevar Saint Germain, donde vivía Evans.

—Aquí pregunta por usted un hombre de mal aspecto —le dijo un criado.

—¿Quién es?

—Es un señor Pagani. Parece un vendedor de chucherías. Si quiere usted, le diré que no está.

Sin duda el visitante no tenía tipo muy satisfactorio para un hotel de lujo y la señorita del teléfono del hotel vacilaba en dejarle subir, suponiendo quizá que podía tratarse de un sablista. Evans contestó que le dejaran pasar y Pagani subió a su cuarto.

El pobre hombre parecía que había empeorado de situación y cambiado de género

de comercio. Ese día iba con una caja de cartón en bandolera, colgada por un bramante, y llevaba en ella jabones y chucherías. Evans pensó que tenía un aire más derrotado que la última vez que le había visto. Era probable que en la feria de Clignancourt, entre tantos trastos viejos y deshechos, pareciera Pagani menos destrozado, con su camisa zurcida y sus botas deformadas, que en el fondo del cuarto del hotel que tenía un papel de color de rosa y un aire un poco viejo y coquetón, muy propio para servir de fondo a la figura de un señor francés de esos condecorados, o de una señora parisiense perfilada y expresiva.

—HE PENSADO UNA COSA, señor Evans —dijo Pagani.

—¿Qué ha pensado usted?

—Que como usted es amigo de las antigüedades, quizá le interesará ver unas que tiene la dueña del Hotel del Cisne, que es una mujer muy simpática.

—La conozco, la he visto.

—¿Quiere usted que vayamos el domingo a verla?

—Bueno, me parece muy bien.

—Si quiere usted, iremos a comer.

—¿Con quién?

—Con aquella señora con quien habló usted hace unos días, cuando fue a verme, y no me encontré, y con su hija.

No le molestaba a Evans la invitación que se le hacía, sino más bien le agradaba poder charlar un rato con aquella mujer de aire aristocrático que, al parecer, tenía una profesión humilde en aquel hotel triste y alejado.

—Haremos una combinación secreta —dijo Pagani—. Yo suelo comer con ellas y le pago a Madame Latour cinco francos. Si usted quiere hacer otro tanto, con lo que usted aporte, compraremos una botella de vino.

—No. Yo le daré a usted veinte francos, que es lo que me cuesta, aproximadamente, el almuerzo en mi hotel.

—No, no, se los da usted a ella.

—Puede que no le guste —replicó el diplomático—. Es mejor que se los entregue usted.

—Bien, bien, como usted quiera. Con este suplemento podremos tener un poco de vino o de postre.

—Ahora veinte francos dan muy poco de sí —dijo Evans.

—Aquí, en este barrio, es verdad; pero allí, en Belleville, las cosas están más baratas. De todas maneras, yo le avisaré ahora a Madame Latour y el domingo le espero a usted en el hotel.

—¿A qué hora?

—A eso de la una o una y cuarto. Es la hora en que se termina de servir el almuerzo a los huéspedes que tienen pensión completa, que no son muchos. Ellos acaban a la una.

—¿Y esos huéspedes del hotel, qué son?

—Son pensionistas; la mayoría empleados modestos del barrio de Belleville, del de San Gervasio y de las Lilas. Hay también algunos militares retirados y dos o tres damas que no se sabe qué pudieron ser en su juventud.

—¿Así que a la una hay que estar allá?

—Eso es, a la una. Con que tome usted el Metro a las doce y media en plaza de la Estrella, tendrá usted tiempo suficiente.

Pagani hizo algunas otras advertencias un poco vanas, y después dijo a Evans:

—Aquí tiene usted un cuarto magnífico, aristocrático.

Para el pobre hombre cualquier cosa debía parecerle magnífica y un hotel como el de Evans, de pequeña burguesía, con su lujo barato, debía sin duda parecerle algo tan fastuoso como el palacio de Versalles.

Evans se encontraba en aquellos días un poco preocupado. Había llegado al hotel un hombre que él sospechaba que era espía alemán. No le convenía denunciarle, porque creía que aquel señor tenía muchas relaciones en París y podía llegar a demostrar que no era espía. Entonces Evans pensó en dejar el hotel y marcharse al del Cisne, a pasar un mes con su amigo Pagani.

## VII

---

### EN EL HOTEL DEL CISNE

DESPUÉS DE LA CHARLA, Pagani se despidió y cuando Evans quedó solo, comenzó a pensar en aquella combinación de cambiar de alojamiento, de irse a vivir al hotel de la calle de los Solitarios, cosa que le parecía algo divertido. Su hotel estaba lleno de gente extraña venida de todas partes.

Aquel rincón del Hotel del Cisne le permitiría dedicarse a ordenar sus recuerdos de la vida que había llevado en Madrid durante la revolución. Y para acudir a la embajada diariamente, lo mismo daba que lo hiciese desde un hotel del centro que desde uno del extrarradio. El cambio de domicilio no podía ejercer ninguna influencia; quería verse libre de compromisos.

Al dueño del hotel le diría que se iba de París un mes, que seguiría con el cuarto y que le pagaría a la vuelta. Podría recoger en un par de baúles ropas y libros y en el mismo hotel le guardarían todo, depósito que siempre resultaría como una garantía de que no trataba de escaparse.

Cuando le planteó el asunto al gerente del hotel, este le dijo que no tuviera cuidado ninguno, que en cuanto le avisase de su próxima llegada tendría el mismo cuarto que entonces ocupaba, u otro similar, a su disposición.

A Evans esas variaciones de ambiente y de modo de vivir le habían siempre gustado. El cambio daría un poco de animación a una existencia que siempre se le antojaba excesivamente monótona. A cualquier otro le habrían inquietado las pequeñas dificultades; a él, no solo no le molestaban, sino que le encantaban, porque lo mismo se adaptaba a vivir bien, que a vivir mal, hasta con cierta sordidez.

Al guardar su ropa en los baúles, se reservó un traje modesto que encontraba más a tono con el ambiente en que iba a vivir durante unas semanas.

En el hotel del centro pensaron, cuando anunció su desaparición por algún tiempo, que se trataba de maniobras diplomáticas que, naturalmente, no podía revelar.

Al día siguiente de haber estado Pagani en el hotel, Evans tomó el Metro en la estación de la Estrella, bajó en la plaza de las Fiestas, en Belleville, y se dirigió al Hotel del Cisne, en la calle de los Solitarios.

Se fijó bien. El hotel no tenía un aire ni muy trágico, ni muy destartado, pero sí una tristeza fría, vulgar, casi más desagradable que la francamente vetusta y ruinosa.

La fachada era de ladrillo de aire modernista, en el gusto de a principios de siglo, con un color de naranja agrisado por el tiempo. Las ventanas simétricas y cuadradas, y unos miradores muy feos, que quizás se había pretendido hacer cómodos, y que parecían pilas de baño.

Tenía el aire de un hotel aparatoso de hace treinta años de una capital de provincias. Era como la representación más acabada de la vida corriente, monótona y sin emociones. Representaba la mezquindad de todos los días, que no llega a tomar

caracteres dramáticos, pero que tampoco por eso deja de ser menos triste y lamentable.

En la entrada del hotel, se encontró Evans con un tipo bajo y regordete, de cabeza grande, con el pelo crespo, fosco, bigote erizado, de mal humor, la mirada brillante, mandil blanco, peto y un plumero en la mano.

Le saludó al entrar y el hombre del plumero contestó al saludo con acento extranjero:

—¡Bon jour, mosieu!

Preguntó entonces por Pagani y el interpelado le dijo que podía subir al último piso.

—¿Hay ascensor?

—Sí.

Subió Evans en el ascensor, cuya lentitud indicaba su ancianidad, y al llegar al último piso vio que en el rellano le esperaba Pagani.

Una vez fuera del ascensor, después de dar la mano al que esperaba, vio Evans que no bastaba haber subido hasta aquella planta, sino que, para llegar al cuarto de Pagani, había que escalar a pie otro tramo de escalones para llegar a las buhardillas donde tenía Pagani su refugio.

El cuarto de su amigo, si bien estaba alto, no era malo. Era pequeño, pero limpio, pintado de gris y estaba bien arreglado. Tenía una cama diván, una mesa, una butaca, un armario y un lavabo, todo muy apropiado a las dimensiones de la habitación. En el sitio principal se veía un retrato al óleo de Madame Latour, con la fecha en el borde: 1923. El retrato revelaba una mujer muy elegante y muy distinguida. Se comprendía que el pobre Pagani estuviera entusiasmado con ella, lo que a poco de oírle hablar se notaba.

Pagani enseñó a su visitante algunas cosas curiosas que tenía: unos cuadritos que, a primera vista, parecían buenos, algunos libros, varias estanterías y dibujos, todos ellos de asuntos muy macabros.

—Veo que tiene usted cierta afición por lo lúgubre —le dijo Evans.

—Sí, un poco.

Desde la ventana de la buhardilla, que se abría sobre un tejado de zinc, se divisaba un extenso panorama de torres, casas y tejados, y se descubrían los árboles del parque de las Buttes Chaumont.

Al parecer la administradora del hotel, Madame Latour, daba gratis aquella buhardillita a Pagani, para que viviese en ella sin preocuparse de pagar el alquiler, a cambio de algunos servicios que él le prestaba. ¿Qué servicios eran esos?, no llegó a decirlo, pero como Madame Latour era al parecer muy industriosa y tenía varias especialidades, aquellos servicios debían ser varios y diversos. Dijo Pagani que la habitación ocupada por él correspondía a Madame Latour y que había vivido en ella con su marido en otro tiempo. Entonces el marido y el hijo de Madame Latour trabajaban en una fábrica de Pantin y dormían en ella.

—¿Quién es ese tipo que estaba a la puerta? —le preguntó Evans a Pagani.

—¿Un mozo ya viejo con el bigote erizado?

—Sí.

—Es Pietro. Es italiano. Lleva veinte años en París y cada vez habla el francés peor.

Por lo que dijo Pagani cuando se extendió en detalles, el hombre del plumero había salido de Italia hacía muchos años, obligado a dejar su país por haber intervenido en cuestiones obreras. Sin duda era socialista o comunista, pero desde que estaba en Francia el desterrado había dejado de ocuparse de política y vivía con toda modestia muy oscuramente.

Pagani habló también de los vecinos de aquel último piso del hotel. Por el momento lo ocupaban dos pensionistas, pared por medio de su cuarto, uno por la derecha y otro por la izquierda. Afortunadamente, dijo, se iban a marchar pronto, porque ambos eran, como vecinos, gente molesta. El uno se acostaba tarde, andaba por el cuarto teniendo y dando grandes zancadas, y al último tiraba las botas al suelo y poco después comenzaba a roncar estrepitosamente. El otro, en cambio, se levantaba a las cuatro o las cinco de la mañana y empezaba inmediatamente a arrastrar una caja en la que debía guardar las muestras de sus géneros. La llevaba de un lado para otro, produciendo un ruido y unos chirridos verdaderamente insoportables. Entre uno y otro a Pagani no le dejaban dormir.

—¡Los mataría! —decía el pobre hombre.

Había también en aquel último piso del hotel una dama rubia, polaca, vestida casi siempre con trajes de color de rosa. Era, según afirmación de Pagani, una cabeza destornillada, pero, como mujer, muy simpática. En algunas ocasiones, esta mujer desaparecía y se estaba un tiempo, más o menos largo, sin volver al hotel. Cuando volvía, tenía semanas de comer bien y de andar en auto, nadando en la prosperidad, pero luego le llegaba la negra y entonces se pasaba la vida en la cama alimentándose con café con leche.

Pagani dijo de la polaca que creía que estaba en la *purée*, en la miseria. Se afirmaba que, a veces, se levantaba muy temprano y se lanzaba a los pasillos a robar la leche que iba dejando el lechero en las marmitas de las puertas de los cuartos y sustituyendo la leche por agua. Para evitar esas rapiñas, Pagani había decidido dedicarse a la leche condensada.

Otros vecinos de las buhardillas eran unos polacos ricos que habían pensado marcharse al Brasil. Pagani los suponía judíos y seguramente no se engañaba. En número de cuatro o cinco se amontonaban en dos cuartuchos infectos, se lavaban la ropa en el lavabo y comían en un restaurante muy mísero, que abría sus puertas en la calle del Sol.

—¿ES LA HORA DE COMER? —preguntó Evans.

—No, deben [de] ser la una y diez todavía. Esperaremos cinco minutos —dijo Pagani.

Pagani los aprovechó para hablar de Madame Latour, la encargada del hotel, por la que sentía un gran entusiasmo. Según él, se trataba de una mujer muy buena y además lista, inteligente y sagaz.

—Es un conjunto de buenas condiciones —dijo Evans sonriendo.

—Es verdad. No se ría usted.

—¡No me río!

—No creo yo que la mayoría de las mujeres listas sean más malas que las buenas.

—Yo tampoco. De todo tiene que haber.

—Pues yo, las que he conocido, si eran buenas resultaban un poco pánfilas y si eran listas, un poco serpentinas.

—Así pues, ¿Madame Latour no tiene nada de serpentina?

—Nada. No tiene ninguna mala intención. Ahora, si es necesario, sabe ser muy lagarta y muy maliciosa. Entiende como pocas personas la aguja de marear. Se diría un lince. Si se fija usted, verá que en este hotel, en los cuartos, no hay número trece, lo ha escamoteado. De ese modo evita la preocupación de los supersticiosos.

—Que deben ser muchos en Francia.

—Muchos, sí, evidentemente.

—¿Y qué ha hecho?

—En el primer piso hay doce habitaciones y después un pasillo, son dos más sin número: una, que es un cuarto de baño, y otra, el sitio donde dejan los mozos las escobas, los paños de la limpieza, los plumeros y los cepillos de las botas. Estos dos cuartos serían los números 13 y 14, y en el segundo piso la numeración de las habitaciones empieza en el 15.

—¡Amigo, qué habilidades!

—Pero no vaya usted a creer que eso lo hace por ella. A ella le tiene sin cuidado, completamente sin cuidado; pero estos franceses son mucho más supersticiosos que nosotros.

—De todas maneras hace bien, si la gente cree en tonterías, con engañarla un poco.

—Claro está. Con eso no perjudica a nadie.

—¿Y es que Madame Latour tiene alguna participación en el hotel?

—Sospecho que sí, pero me parece que la ha liquidado hace poco y creo que ha hecho muy bien, porque ahora, con la guerra, esto de los hoteles es negocio que no va a marchar.

—¿Y usted qué piensa hacer?

—Yo me iré con ella. No me abandonará. Ya nos conocemos hace mucho tiempo y nos consideramos como de la familia.

—Bueno, ¿ya podremos ir abajo?

—Sí, vamos.

Mientras iniciaban el descenso, Pagani dijo a su invitado, dando a la cosa mucha importancia, que Madame Latour había comprado, con los francos que le había entregado a él, una gran tarta de frutas, y ella había puesto por su parte una botella de vino de Beaujolais y otra de Borgoña.

Al pasar por el cuarto piso, estaba abierta la puerta de una habitación y se veía a través del hueco una muchacha y un mozo que limpiaban.

—Es el cuarto de Madame Latour y de su hija —dijo Pagani con un cierto entusiasmo.

Era un cuarto amplio, con dos balcones, una mesa en el centro de la habitación y en las paredes muchas estampas y cuadros. Había también un jarrón con flores, que se mantenían muy frescas, como recientemente recogidas.

—Aquí es donde suelen trabajar de noche madre e hija, y yo, a veces, las ayudo —dijo Pagani.

—Se ve, por lo que dice usted, que es una mujer muy trabajadora —indicó el inglés.

—No lo sabe usted bien. No para en todo el día; no sabría estar mano sobre mano. Quitando las cinco o las seis horas que duerme, el resto del tiempo no hace otra cosa más que trabajar. Solo de ese modo es como ha podido llegar a reunir un capital.

Reinaba el silencio en la casa según se iban acercando al piso bajo.

—Veo que tiene usted una vecindad muy rara —le dijo Evans.

—Sí. Tengo una vecina que, a pesar de que dice que es americana, según la camarera, es alemana y hasta pudiera ser espía. Tiene un cuarto siempre cerrado con llave y no consiente que la camarera entre jamás en él. Parece como si se dedicara a hacer fotografías, porque muy a menudo se oye en él ruido de agua, como si estuviese limpiando algo. Es mujer extraña. Algunas veces, cuando se encuentra en el corredor o en la escalera, me saluda al pasar; otras, no. Hace varios días me preguntó qué hora era; y otra vez me dijo que tenía en mi cuarto una cacerola de aluminio muy bonita y que se la prestara. Se la presté y el primer día me la devolvió sin yo reclamarla, pero luego me la volvió a pedir, y viendo que no me la devolvía, se la he reclamado, se ha hecho la remolona y, cuando la veo en la escalera, le pregunto: ¿cuándo me va usted a devolver la cacerola? Ella hace como que no me oye y echa a correr. Una tarde que estuvo a verme un amigo mío español, como pasase ella por delante de la puerta de mi cuarto que teníamos entreabierta, le dije en broma si quería entrar y sentarse. Entró, se sentó y estuvo fumando algunos cigarrillos. Al día siguiente no quiso hablarme. Yo no sé si esta señora está algo perturbada. Pudiera ser. El patrón del hotel, que estuvo algunos días aquí, habló mucho con ella. Poco más tarde esta

ciudadana se ha marchado, abandonando el cuarto. Según la camarera, debajo del lavabo, en unos frascos, tenía gusanos.

—¿Qué demonio podría ser eso? No lo comprendo —dijo Evans.

—Yo no sé lo que podría hacer esa mujer. Lo que es indudable es que empleaba reactivos, sustancias fuertes, porque se pasaba un cuarto de hora estornudando.

A Pagani lo que más le indignaba era que se hubiera ido sin devolverle su cacerola.

Viendo que miraba hacia la puerta, Evans le dijo:

—¿Es nuestra hora ya?

—Sí, podemos bajar.

Fueron bajando despacio, deteniéndose en los descansillos.

LLEGARON AL SALONCILLO de la entrada, que era muy elegante. Tenía una chimenea y sobre el tablero de mármol un reloj antiguo de porcelana de Sèvres, con figuritas de color y dos candelabros dorados. En medio una mesa, varias sillas y en las paredes dos aparadores con platos antiguos y varias estampas del siglo XVIII.

Aquella sala servía de comedor a la familia. Tenía una ventana que daba a un patio bastante espacioso, por donde entraba la luz, y dos puertas, una grande, al pasillo de entrada, y otra pequeña, que comunicaba con el salón y despacho del hotel. Este salón, pintado de amarillo oscuro, mostraba dos teléfonos, el escritorio, el casillero con las llaves y las cartas, con sus números respectivos, en correspondencia con las habitaciones.

No era fácil de comprender de dónde habría sacado Madame Latour los muebles y los cuadros de aquel salón que parecían de una casa elegante, mucho más que de un hotel de burguesía pobre.

Evans, al entrar allí, saludó a Madame Latour y a su hija con afabilidad, y le dijo a la madre, después del saludo:

—Tiene usted un salón casi de un palacio.

—Sí, no está mal para nuestra posición.

Evans estuvo durante algunos minutos examinando una por una las estampas, algunas de las cuales ya conocía. Eran *El Concierto*, los *Retratos a la moda* y *El Espectáculo de las Tullerías*.

—Son de un Saint-Aubin, del siglo XVIII, y muy conocidas —indicó ella.

Había otras más modernas y bonitas, como las *Pequeñas Coquetas*, la *Separación Dolorosa* y el *Sueño Engañador* de Boilly.

Luego, al mostrar un retrato de un señor, Evans le dijo que le parecía muy bueno.

—Sí, está bien —dijo ella—. Es de un pintor de cierta fama.

Después Pagani intervino para decir que el retrato era un aristócrata que había quedado en la miseria, hasta morir en el hospital. La madre de Madame Latour le había atendido en su última época.

A la una y media aparecieron el marido de Madame Latour y su hijo y se sentaron a la mesa. A Evans le indicaron el sitio entre la madre y la hija. El marido era un hombre que trabajaba en una fábrica de Pantin. El hijo resultaba un tanto impertinente y, por lo que dijeron, hacía poco que había empezado a acudir con su padre a la misma fábrica.

Madame Latour tenía aire y ademanes aristocráticos. Era esbelta, de mediana estatura, de ojos azules y sonrientes, el color de la tez blanco, sonrosado, las manos finas, alargadas, el pelo rubio. Se expresaba con una voz bien timbrada y pronunciaba el francés con muchos perfles. Tenía un tipo bien marcado de francesa del Norte, ese

tipo clásico que aparece en las estatuas del arte gótico y en los retratos de algunas damas del siglo XVIII, tipo de expresión un poco burlesca.

Aquella encargada de un hotel, tan de barrio pobre, habría podido charlar mano a mano con la Pompadour en el Petit Trianon. Parecía una mujer hecha para lucirse en los salones, lo que no la estorbaba para ser una ama de casa muy económica y trabajadora.

Su hija, Dorina, era una muchacha risueña, turbulenta y, al parecer, tenía un gran entusiasmo cordial por su madre y la abrazaba y la besaba con frecuencia, sin buscar especial motivo.

Madame Latour vestía en aquella ocasión un traje modesto, pero al mismo tiempo elegante. Se veía en ella una mujer lista y muy activa, un espíritu ordenado y minucioso. Encargada y administradora del hotel, hacía allí de todo y, si era preciso, podía sustituir a cualquier persona que faltase: al portero, a la cocinera y al contable.

El marido era un hombre alto, guapo y de aire vulgar y de mal genio. Al parecer, quizá solo al parecer, su mujer le temía. El señor Latour resultaba un hombre fornido y cuadrado, con la cabeza también cuadrada, grande, las cejas rojizas y los ojos claros. Sus ademanes resultaban pesados, su voz bronca y las manos fuertes y velludas. Debía ser un hombre sombrío y violento, de los que no admiten réplicas.

A Madame Latour se la veía que estaba pendiente de su marido y al dirigirse a él lo hacía siempre con mucha amabilidad, con gran consideración. Tenía todo el aire de estar dominada por él. Él parecía un *grogard*<sup>[11]</sup> [napoleónico. Ella semejaba una palomita jugando con un monstruo sombrío y malhumorado.

De los hijos, Dorina no se parecía mucho ni al padre, ni a la madre. Había heredado del padre la robustez; de la madre, la elegancia. Prometía ser una mujer muy arrogante y muy guapa.

Tampoco el chico descubría un gran parecido con el padre, ni con la madre. No tenía del padre ni la robustez ni la fuerza, y la facilidad y elegancia de la madre se había convertido en él en afectación y pedantería. En un chico esto resultaba un tanto cómico. Se mostraba sabihondo. Sin duda cogía al vuelo todo lo que oía en la calle y hablaba de lo que iba a ser la guerra y de la táctica militar con una gran suficiencia, que resultaba un poco ridícula. También disertó, durante la comida, sobre los muertos con una delectación extraña.

El padre, en cambio, no quería hablar de la guerra. Le parecía asunto molesto. Había conocido la del año 14 y había llegado a sargento y a ser condecorado, pero como se sentía medio comunista, no quería recordar aquella época, según él, abominable.

Comieron muy bien, se celebró la tarta y el vino de Evans y, cuando terminó el almuerzo, se fueron el padre y el hijo a su fábrica y quedaron Madame Latour, Dorina, Pagani y el inglés de sobremesa.

Madame Latour tuvo que ir a sustituir a la empleada en el despacho. La empleada del hotel estaba en sus horas reglamentarias de ocho de la mañana a doce y de tres a

siete de la tarde. Abrió Madame Latour la ventana que comunicaba el escritorio con el salón y se puso a trabajar en un jersey.

Pagani fue un momento a hablar con ella y Evans quedó en tanto en el comedor con Dorina.

—Me ha dicho Pagani que alguna de ustedes, no sé si la madre o la hija, toca el piano —dijo el invitado.

—Sí, yo toco un poco —contestó la muchacha parpadeando con nerviosidad—. Pero muy poco. Me dio lecciones una profesora irlandesa que vivió aquí, en el hotel. La pobre mujer no ganaba lo bastante para pagar la pensión, y al último tuvo que dejar el piano y se marchó a su país. Yo tenía afición, pero la profesora me dijo que para mí era ya tarde, si quería empezar el piano seriamente.

—Debía tocar usted algo como fin de fiesta —dijo Evans.

La muchacha entonces se levantó, fue hasta la ventana que daba al escritorio y preguntó a su madre:

—¿Tocaré un poco el piano, mamá?

—Bueno, si no hay gente en el salón, admitido.

La chica fue al salón del hotel, que era bastante grande. No había nadie. Entonces Pagani y Evans acompañaron a Dorina hasta donde estaba el piano.

—Yo me quedo aquí —dijo Madame Latour—, por si alguno llama al teléfono.

Dorina se sentó al piano y tocó una sonata clásica muy bien.

—Debiera usted insistir en el piano —dijo Evans.

—No, ¿para qué? Ya le he contado a usted lo que me decía la profesora, que nunca llegaría a ser una buena pianista, que había que empezar más pronto.

—¿A qué edad?

—A los nueve o diez años, y yo ya tenía catorce.

—¿Pero, será verdad eso?

—Parece que sí.

—Sin duda eso será para las que quieren llegar a ser grandes artistas.

—¡Ah, claro! Ella consideraba que, de no aspirar a ser gran artista, no valía la pena de estudiar con insistencia, sacrificando horas y horas, interpretando aburridos ejercicios.

—¿Y ahora cuántos años tiene usted, Dorina? —le preguntó el inglés.

—Pronto diez y siete... ¿Y usted?

—Yo soy muy viejo, no ya para tocar el piano, sino para vivir. ¿Por qué me mira usted sonriendo?

—Por nada —contestó la muchacha.

—¿Es que piensa usted algo burlón al mirarme?

—No.

—Sin embargo, algo se lo ocurre a usted cuando me mira.

—No creo que se me ocurra nada.

Pagani entonces dijo:

—Lo que hace Dorina es cantar con mucha gracia.

—Entonces debe cantar —dijo Evans.

—Bueno, ya cantaré.

La chica cantó con graciosa malicia la canción de *Mam-zelle Nitouche*, «Le couvent, séjour charmant».

—Muy bien, muy bien —prorrumpió Evans al terminar—. Otra cosa.

Entonces Dorina cantó la relación de *La Mascota*, «Un jour un brave capitaine», dicha con mucha picardía, «La Paloma» de Iradier y «¡Ay, chiquita!» del mismo autor español.

—Ahora canta «Tout va tres bien, madame la Marquise»<sup>[12]</sup> —dijo Pagani.

Cuando concluyó de cantar aquello, Madame Latour hizo su entrada en el salón.

—Creo —dijo— que lo mejor que podían ustedes hacer los tres es dar un paseo por el parque de las Buttes Chaumont. Usted quizá no lo habrá visto —dijo a Evans.

—He pasado por él —contestó.

—Pues es cosa bonita y hoy, con el buen tiempo, estará seguramente delicioso.

—Pues por mí, vamos. Acepto la idea encantado.

Madame Latour se puso delante de un espejo un sombrerito pequeño y se dispuso a su vez a salir también. Al verla la chica, que era muy juguetona, abrazó y besó a su madre. Se veía que sentía por ella un gran cariño. Madame Latour dijo que estaba harta de lagoterías de su hija, pero sin duda lo decía en broma.

—¿Cómo se dice *câlinerie* en español? —preguntó el comandante.

—Zalamería, mimo o cosa así —contestó Pagani.

Dorina salió de la sala y cinco o seis minutos después apareció con un abrigo, un sombrerito y una flor en el pelo. Su madre, al verla, recitó:

Mimi Pinson porte une rose,  
une rose blanche du côté;  
cette fleur dans son coeur éclore,  
landerirette!

C'est la gaité<sup>[13]</sup>.

—¿Es una canción de Alfredo de Musset? —preguntó Evans a Madame Latour.

—Sí.

—Bueno, pues vámonos —indicó Pagani.

Y salieron los tres en una dirección y Madame Latour en la contraria.

## QUINTA PARTE

---

# CHARLAS DE INVIERNO

I

---

GLORIA Y JULIA

EVANS, que estaba por entonces en el Hotel del Cisne, iba con mucha frecuencia al hotel de la Plaza Real a charlar con Gloria y con Julia.

Gloria llevaba varios días sin bajar al comedor, pues ni para eso tenía ánimos. Julia, por acompañarla, también hacía vida bastante retirada, aunque no renunciase a salir de noche si tenía algún convite. Escalante, disponiendo como disponía de tiempo de sobra, solía acompañar muchos ratos a las recluidas, y de ese modo en la habitación de las dos mujeres se pasaban varias horas del día o de la noche charlando.

El dibujante se dedicaba a filosofar y Julia y Gloria le oían, cuando no le contaban sus asuntos personales, ya que le habían tomado a Abel por una especie de confesor laico. Julia, que llevaba algunos días sin dejar todos ellos de tener fiebre, aunque no fuese alta, no sabía qué hacer: si seguir en París o volver a España, donde contaba con personas de la familia que le habrían recibido, o si marchar a pasar una temporada en cura de reposo a un sanatorio de la Engadina con un señor que la había invitado. Quizá mejorase si durante algún tiempo, haciendo una vida sin ajetreos ni preocupaciones, respirara el aire puro de las altas cumbres.

Cuando iba Elorrio, este solía enfrascarse en reflexiones sobre las maldades humanas.

—¿Dónde están —preguntaba— las reuniones de los desterrados en las que reinaba la ayuda mutua y la amable camaradería? Todo eso es pura filfa. Aquí no hay más que soledad, lluvia y tristeza.

—Tiene usted razón —decía Julia.

—No sé si se nos puede llamar a nosotros desterrados, exiliados o proscritos —añadió Elorrio.

—Lo más exacto sería llamarnos turistas de ínfima categoría.

—Es verdad —decía Julia, mientras veía consumirse el cigarrillo que sujetaba entre los dedos—, aquí cada cual se atiene a la ley de su egoísmo y no piensa en el prójimo, como no sea para darle contra una esquina.

—La fraternidad —dijo Escalante— se ha convertido en una carrera de competidores, como los chiquillos a quienes se les ofrece repartirles una caja de dulces. Calculan que, cuantos menos sean, tocarán a más.

—Por eso no se comprende la admiración que el perro siente por el hombre —añadió Elorrio—. Se ve que no le conoce. Si le conociera, no le admiraría. En vez de acercarse él, echaría a correr, espantado, apenas le viese.

—¡Qué ideas más feas! —dijo Gloria.

—Sí, pero ¡qué se va hacer! El hombre es malo, cruel y cobarde. Es la única verdad que tienen las ideas reaccionarias —añadió Elorrio.

—A ti te gusta decirlo —indicó Gloria de mal humor.

—Fiarse de la caballerosidad y de la palabra de las gentes en estos tiempos es una locura. Por eso, el que puede vivir solo, no sabe lo que tiene —añadió Abel.

—¿Cree usted que se puede vivir solo? —preguntó Gloria en un tono que descubría que ella ya se había dado la respuesta.

—Yo creo que sí —dijo Abel—, aunque no sea posible a la mayoría, únicamente a gentes excepcionales. Estas mismas padecen, en medio de una sociedad regida por la costumbre. Recuerdo haber leído, atribuido a un autor inglés, el dicho de que esos caracteres anormales comenzaban por deprimirse, luego se tornaban melancólicos, después enfermaban y al fin acababan por morir. Por esa razón Shelley no pudo vivir en Inglaterra. Se asfixiaba.

—Se suele ver —indicó Julia— que todos los hombres que tienen algún valor viven abandonados y sin que nadie les apoye. En general, los tontos, no se sabe por qué, encuentran más protección de un hombre o de una mujer. Sin duda el tonto resulta una persona más confortable.

—Es que la tontería es algo que tiene su mérito —apuntó Gloria.

—Esa idea del hombre, aislándose para defender su obra personal contra los que le rodean, es una idea nietzscheana —dijo Elorrio—. Dondequiera que se constituye una sociedad poderosa, un estado, una religión, una opinión pública, decía el gran Federico, dondequiera que se establece una tiranía, se odia al filósofo solitario.

—¿Y eso por qué? —preguntó Gloria.

—Es fácil comprenderlo y así nos lo demuestra su expositor. Porque la filosofía proporciona al hombre un refugio a donde el despotismo no puede alcanzarle con sus esbirros, desde cuyo interior el solitario le hace la higa al tirano.

—¿Qué asilo es ese?

—La caverna del mundo interior.

—Efectivamente, allí está a cubierto de leyes y disposiciones tiránicas.

—En cambio no lo están de otro peligro. El de que, rodeados como viven de las opiniones que reinan, su silencio se interprete por simpatía y sean juzgados sin exactitud, y se les presente aprobando lo que odian.

—Tendrían que poner en claro...

—Muchas veces prefieren dejarlo oscuro por renunciar a todo diálogo con los indeseables. Su anhelo es siempre franqueza y verdad. Por eso lo que mejor les mantiene en su ser es cuando, necesitados como están de algún afecto, encuentran personas afines en las cuales puedan abandonarse en un ambiente de sinceridad y confianza. Su actitud de silencio, de ausencia, suelen producirse en monólogos, en cánticos solitarios, que es en grande a lo que suena la música de Beethoven.

Callaron un momento y, para cortar aquel silencio que entre ellos se había establecido obligándoles a pensar en sí mismos, la amiga de Gloria señaló el rumbo hacia otra parte del cuadrante y contó el caso de una pareja de recién casados norteamericanos que, llegados a París, se habían reunido con otras gentes ricas, de esas que no tienen más objeto en la vida que divertirse de la manera más ruidosa y

más brutal posible.

Cierta noche, al terminar de cenar copiosamente, alguno de ellos propuso una orgía colectiva, de diez o doce parejas, que podían celebrar en el restaurante del parque. Casi todos aceptaron. Fueron allá en sus autos y en plena embriaguez cambiaron de pareja, para hacer menos monótona su diversión y más variado el placer. Cuando la pareja de recién casados norteamericanos, desvanecidos los efectos del alcohol, se dieron cuenta de lo que había ocurrido, la impresión que recibieron fue tan honda, que no pudieron seguir viviendo juntos, ni tampoco separados, y se suicidaron.

—¿Quién sabe si no me veré yo algún día teniendo que buscar esa solución? —dijo Gloria, hundida de nuevo en su pesimismo.

—¡Vamos, vamos, no diga usted tonterías! Todavía le esperan en la vida muchas sorpresas —dijo Abel.

—¿A mí? ¿Sorpresas? ¡Como no sean desagradables!

—Agradables y alentadoras.

—Muchas gracias por su buena intención. Se ve que tiene usted mejor idea de mí que yo misma. Pero algunas veces pienso que, favor me hubiera hecho el destino, si el barco y luego el tren que me trajeron a París hubieran naufragado o descarrilado, contándome entre las víctimas.

—¡Qué locura!

—¡Cuántas molestias evitadas!

Julia, para distraer a su amiga, contó que la noche anterior había estado en el restaurante conocido con el nombre de *Le Bœuf sur le Toit*<sup>[14]</sup> con un compañero de oficio; que había cenado cerca de un cuadro que tenía el título de *El ojo cacodilato*, lleno de tonterías superrealistas, imaginadas por escritores de hace treinta años, y que después de cenar habían visto trabajar a un ilusionista que hacía juegos de manos con una gran habilidad verdaderamente extraordinaria, y a un americanito que había cantado algunas canciones de su país de una manera muy lánguida y sentimental.

Habló después Gloria de una muchacha madrileña que se había enamorado de un periodista, al que la revolución había llevado a París, y que al parecer era un hombre intrigante que gozaba de muy mala reputación.

—¿Quién? ¿Fulano? —preguntó Abel.

—Sí, el mismo —contestó ella.

—Pues... ¡se ha lucido! —dijo aquel—. Es un chulo, un canalla. ¡En buenas manos ha ido a parar!

Hablaron entonces, conviniendo en ello, de que las mujeres guapas eran las que caían con más facilidad en amores con hombres estúpidos y peligrosos. Las corrientes y hasta feas, esas, generalmente, solían arreglárselas mucho mejor y eras cautas.

Julia, que tenía el humorismo de hacer chistes con su enfermedad, dijo entonces:

—En mi familia ha habido mucha gente que ha muerto de tuberculosis. Por eso yo creo que moriré también de la misma enfermedad.

Gloria, que recientemente se había pesado en una farmacia, descubriendo que había engordado, tomando la declaración a broma, le dijo:

—Pues chica, préstame tus microbios, porque a mí me conviene perder ocho o diez kilos.

Julia, siguiendo la broma, contestó:

—Yo con gusto te complacería, si tienes ese capricho, pero mis microbios no quieren dejarme, me son más fieles que mi marido. Se conoce que me tienen afecto. Aunque sean para mí estos amores, amores que matan.

—¡Vamos, no te pongas trágica!

—¿Yo? No, no me pongo trágica. Pero te aseguro que el día que comprenda que estoy enferma de gravedad, tomaré una resolución inmediata. No creo que me sienta bien el papel de la Dama de las Camelias. No aguardaré a que la Intrusa me liquide poco a poco. De morir, cuanto antes. Prefiero morir ahora, que todavía estoy de buen ver, que no morir dentro de unos años, flaca y arrugada. Por lo menos conseguir que me recuerden los amigos como una mujer agradable.

«Siempre la coquetería —pensó Abel, aunque no lo dijese en voz alta—. ¿Qué vale el recuerdo de cuatro o cinco personas mediocres? Todo ha de desaparecer. Si uno se siente ya cansado de la vida, bien está el desear la muerte, pero para dejar un recuerdo más o menos agradable en cuatro o cinco desdichados insignificantes, no vale la pena».

EL DIBUJANTE ABEL una mañana, en los bulevares, tropezó con el coronel Goldmann, que tomó parte en la guerra de España, en las Brigadas Internacionales. Le había conocido en América. Era hombre calmoso, de más de cincuenta años, militar profesional, que pensaba marcharse a los Estados Unidos. Iba a hacer el viaje para ver si se encontraba todavía en forma, con la intención de tomar parte en la guerra contra Alemania, y si lo estaba, entrar en el ejército americano, si no, quedarse allá donde tenía una pequeña finca, cuyos ingresos daban para vivir medianamente.

Hablando de las cosas presenciadas en España, no contaba exageraciones de ninguna clase, como si todo lo que había visto le hubiese parecido natural. Cuando supo, por el dibujante, que entre sus amigos estaban el escritor Juanito Elorrio y un diplomático inglés curiosos de detalles de aquellas andanzas, le prometió reunirse con ellos para informarles.

Estos tipos de militares extranjeros que conocía Abel Escalante estuvieron en Madrid en el lado rojo en la guerra de España. Casi todos usaban apellidos que no eran suyos. Goldmann era, al parecer, lejano pariente de un sabio de gran nombre que se llamaba Schatten, en alemán (Sombra), y otro Schlaf (Sueño).

Unos días más tarde, Abel recibió una invitación para cenar en un restaurante de la calle de la Trémouille, extensiva al comandante Evans, a Elorrio, a Julia y a Gloria. Fueron allá los cinco.

Goldmann se presentó con los dos militares antihitlerianos y un español comunista, llegado con ellos desde Andalucía. Era gente pintoresca y divertida. La reunión resultó muy amena y la comida, excelente.

Elorrio les preguntó si no habían escrito algo sobre lo que habían visto.

—No, yo no he escrito nada —dijo Goldmann.

—¿Para qué? —repuso Schatten—. La literatura y la historia no nos interesan, no están a nuestro alcance.

Tampoco los otros habían sentido esa preocupación de guardar la menor nota de lo que vieron o escucharon. Pero, para satisfacer la atención de sus comensales, recordaron lo pasado por si algo les pareciese interesante o curioso.

Entonces Goldmann contó algo ocurrido en un pueblo de Andalucía, donde se habían presentado varios autobuses llenos de gente armada. Apenas detenidos en la plaza del pueblo, llamaron al alcalde:

—¿Qué quieren ustedes? —les preguntó este.

—Tenemos que fusilar a ciento veinticinco personas del pueblo.

—Pero... ¿por qué? —dijo la autoridad, espantada.

—Es la orden que tenemos.

El alcalde les dijo que todos los fascistas de la localidad habían escapado, pero

como los milicianos se consideraban en la obligación de cumplir su mandato, fusilaron para no quedar mal a cuatro o cinco personas.

—Pero si no eran fascistas —les dijeron después—, ¿por qué los habéis fusilado?

—No, no eran fascistas, pero después de los fascistas eran los peores.

La mayoría de las gentes de los pueblos, según estos militares mercenarios, no tenían ideas políticas, sino agravios personales que vengar, y algunos se contagiaban con ese impulso satánico y sanguinario. Siempre se había vivido así en aquellos pueblos, en medio de las rivalidades de las dos o tres familias importantes. Alrededor de ellas, en tiempo normal, se habían acogido las gentes tímidas que buscaban un poco de tranquilidad y de protección.

Después venía el pueblo de braceros, que no significaba nada. Toda la vieja estructura social habían pretendido deshacerla los revolucionarios, pero, como no sabían hacerlo ni tenían ningún proyecto que valiera la pena, daban palos de ciego y atacaban como un toro furioso a todo lo que tenían por delante, sin ir a comprobar entre los enemigos quiénes eran peligrosos y quiénes no, quiénes buenas personas, quiénes eran chanchulleros o intrigantes.

A veces aparecían en los pueblos hombres que venían de otras partes, donde habían asesinado a varias personas, y contaban sus hazañas jactándose de ellas.

Recordaba el coronel Goldmann haber oído el caso de un procurador que había querido comprar en subasta, por diez mil duros, una finca que valía más de cincuenta mil. El propietario de ella, avisado de que le querían desposeer de su propiedad con una maniobra turbia, encontró alguien que, aunque probablemente con un interés monstruoso, le entregó el dinero para libertar su finca. Y entonces el procurador se consideró ofendido, entró en el partido revolucionario y fue uno de los jefes, y denunció al dueño de la finca como fascista e hizo que le prendieran y le fusilaran.

GLORIA Y JULIA contaron algunas venganzas de mujeres, que habían sufrido antes de la revolución tropiezos con sus amantes, que las habían abandonado. Una de ellas propuso a uno que había sido su novio que matara a su antiguo amante, hombre rico, que no aceptó la idea. Así fue buscando cómplices, hasta que halló uno más decidido y, obtenida la venganza, huyó del pueblo con su vengador.

Gentes de baja condición habían llegado al punto de ostentar elevadas jerarquías de mando. Habían visto a un gitano, que se paseaba vestido de general con un traje fantástico de su invención y un gorro de piel de cabra con unas borlas. Este mataba a diestro y siniestro.

También había un bandolero andaluz, salido de presidio, jefe de un regimiento, el cual, así como su escolta, llevaba pañuelo en la cabeza, polainas, chaquetilla corta y tabuco.

En aquel bandolero pintoresco, al que los revolucionarios del pueblo, después de haber estado en presidio, le habían nombrado su jefe y que aparecía vestido como un majo a la antigua, con su traje de alamares y calañés, revivía el tradicionalismo que buscaban unos y otros, y el bandolero podría haber cantado aquella copla que terminaba diciendo:

*¡Viva mi jaca castaña,  
la perla del contrabando!*

Tal vez en los primeros revolucionarios hubiese un ideal y fuesen gentes que deseaban de buena fe un mundo mejor, pero los que después lucharon no pasaban de ser una caterva de arribistas y de ladrones. Así fue raro que en el momento final supieran tener un gesto gallardo. La mayoría abjuraban de su pasado, rezaban y hasta comulgaban. Se dio el caso de un malagueño, un tal Francisco Millán, que, después de haber firmado más de cinco mil sentencias de muerte y después de haber cometido las mayores barbaridades e injusticias, con la disculpa de que el pueblo lo quería, lloraba y gemía cuando fue apresado besando los pies y las manos de todo el que iba a verle y dando vivas a Cristo Rey. De la muerte de estas gentes, pensaba Elorrio, a la del «Empecinado», había bastante diferencia.

Otro señor contó lo que había visto en la revolución de Barcelona. Era al principio del movimiento. Había salido de su casa donde estaba en peligro y marchaba a la de su madre, que vivía cerca de un cuartel. El cuartel estaba defendido por militares. Lo atacaban fuerzas del gobierno republicano y gente del pueblo, la mayoría anarquistas.

Los revolucionarios iban triunfando y el cuartel no se podía defender. Entonces un coronel del ejército republicano propuso una tregua a los del cuartel. Habló con

ellos y quedaron de acuerdo en que se rindieran y les respetaran la vida. Se decidió que salieran los defensores y aparecieron varios oficiales heridos y unos pocos soldados. Los anarquistas se echaron sobre ellos, pero el coronel gritó que se respetara el acuerdo. Forcejearon unos y otros y los anarquistas, agarrando a los guardias civiles y a soldados, hicieron un hueco y por él entraron y empezaron a matar a los rendidos, y dejaron en las calles cuarenta o cincuenta muertos. El señor, al volver a su casa, se encontró con un fraile capuchino con la cabeza casi abierta, lleno de sangre y sonriendo. Este señor no pudo proteger al fraile que cayó prisionero y lo llevaron a un campo de concentración.

El fraile era americano. Cuando se curó, lo procesaron, lo condenaron a muerte y luego le conmutaron la pena por treinta años de presidio, y después lo enviaron a América. ¿De dónde saldría esta crueldad tan fea, tan baja, de la guerra española? ¿Es algo atávico de la raza? Es lo más probable.

La curiosidad del escritor español y la del diplomático inglés no debieron quedar muy satisfechas con el relato de aquella serie de barbaridades, en la que no había ningún caso que mereciese la pena de recordarse, pues todo era anodino, vulgar, dentro de la barbarie y de la crueldad.

Al terminar el banquete, los militares alemanes mandaron traer *champagne* y brindaron por las dos españolas que les habían hecho el honor de acudir al banquete. Gloria y Julia tuvieron un gran éxito y fueron muy felicitadas y obsequiadas por aquellos militares germánicos y volvieron alegres y contentas a su casa.

JUAN ELORRIO, que había sabido la llegada de una carta de España dirigida a Gloria, se acercó a ella después del almuerzo para ver si tenía que contar alguna cosa interesante.

—¿Has recibido noticias? —le preguntó.

—Sí —contestó Gloria—. Me ha escrito una amiga desde San Sebastián. Si no tienes nada que hacer, puedo contarte una porción de cosas.

—¿Más atrocidades?

—Efectivamente no faltan.

Se sentaron en unas butacas del vestíbulo y el escritor, invadido siempre por una filosofía triste y pesimista, se dispuso a oír lo que Gloria podía contarle. No era que esperase escuchar nada que le sacase de su pesimismo. No veía en su porvenir sino catástrofes y desastres y creía que lo mejor era no pensar en nada y, sobre todo, no tener ninguna clase de esperanza.

Las noticias recibidas por Gloria no eran regocijantes. La amiga suya, que vivía en una pensión easonense, informaba de lo ocurrido en un barco gubernamental, surto en el puerto de Bilbao, donde la tripulación había echado al agua a todos los oficiales. Luego habían recorrido los pueblos de la costa, exigiendo fuertes sumas a los comerciantes y a los ricos, haciendo una obra completamente de piratería. A los que estaban en las máquinas, treinta o cuarenta que eran vascos, los habían desarmado, y en cambio los marineros, sesenta o setenta, que pertenecían todos a la CNT y a la FAI, estaban magníficamente armados. Entre ellos había dos o tres con el pelo rizado y con cintas en el cuello, que eran bailarines o algo peor, y divertían en el barco a la tripulación.

En una casa de huéspedes de San Sebastián había un navarro de la ribera, un tipo sombrío que un día le había hablado a la amiga de Gloria, con violencia, de las cosas que había visto en Navarra. Le contó que en Viana, al comenzar la guerra, los carlistas habían llenado dos grandes camiones con los liberales del pueblo y, dirigidos por un sargento de tropa que hacía de jefe, habían pensado llevarlos a los alrededores para fusilarlos a todos. Entonces apareció un oficial retirado y, al enterarse del barullo, preguntó qué pasaba. Al saberlo, dijo con ímpetu que no lo permitiría de ninguna manera; que al que tuviera algún cargo, lo llevaran al juzgado y después a la Audiencia de Pamplona.

También parece que apareció una partida, dirigida por un conservero de espárragos, decidido a matar liberales para la mayor gloria de Dios.

En todo aquello que le contaban notaba el gusto ostentoso de los españoles, el *fen de brût* de *Tartarin*<sup>[15]</sup>. Lo malo era que entre sus compatriotas, la animación y la petulancia no se contentaban con disparar sobre una gorra, sino que

tenían que meter un tiro en la cabeza del vecino y a poder ser destrozarlo después.

Había aparecido en el hotel, a visitar a un señor, un cura joven, calvo, al cual no se le notaba la coronilla. Procedía del campo rojo, de donde había podido evadirse y, para conseguirlo, había salido de Madrid, donde se había dejado crecer la barba, vestido de miliciano y con una insignia de la FAI Procedía de Toledo, a cuya ciudad habían llegado cincuenta hombres de la FAI de Jaca y habían decidido, primero matar a todos los curas, después a los ingenieros y al último a los médicos. ¡Qué mortalidad de hombres de la Edad de Piedra!

Hablaba también la amiga de Gloria en su carta que un legitimista francés que había en la pensión donostiarra, medio Quijote, medio Tartarín, a todas horas con su boina en la cabeza, que había tomado parte en la toma de Irún y de San Sebastián, y al que sin duda sus compañeros le decían que Francia era un país ateo, entregado al Frente Popular, que era lo que más abominaba el buen señor.

Como noticia dada en esa carta, Elorrio se enteró de que en Bilbao, en el «Cabo Quilates», habían matado a Gregorio de Balparda, un enérgico historiador vasco, culto, a quien quisieron nombrar de un tribunal para fusilar a alguna gente fascista de San Sebastián. El desventurado Balparda fue muerto a tiros por los guardias de a bordo.

Antes de separarse, después de comunicarle toda aquella serie de horrores, Gloria habló a Elorrio de una de las mujeres que vivían en el último piso del hotel. Una polaca, rubia, con una voz muy aguda, que siempre tenía tertulia en su cuarto, y a la que se le oía reír con una risa estridente. La llamaban a menudo al teléfono y cuando hablaba se oía su voz a una gran distancia.

Gloria sospechaba que aquella polaca andaba en malos pasos, pues le habían dicho que iba con frecuencia a un buró de espionaje. Ella no sabía qué buró debía ser ese, pero, al parecer, se trataba de alguna cosa de policía internacional.

Quitando su aspecto, que era decorativo, no parecía aquella mujer muy sagaz. Decidida es posible que lo fuera, pero inteligente, no.

EVANS CONVIDÓ una noche a cenar en un restaurante de los Campos Elíseos a Gloria, a Julia, a otra señora francesa joven del hotel, a Escalante y a Juan Elorrio. Se sentaron en una mesa al lado del ventanal que daba a la avenida. Estaba lleno.

Primero se bromeó con las damas. No se sentía la preocupación de la guerra. Después se metieron en el campo de la literatura y del arte.

—Yo creo, la verdad, que ya no se harán novelas sugestivas —dijo Elorrio.

—¿Y por qué? —preguntó Evans.

—Porque ya no hay ambiente. Está todo demasiado claro. No hay misterio.

—Sí, es posible.

—Yo creo que para la novela debe haber misterio en el hombre o en el ambiente. En el hombre puede haberlo todavía, en el ambiente, imposible. No se puede creer que ahora no haya hombres de talento, lo tiene que haber también, pero para un tipo de imaginación vivir en París o en Londres actual, o vivir en esas mismas ciudades en 1830, tiene que ser muy distinto.

—Es cierto —dijo Evans—. Yo de chico leí las novelas de Dickens y me asomé a los rincones de Londres descritos por el novelista, pero ya habían cambiado algunas casas, aunque otras como el almacén de antigüedades se destacaban como piezas de museo.

—Para eso creo yo que no hay solución —indicó Elorrio.

—¿Por qué? —preguntó Evans.

—Hay en la ciudad una casa de esas o un rincón raro; lo alquila usted al primero que viene; el comerciante nuevo lo transforma al gusto de la época, hace el escaparate más grande, pone una muestra más vistosa...

—Sí, es cierto —dijo Escalante.

—Y si esa casa o ese rincón lo entrega usted a una sociedad de arqueólogos o de entusiastas del autor célebre, lo convierte usted en un lugar de pedantería estética.

—Sí, sí, hoy dos soluciones son muchas.

—Yo así lo creo —afirmó Elorrio—. La novela es un género que acaba. Ya hace más de cincuenta años que no se ha publicado una novela sugestiva y popular. En el primer medio siglo del XIX, ¡qué cantidad de novelistas sugestivos hubo para el público aquí en Francia!: Balzac, Dumas, Stendhal, Eugenio Sue, algunos puros y otros folletinistas populacheros. En Inglaterra hubo Dickens, Thackeray, ¡y ahora qué hay! Casi nada.

—¿Pero es que los autores modernos son medianos o es que el público no los quiere porque no los necesita? —preguntó Evans.

—Yo creo que es por las dos cosas. La novela necesita misterio. No hay misterio. La vida se va aclarando más y se ven como los hilos del muñeco, lo que es poca cosa.

Ponga usted a un buen burgués de París leyendo el prólogo de *Ferragus*, de la *Historia de los Trece* de Balzac, por la noche con una lámpara de aceite en un chiscón de una calle oscura y mal iluminada; ponga usted a un comerciante inglés en su casa bien cerrada leyendo *Pickwick* o *Bleak-Home* de Dickens, sentado al calor de la chimenea. Los dos tienen que estar estremecidos de curiosidad y de espanto. En cambio, póngale usted a un rico moderno en una casa con calefacción, iluminada con luz eléctrica, con la calle tan clara como su cuarto. El libro le parece pesado y lee el periódico, oye la radio y piensa en vulgaridades.

—Sí, es verdad, pero nosotros no podemos remediarlo —dijo Escalante.

—Evidentemente que no lo podemos —repuso Evans.

—Entonces no hay que ocuparse de eso.

VI  
TEORÍAS

—EL ESPAÑOL ACTUALMENTE está encerrado en su utopía y no acepta nada de los demás. Haga lo que haga y diga lo que diga. Así es muy difícil que puedan entenderse —dijo Evans.

—Yo creo que las artes, por ahora, están muertas y que quizá no resuciten —indicó Elorrio—. La literatura, por ejemplo, en este medio siglo, ¿qué ha hecho?, ¿qué ha dejado? Yo creo que nada. La pintura y la escultura, lo mismo, nada. Y la música, menos que nada.

—¡Qué optimista es este hombre! —dijo Escalante riendo.

—Yo así lo creo, la verdad.

—Según usted, ¿vamos a algo así como una Beocia? —preguntó Evans.

—Sí, a una Beocia que al principio será agitada y violenta, pero que luego se tranquilizará y se convertirá en un rebaño estúpido y pacífico.

—Es una perspectiva tranquilizadora.

—Vivimos en una época mediocre y cruel —dijo Elorrio—. Cuando se llegue a una época mediocre y apacible, la gente estará contenta. Ahora puede suceder que este pobre ideal mediocre no se pueda alcanzar y se repita en la sociedad la historia del anillo de Polícrates.

—No sé cuál es —dijo Evans.

—Yo tampoco —repitió Escalante.

—Polícrates era un tirano griego de Samos, de cinco siglos antes de Jesucristo, que había gozado durante más de cuarenta años de una prosperidad absurda. Temiendo que esta suerte tan larga y tan completa no fuera el prelude de una desgracia, sacó de su dedo un anillo de oro con una esmeralda magnífica que estimaba mucho y lo tiró desde el alto de una torre al mar. Era una ofrenda a una divinidad, a la diosa Fortuna.

—¿Y esto le dio resultado?

—No, no le dio resultado, porque la diosa Fortuna, muy caprichosa, no aceptó este sacrificio e hizo que el anillo se lo tragara un pez, y este pez se lo sirvieran a la mesa a Polícrates quien, al ver de nuevo el anillo, se echó a temblar. Poco después los éxitos militares de Polícrates cesaron y en la guerra que tuvo contra el rey de Persia, Darío, las tropas de este, al mando de Orestes, hicieron prisionero a Polícrates, lo crucificaron y allí murió.

—La mala sangre es muy general en el mundo —dijo Escalante— y cuando es interesada, todavía se puede perdonar, pero muchas veces no es interesada, es puramente gratuita.

—Voltaire escribió este epigrama sobre su crítico Fréron, que le atacaba constantemente sin ninguna justicia:

*L'autre jour, au fond d'un vallon,  
un serpent mordit Jean Fréron.  
Que pensez—vous qu'il arriva?  
Ce fut le serpent que creva<sup>[16]</sup>.*

—¿CREE USTED —preguntó la francesa, dirigiéndose a Elorrio— que después de esta guerra podrá renacer el optimismo en España?

—Será difícil —contestó el interrogado—. Estas gentes se reprochan unos a otros su tendencia materialista, pero la realidad es que tanto una teoría como la otra son exclusivamente materialistas.

—Es cierto —añadió Evans—. Además hay que tener en cuenta que las naciones actualmente están pobres y ahora no se enriquecerán después de sus conflictos bélicos. Odio y miseria mala mezcla.

—No se puede considerar el comunismo —dijo Abel— como una teoría demoníaca. Se ve que tiene una raíz bíblica. El cristianismo es casi comunista; es todo lo perfecto que se quiera en teoría, pero en la práctica no lo es, porque no se puede realizar.

—En Rusia —dijo Elorrio—, parece ser que han suprimido todos los leprosos. Cuando supriman los tuberculosos, los escrofulosos, los sifilíticos y con ellos los escritores individualistas que se burlan de Karl Marx o de cualquier otro profeta mesiánico y judaico, entonces Stalin comenzará a edificar el verdadero paraíso soviético. Y quizá en esa época habrá mucha gente que encuentre demasiado aburrido este planeta nuestro.

Un español que comía en una mesa próxima se acercó a donde estaban Evans y sus amigos. Evans le preguntó:

—¿Ha venido usted hace poco de España?

—Sí, hace unas semanas.

—¿Qué pasa allí?

—Lo de siempre. En un barrio han sacado los confesionarios de alguna iglesia para convertirlos en puestos de periódicos.

—¡Qué fantasías!

—En el tren me contaba un señor las ocurrencias de un alcalde aragonés, que había hecho un sinfín de perrerías en su pueblo. Dijo que había ordenado una vez que todo el mundo sacase los objetos religiosos a la calle, para que se los llevase el carro de la basura. El alcalde aragonés, al ver el mal aspecto que tomaba el lado rojo, escapó a Francia con una muchacha, porque él no hablaba francés y la muchacha chapurreaba algo la lengua. La chica, a la que había desflorado, entró en España y como le tenía asco al alcalde, desde allí le escribió unas cartas entusiastas diciéndole que en la zona blanca todo iba muy bien, que él debía regresar pues no le costaría nada volver a ser alcalde. El hombre se dejó convencer, entusiasmado por ejercer de nuevo autoridad, el color político era lo de menos para él, y al cruzar la frontera lo prendieron, lo llevaron a la cárcel y lo condenaron a muerte.

»En la cárcel había hallado a un hombre que era profesor de un colegio al que se acusaba de haber fabricado pólvora para los rojos. Este hombre creía que su socio y amigo, que colaboró en esta fabricación, se había escapado al extranjero y, basándose en esa idea, le había acusado de ser el único que fabricaba las pólvoras. Estaba tranquilo ya, después de haber hecho esa declaración que le descargaba de la máxima responsabilidad, y le alegraba haberse librado del mochuelo, cuando unas semanas más tarde vio que al compañero le traían detenido. Se quedó espantado. Entonces se metió en la celda y al día siguiente le encontraron muerto, ahorcado con un pedazo del cinturón. Había escrito, durante la noche, una retractación de cuanto había declarado, exculpando a su compañero. Pero aquel rasgo de hombría de bien del suicida al otro no le sirvió de nada, porque, sin tener en cuenta la exculpación *in articulo mortis* del amigo y consocio, lo fusilaron.

Cuando ya estaban en los postres, se acercó a saludar a uno de los amigos que almorzaban con Escalante un señor, que resultó también desterrado, y al que invitaron a tomar café con ellos.

Aquel expatriado tenía sus cosas que contar.

Era de un pueblo de la provincia de Toledo, que estaba relativamente cerca de Alcázar de San Juan, donde contó había un señor un tanto cacique, que ejercía su influencia en la ciudad y en el gobierno de la monarquía en tiempo de esta. Aparecía como afiliado al partido liberal. Al llegar la República, este señor se transformó en republicano conservador, siguió con el cacicato del pueblo, dentro del partido de la C.E.D.A., y hasta la revolución siguió teniendo influencia. Al llegar la revolución del 36, se constituyó en el pueblo un comité de comunistas y socialistas de la U.G.T. Inmediatamente procedieron a la detención de cuatro o cinco personas de las más caracterizadas, entre ellas el cura y el cacique. Al detener al cacique, uno de los del comité dijo:

—Con este hay que tener mucho cuidado, porque es hombre de mucha fuerza y un tío muy marrajo y de recursos.

El mismo cacique dijo que era cierto y que le ataran bien. Le sujetaron los brazos con flexible de la luz eléctrica, pensando que la cuerda la podría romper, lo llevaron a un camión y echaron a andar. El cacique se dejó atar y luego en el camino hizo un esfuerzo, se soltó las ligaduras, pero aparentó que iba maniatado como antes.

Al atardecer se pararon en el camino y sometieron al preso a un interrogatorio, que este prolongó todo lo que pudo, y después decidieron llevarlo en la camioneta a Alcázar de San Juan, donde había un comité revolucionario. Había anochecido, iban hacia Alcázar cuando de pronto el preso se levantó, dio un salto y se tiró a la carretera. Fue tan rápido el hecho que, aunque el chófer tardó poco en parar y los milicianos dispararon sobre el fugitivo, escapó entre los viñedos y no lo encontraron. Anduvo vagando tres o cuatro días. El hombre, fatigado, no sabía qué hacer: si volver al pueblo o esperar a ver si daba con alguien que le ocultase. Cerca del pueblo se metió en un pozo para beber y descansar. En esto, un viejo, que sin duda había salido

a dar un paseo, se sentó en el brocal del pozo. El escondido le llamó y le contó lo que le pasaba. El viejo le indicó:

—Te buscan. Si te encuentran, te matarán. Están mirando con gemelos desde la torre de la iglesia todos los alrededores del pueblo. Debes marcharte enseguida.

El antiguo cacique esperó a la noche, salió del pozo y arrastrándose y ocultándose cuando veía alguna sombra, llegó a una aldea donde vivía un pariente suyo. Esta aldea se hallaba a seis o siete leguas de su pueblo. El pariente, que era de la situación, le tuvo escondido toda la guerra en un desván.

La mujer del oculto iba desde el pueblo con distintos pretextos, y para el cambio de ropa ella misma llevaba la muda sobre el cuerpo. Al acabar la guerra, el hombre encerrado, sediento de venganza, salió del pueblo donde había estado oculto, adquirió un fusil y se fue a su aldea. Al entrar allí, a todos los que veía, enemigos o indígenas, les pegaba. Al ver a su mujer le preguntó dónde estaba el hombre que le había perseguido, y ella le dijo que se contaba que hacía tiempo estaba o se había marchado a Alcázar de San Juan. Entonces enganchó un mulo a una tartana y fue a buscar a su enemigo. Allí lo encontró, lo cogió, le puso una cadena al cuello y lo ató a la parte trasera de la tartana. Hizo trotar y galopar al caballo. El hombre se caía, le arrastraba la tartana, y ya desmayado lo llevó a su pueblo, lo encerró en una cueva y lo primero que hizo fue pegarle una paliza hasta dejarlo medio muerto. Aun con aquello, no se sentía satisfecho. Al día siguiente, viéndolo vivo, a puñetazos y a bocados lo mató.

El narrador parecía contar aquellas salvajadas con orgullo, pero los que le escuchaban en el restaurante de la avenida de los Campos Elíseos creían estar oyendo narrar un episodio de la Edad de Piedra. Gloria y Julia y los demás que asistieron a la comida salieron un tanto disgustados de lo que habían oído.

## SEXTA PARTE

---

# HISTORIAS DE AQUÍ Y DE ALLÁ

ELORRIO HABÍA CONOCIDO en un pequeño restaurante parisiense a un tal Tumanski, tipo simpático, amable, eslavo del sur. Si le preguntaban por qué razón no llevaba la caja y la máscara contra los gases asfixiantes, solía contestar:

—Yo soy extranjero, un meteco cuya vida no tiene ninguna importancia.

También al escritor español le preguntaron en la calle un día por qué no llevaba la máscara protectora y dijo que no se la habían dado, por ser extranjero. El gendarme que le interrogó le recomendó que la pidiera y le dijo que se la darían.

Había Elorrio conocido en una comisaría a una madrileña que, para mantenerse con cierta regularidad, había obtenido una modesta ocupación en una tienda, donde cobraba un jornal que apenas si le permitía vivir pobremente. El escritor solía tropezarse con ella a menudo, cuando la madrileña iba a su trabajo.

Un día pasearon, él se informó de cómo marchaban sus asuntos y ella le dijo que no conseguía salir de una existencia mísera, ya que si veía todas las posibilidades cerradas, tomaría una noche un tubo de veronal. Le contó a Elorrio que aquella situación habría podido ser algo distinta, si hubiera aceptado una invitación del azar. Por las mañanas y por las tardes, al salir de su pensión, solía encontrarse con un señor joven y elegante que la paraba y la invitaba a cenar. Pero ella, a pesar de estar necesitada, no aceptaba.

La tienda donde trabajaba era un Instituto de Belleza. Un día, al llegar al Instituto, recibió un sobre con treinta mil francos. Supuso que eran de aquel señor que la detenía en la calle quien se los había mandado. Al día siguiente lo encontró, la invitó a cenar, como siempre, y ella aceptó.

Fueron a un restaurante elegante de la avenida de los Campos Elíseos. El señor se mostró sumamente amable, se le veía que estaba confiado en su victoria. Pero cuando estuvieron en la mesa, ella le dijo:

—Tome usted su dinero.

—Pero no, guárdese usted.

—No, no quiero engañarle a usted. Tampoco quiero venderme.

—Pero, si yo no quiero más, sino que usted no pase apuros.

—No, no me parece bien; tome usted su dinero.

El señor se mostró un poco preocupado y, al final de la cena, le dijo:

—Ya veo que es usted una mujer terca y voluntariosa. Le voy a hacer una proposición, a ver si le agrada.

—Veamos la proposición.

—¿Usted, definitivamente, no quiere ese dinero?

—No.

—Pues bien, yo soy un hombre que tiene habitualmente mucha suerte. Vamos a

jugar ese dinero. Si gano, como gano casi siempre, lo que gane se lo daré a usted.

—Bueno, hagamos la prueba.

Fueron a casa del señor, porque tenía que recoger algo que no dijo lo que era, antes de acudir a la casa de juego. Salió de su despacho con una pata de cierva. Al parecer era hombre supersticioso.

Llegaron a la casa de juego, que estaba en el extrarradio de París, y el señor comenzó a jugar el dinero que la española había rechazado. En pocos pases aquellos miles de francos fueron a poder del banquero. Cuando se separaron, después de comprender el señor que era inútil insistir para que ella aceptase su ayuda, tan solo cogió un billete para pagar el taxi que le llevó a su pensión.

A partir de ese día, cuantas veces el señor se cruzaba con aquella mujer, se quitaba el sombrero con mucho respeto.

Elorrio, que conocía varias mujeres que hubiesen obrado de distinto modo, admiraba a su compatriota por su heroica resistencia, por su denodada lucha contra la adversidad, pero no la aplaudía. Hubiera comprendido más lógico verla obrar de otro modo. Por su parte, reconocía que en nuestra época no había aventura individual posible. Todo el mundo estaba identificado, fichado. No se podía pasar de un país a otro, no se podía cambiar de oficio. Todo estaba reglamentado y era pobre y mediocre.

En las mujeres había, indudablemente, más posibilidades. Pero la aventura de la mujer, en general, siempre tenía algo de prostitución y carecía de lo fortuito.

Para Elorrio, la gracia de la aventura estaba en vencer el medio. Sometido el medio, ya no había aventuras. El gran aventurero era el que dominaba la situación. La aventura americana no le seducía, pero al último tendría que aceptarla. La cuestión estaba, según él, en batirse con lo que se puede llegar a dominar; batirse con lo invencible, no es batirse, es entregarse; si no hay una posibilidad de éxito, no vale la pena el esfuerzo.

Luchar con un florete contra el que maneja un arma igual, está bien, pero luchar con un florete contra el que emplea una ametralladora, es una insensatez.

El escritor español no tenía simpatía por el hombre corriente y menos por el de la ciudad. Al del campo lo miraba con más simpatía. Cuando veía alguna de aquellas parejas de gran ciudad, fuertes, sensuales, que se atracaban y bebían copiosamente, le daban una impresión un poco desagradable.

En las ciudades, lo que más le intranquilizaba y menos le gustaba eran los bancos. Todos esos artificios y esos juegos que se realizaban con el dinero estaban hechos, evidentemente, para engañar a los que no tenían muchas condiciones para contar y medir.

En las mujeres que trataba, hallaba muchas que se ponían en la actitud de decir:

—No me interesa nada de lo que pasa al uno ni al otro.

Sí, es natural —pensaba él—. Pero tampoco la vida de uno es tan entretenida y tan agradable para meterse de lleno en las tristezas de los demás, como si fueran

propias. Era pedir demasiado. Cada uno lleva al hombro el fardo de sus desgracias, y ya es bastante. Lo más que se puede hacer es no exhibirlas o, de exponerlas, darles un pequeño aire irónico que sirva de entretenimiento.

El gran soberano del mundo era el egoísmo.

Había muchas clases de amistad, pocas que no tuviesen algún interés egoísta encubierto, más o menos inconsciente. No era fácil creer que hubiera un sentimiento humano que no tuviese su fondo de utilidad.

Dos viejos marinos, dos viejos comerciantes, dos viejos profesores, se encuentran en la calle o en una plaza de una ciudad, y pasean y hablan juntos. No se ha pedido uno a otro, desde que se conocen, ni el más pequeño favor. Parece que su amistad es perfectamente desinteresada, pero no lo es. ¿A quién iba a contar cada uno de ellos sus preocupaciones sino al de su oficio? ¿De quién iba a poder escuchar una observación justa y clara sobre sus trabajos o sobre su vida sino de su colega?

Si el interés se puede advertir en la amistad del viejo, ¿qué no será en la del joven? Hay amistades cálidas entre los jóvenes y hay amistades frías y razonadoras. Las amistades cálidas casi siempre terminan en riñas y muchas veces en odios. Elorrio, según él, nunca había tenido esas amistades ecuatoriales. Había vivido sentimentalmente en la zona templada, quizá más cerca del Polo que del Ecuador. A mucha gente esto le parecía una traición, pero un traición ¿a qué?, ¿a quién?

—EN EL MUNDO ACTUAL no hay aventura —dijo Elorrio—. Ni el aventurero ni el héroe se dan en nuestro tiempo. El héroe, todavía, el aventurero, no. Ya puede hacer el hombre lo que quiera. No encuentra la aventura porque el concepto ha perdido su prestigio y su raíz en la cabeza de los hombres.

—Sin ilusión colectiva y sin escenario apropiado no se puede dar la aventura —replicó Escalante—. Y como no los hay, no aparece.

—El hombre que atraviesa a pie de un extremo a otro de África no se le considera como a un aventurero.

—No. Se le tendrá por un explorador o por un geógrafo, pero no por un aventurero —dijo Evans.

—Yo creo que se ve que el concepto ha bajado de categoría y hoy se considera como aventurero a un estafador o a un apache, pero no se le llamaría ni a un hombre que arremetiera empresas difíciles y raras en un país lejano.

—Lo que no hay ambiente para ello —dijo Evans—. En ese ambiente claro no se puede dar el aventurero. La época de la aventura pasó.

—Pasó en la vida y en la literatura —añadió Elorrio.

—En la literatura no tanto —afirmó Abel—. Las novelas de André Gide tienen mucho de novelas de aventuras de nuestra época. Un tipo en que se refleja el vagabundo viajero y homosexual puede tener algunas posibilidades de sustituir en la literatura al aventurero antiguo, pero aunque el autor hiciera a su héroe además antropófago, no conseguiría crear un tipo de aventurero interesante para el público.

—¿Y entre las mujeres? —preguntó Gloria.

—Entre las mujeres la aventura tiene caracteres muy diferentes al de los hombres. La palabra es la misma, el concepto no es igual.

LA AMIGA DE GLORIA, que le había escrito desde San Sebastián, un día apareció de improviso en el hotel del Palais Royal. Como Gloria suponía que a Juan Elorrio le gustaría oír de viva voz algunas noticias de lo que había sucedido en la capital de Guipúzcoa, le llamó por teléfono, por suponer que en aquella hora estaría en su casa.

Efectivamente, a poco apareció en el cuarto y Gloria le presentó la recién llegada a Elorrio, que llegó poco después.

Habló la amiga de una manera deslavazada de muchas cosas. Contó anécdotas diversas, pero lo que más le llamó la atención del escritor fue el caso de un patrón de Bermeo, hombre grande, huesudo, con andar marinero, detenido en la cárcel de Ondarreta de San Sebastián. Completamente despistado, nunca sabía lo que tenía que contestar a un interrogatorio en castellano, para él muy complicado, y en el que se embrollaba constantemente diciendo cosas que no quería decir, y sin saber lo que le convenía declarar y qué lo que debía callar. El pobre hombre estaba espantado por las consecuencias que podía sacar de sus palabras.

—De mí disen que soy un revolucionario y partidario asérrimo del comunismo y así.

Los primeros días después de su detención estuvo cabizbajo y preocupado, pero cuando vio que no se ocupaban más de él, empezó a sentirse más tranquilo.

Cuando alguno se acercaba a él, en la hora del paseo, solía decir siempre:

—¡Mire usted que desir que yo era propagandista asérrimo del comunismo...! Yo nada, no me he metido nunca en nada. Solo en la pesca y así.

Había un joven que aseguraba que habían hecho aleluyas en burla de los empleados y de los presos.

Contaba también que jugaban a la pelota en la cárcel de Ondarreta, pero que luego habían prohibido el juego porque decían que los prisioneros se divertían demasiado y que se oían los gritos que daban desde fuera.

Había un sargento preso que decía que él no había podido ir con los blancos, porque el día del movimiento revolucionario estaba enfermo. Que luego, por el momento, triunfaron los rojos y le obligaron a ir con ellos. Él no tenía la culpa, pero se veía mal y le habían condenado a muerte.

El joven patrón de Bermeo le dijo que no creía que se ejecutase al sargento. Suponía que le indultarían y le condenarían a treinta años de presidio. Al día siguiente, por la mañana, al levantarse los presos oyeron una descarga:

—¿Qué pasa? —preguntó alguno.

—Que han fusilado al sargento.

Los presos entonces empezaron a decir:

—¡Cualquiera se fía de lo que dice ese!— señalando al patrón de Bermeo.

Uno de los compañeros de cárcel, un señorito, era muy bromista y durante la noche tenía la costumbre de tocar una flauta de afilador. Al parecer, los empleados de la cárcel se indignaban con aquella broma y solían registrar todas las celdas en busca del instrumento músico, pero nunca pudieron dar con él.

Ella misma, Julia, la amiga de Amparo, que había estado en Barcelona, se había visto en un trance que pudo costarla caro. Había tratado de salvar a algunas amigas y la creían espía. Un día, el jefe militar le dijo que quería hablar con ella y la llevó en automóvil a una casa de campo. Ella pensó que se trataba de la aventura de un conquistador, pero, una vez llegado a la casa de campo, aparecieron unos soldados que la detuvieron.

No perdonó este engaño y desde entonces se mostraba enfurecida. El militar le dijo que no la dejaría libre, si no pasaba la noche con ella. Pero ella contestó que de ninguna manera. Con otro sistema tal vez hubiese contestado de diferente modo.

En la cárcel le dijeron que tenía que pagar su cuarto y la pusieron a fregar los calabozos. Ella sacaba la bayeta y la pasaba por los ladrillos. Una mujer fuerte y morena, que al parecer la vigilaba, le dijo:

—Tú no sabes fregar.

—No.

—¿Eres una señorita?

—Sí, además estoy embarazada.

—¿De quién?

—De mi marido.

—¡Ah! ¿Estás casada?

—Sí.

—Bueno, pues no friegues, yo fregaré por ti. ¿Tú sabes quién soy yo?

—No.

—Pues soy «la Dinamita». ¿Tendrás ahí algún cigarrillo?

—Sí.

—Pues tráemelo para cuando acabe de fregar.

Las dos mujeres se hicieron amigas.

Mientras estuvo en la cárcel, de la que pudo salir al cabo por la intervención de un pariente suyo, también militar, que fue quien luego la procuró el pasaporte para cruzar la frontera, oyó la amiga de Gloria hablar del caso de uno que salió de Barcelona y se había disfrazado de cura para entrar en San Sebastián, donde hasta dijo misa y confesó.

Todo le habría ido del mismo modo, con las mismas facilidades, si un día, cuando pasaba por delante de la iglesia del Buen Pastor, unos catalanes que le seguían sin que él lo hubiese advertido, no le hubiesen llamado:

—¡Eh, Juanet!

Sorprendido volvió la cabeza, lo cogieron y al día siguiente lo habían fusilado.

Ya no había la más ligera benevolencia entre los españoles. Todo era odio e

interés.

ESTOS VASCOS era gente atrevida. Habían hecho la guerra con los rojos desde Irún hasta Santander. Habían luchado en el cinturón de Bilbao. Todos eran nacionalistas entusiastas y tenían un gran odio por los carlistas navarros. Cuando cedió el cinturón de Bilbao, por la defección del constructor de la obra, según sus defensores, fueron camino de Asturias y allí, estrechados y cercados, se apoderaron de una barca y se lanzaron al mar.

Pasaron varios días sin rumbo y sin comida. Llegaron cansados y hambrientos a la isla de Oléron, próxima ya a la costa de Francia. Allí estuvieron entre pescadores, después trabajando en el campo cerca de Rochefort y luego marcharon a París. El jefe de la patrulla, que había sido empleado de banco, era el que dirigía el grupo.

Se instalaron en un cuarto de una casucha de las afueras, en donde vivían y hacían la comida.

El jefe, Gorriskas de apodo, fue a visitar a Evans a su hotel. Era un hombre inteligente y atrevido. En San Sebastián mandaban anarquistas y comunistas, forasteros, gallegos, castellanos, navarros de la Ribera y portugueses, que no pensaban más que en hacer estupideces aparatosas. El vasco Gorriskas, con los nacionalistas que le seguían, fue al cinturón de Bilbao que defendían muy bien. Los blancos tomaban algunas trincheras apoyados por los aeroplanos que tiraban bombas, pero de noche iban ellos, los desalojaban de las trincheras. Así hubieran estado mucho tiempo, si no hubiera habido traición entre ellos y los planos de las fortificaciones pasaran a los enemigos.

El joven vasco, jefe de su pequeña cuadrilla, estaba en París y trabajaba llevando las cuentas de un comercio, y al anochecer iba a una escuela militar, porque pensaba que la guerra europea se acercaba y quería tomar parte en ella.

—No comprendo para qué, la verdad —le dijo Evans.

—¿A usted le parece un mal proyecto?

—Malísimo. Como carrera, no la va usted a hacer. Eso es evidente. Si tiene éxito, cosa que no me parece probable, no le dejará al extranjero más que las migajas.

—¿Y qué le parece que debo de hacer?

—Yo, como usted, si tuviera algún dinero y fuese joven, me iría a los Estados Unidos, a hacer una prueba de veinte años y al cabo de ese tiempo volvería.

—Puede que tenga usted razón.

Los cuatro vascos jóvenes vivían hechos unos salvajes. Uno había encontrado una pequeña colocación, en casa de un periodista español reaccionario que tenía fama de invertido, y le copiaba a este a máquina artículos para un periódico de América y le escribía muchas cartas, porque su patrón pretendía hacer vida social y tener relaciones con la aristocracia.

Otro compraba y vendía libros viejos y sacaba algún dinero con ello. Sin duda entendía algo de este negocio.

Un tercero encendía el fuego y guisaba. Estaban dispuestos, los cuatro, si llegaba la guerra con Alemania, a alistarse como voluntarios con los franceses, e iban todos ellos a una escuela especial para extranjeros de la que sacaban también algunas ventajas. Ellos pensaban que la guerra en contra de Alemania iba a ser próxima. El periodista creía que no la iba a haber y que la ganarían los alemanes. Por este motivo el periodista y su amanuense reñían con saña, y Gorriskas, cuando salía de casa de su patrón, se decía a sí mismo:

—A este tío pintado lo fusilaba yo ahora mismo en la calle.

Esto no era obstáculo para que, al día siguiente, marchara a casa del periodista a copiar sus artículos y a poner en orden sus notas.

SALIERON DEL HOTEL Dorina, Pagani y Evans, y sin apresurarse demasiado se fueron acercando al parque de las Buttes Chaumont. La tarde de otoño era admirable, con unos colores dorados, en los árboles y en las nubes, maravillosos.

—¿No lleva usted careta para los gases asfixiantes? —preguntó Pagani a Evans.

—Ni nos la han mandado al hotel. Pero yo, la verdad, no creo en eso. Los vaticinios que se hacen sobre la guerra futura ninguno vale nada y no se dicen más que vulgaridades.

—Pensar que quizá, dentro de unos días o de unas semanas, todo esto pueda estar ardiendo por las bombas —pensaba Pagani—. Es triste.

—Sí, es lamentable, verdaderamente lamentable —agregaba el inglés.

Dorina no se ocupaba de aquella cuestión para nada. No albergaba ningún temor. Tenía mucha amistad con Pagani, a quien conocía desde niña, y se burlaba de él porque era un cascarrabias.

Los dos hombres llevaban a Dorina en medio.

Pagani habló de las transformaciones que había sufrido el parque adonde se dirigían, y contó que él había vivido en una calle de Borrego. No sabía de dónde podría venir aquel nombre, porque había un callejón que se llamaba también así, y este se hallaba dedicado a un periodista español, Andrés Borrego, que en su juventud había vivido en Francia. Pagani aseguró que, en aquellos años, solía comer en un restaurante de un amigo suyo, andaluz, de la calle del Sol.

—Sí, es un restaurante tan malo —dijo Dorina, interviniendo en la charla— que muchas veces la carne tiene gusanos, como el queso de Roquefort.

Pagani se incomodó de que se le recordase aquello y replicó que no era verdad, que Dorina exageraba.

—Usted lo ha contado.

—Sí, es verdad, pero el que un día pudiera ocurrir eso, no quiere decir que ocurriera siempre. Una vez en cualquier parte puede suceder.

—Si sigue allí —dijo la chica—, el señor Pagani se muere.

Dorina se echó a reír y poco después preguntó a Evans, con repentina curiosidad:

—¿Quién era Simón Bolívar?

—Era un general americano que se sublevó contra los españoles —le contestó el diplomático—. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Porque esta calle se llama así.

—¡Ah, es verdad!

—También hay aquí cerca otra calle con un nombre que debe ser español: Miguel Hidalgo.

—Sí, es el nombre de un cura que se sublevó en México.

—Por aquí he visto calles con nombres que parecen españoles: Orfila, Bidasoa, Fuenterrabía, Montenegro.

—Veo que se fija usted mucho.

—Dorina es una chica lista, aunque muy maliciosa —dijo Pagani convencido. El hombre tenía no menos entusiasmo por la hija que por la madre. Le gustaba bromear con la muchacha para dar motivo a sus réplicas, siempre vivas e ingeniosas.

Un mozo pasó cerca del grupo que formaban los dos hombres y la muchacha, y a esta la saludó al pasar con un aire muy insistente y expresivo.

—Ese joven, ¿es solo amigo o algo más? —preguntó Evans a la chica con malicia.

—Solo amigo. Por ahora, al menos, no me gustaría casarme con él.

—Entonces, espera usted a otro.

—Sí.

—A ver si cuando llega el gran dúo de amor le puede usted dar bien la respuesta, Dorina.

—¿Usted cree que yo no la daré bien?

—Supongo que sí, porque además en Francia todo habla de amor, todas las canciones se refieren al amor.

—Es verdad, siempre el amor —dijo ella.

—Así que, cuando llegue el momento, hay que suponer que estará usted a la altura de la situación.

—¿Y el momento vendrá? —preguntó ella.

—Sí, yo creo que sí, Dorina... «Un jour viendra...

...mon prince» —añadió ella.

—¿Por qué «mon prince»? —preguntó Evans.

—Es una canción que dice así.

—Pues yo no sabía más que de un perfume que tenía ese título y que se empleaba hace veinte o treinta años.

—¿Y aquí en su hotel hay chicos jóvenes? —preguntó Evans a la muchacha.

—Ninguno. Es el carácter de la casa. Eso creo que dicen los sabios que es síntoma de decadencia.

Los dos viejos se echaron a reír.

—Por lo menos es un mal lugar para tener novios —indicó Evans.

—Pero si Dorina se marcha al Canadá, como parece, el primer novio que tenga, lo tendrá allí —manifestó Pagani.

—Y se dirigirá a ella en inglés —continuó Evans.

—Pero allá hay mucho francés —replicó la chica.

—¿Es cierto que va usted al Canadá? —preguntó Evans.

—Sí.

—Allí tiene un pariente, hermano de su madre —replicó Pagani.

—¿Y le gusta a usted la idea de ir allá? —dijo el diplomático.

—Mucho. Estoy deseándolo, pero lo siento por tener que dejar a mi madre.

LLEGARON ENTONCES al parque de las Buttes Chaumont, un parque hecho en una depresión del terreno, como en una gran caverna. Se asomaron a la extensa hondonada con su lago, que tenía en medio un cerro rocoso con un templete en lo alto. Dorina dijo que lo conocían por el laberinto, y a uno de los puentes le llamaban el puente Suspendido, y al otro el de los Suicidas.

Pagani contó que él había oído decir a un viejo que cuando la Commune, los versalleses, desde los altos de Montmartre, bombardearon a los federales que estaban refugiados en los alrededores de las Buttes Chaumont, a los que no veían.

El señor Pagani tendía a dar explicaciones sobre los lugares que se divisaban desde allí.

—Esta parte, entre Belleville, San Gervasio y Pantin —dijo Pagani—, debía de ser antiguamente de terrenos bajos y cenagosos. Por aquí se habla de que había hace años los pantanos de Porcherons, que separaban Montmartre de la parte de la Courtille.

—¿Dónde estaba eso de la Courtille? —preguntó Evans.

—Por ahí debía de estar, por esos alrededores del Prado de San Gervasio. ¿Le dice a usted algo eso de la Courtille?

—Sí, yo he leído que al final de los Carnavales, hace ya un siglo, se organizaba una fiesta el Miércoles de Ceniza, una especie de procesión báquica en la Courtille, y marchaba a los bulevares.

—Sí, yo también he leído algo parecido, pero no lo recuerdo bien.

Después Pagani estuvo hablando de los crímenes de Tropmann, que tuvieron lugar en Pantin, y de un sendero de este barrio, llamado el Camino Verde, por donde el asesino pasaba varias veces y en donde se encontraron, poco después del crimen, seis cadáveres de los muertos por aquel bárbaro.

—Era el Weidmann de la época —indicó Evans.

—Sí, algo por el estilo.

—¿Y cuándo ocurrió eso?

—En septiembre de 1869. No habíamos nacido ni usted ni yo —dijo el inglés.

—Ese Tropmann era un hombre indiferente y cruel y, sin embargo, lloraba cuando pensaba en su madre. Mató a unos niños y dibujó la escena cuando estaba preso en la cárcel, y atribuyó la muerte de los niños al padre de ellos.

—Por un lado sentimental y por otro asesino. Sin duda, es una mezcla que se da en Alemania más que en otras partes —indicó Evans—. El caso Weidmann, que decíamos antes, y el del vampiro de Dusseldorf fueron algo parecido.

La chica Dorina escuchaba lo que hablaban sus acompañantes con curiosidad. Ellos se habían retrasado un poco. La chica tenía un aire irónico. La gustaba

coquetear, aunque fuese con un viejo.

—No sé dónde tiene esta chica el aire burlón, si en los ojos o en la boca —dijo Evans a Pagani—. Creo que más bien en la boca.

—Esta le da cien vueltas a cualquiera —replicó el señor Pagani—. Es capaz de burlarse de su sombra.

Cuando se alcanzaron, Dorina contó que en el colegio del barrio, que estaba bastante cerca de una escuela de chicos, estos les escribían fogosas cartas de amor y ellas contestaban, y a veces los chicos se pegaban por rivalidades de unos con otros, lo que a ellas les hacía reír mucho.

—Es el eterno femenino —dijo el diplomático.

Dorina manifestó que, cuando se casara, le gustaría que su marido fuera hombre que la dirigiera y la dominara.

—Entonces, la esclavitud —replicó el inglés.

—No, la sumisión —contestó ella.

Tenía la idea de que para que una pareja estuviera bien, el hombre tenía que ser alto y moreno, y la mujer más pequeña y rubia.

—Era la opinión de Goethe para los héroes del teatro —dijo Evans.

—No sé quién era ese señor —indicó Dorina.

—Un poeta alemán famoso.

A Pagani no le interesaban más que las cosas antiguas y geográficas. Dorina miraba de través y torcía un poco los ojos.

—No mire usted así, porque bizquea usted un poco con ese ojo —dijo el inglés en broma.

—¿Y eso le parece a usted feo?

—No, no. Me parece muy gracioso, pero no hay que abusar de la gracia.

Dorina habló, con una mezcla de broma y conmiseración, de la profesora irlandesa que la había dado lecciones de piano. Era, según ella, muy simpática y muy buena, pero un poco borracha y sentimental, y muchas veces aparecía con los ojos llorosos, la nariz roja y el sombrero torcido y balbuceando.

—Esta lo cuenta todo en burla —dijo Pagani—. Los jóvenes de ahora son así.

—¡Pues qué quiere usted! Cuando a mí me guste beber, la gente se reirá también un poco de mí.

—¿Y cree usted que le gustará beber? —preguntó Evans.

—No sé todavía si me llegará a gustar o no, pero pudiera gustarme cuando tenga más años.

Dieron unas vueltas por el parque y al atardecer, como comenzase a soplar un vientecillo fresco, pensaron que debían marcharse a casa. Fueron hacia el hotel.

—Su madre debe tener un carácter muy amable —le dijo Evans a la muchacha.

—Es encantadora. Yo la quiero, no como si fuera mi madre, sino como si fuera mi hija.

—¿Y su padre?

—Es muy bueno, pero muy violento y huraño. La pobre mamá le tiene que aguantar sus malos humores.

—¡Ya verás si sabe tu padre que hablas así! —dijo Pagani.

—¡Bah! No se lo van a decir ustedes...

—¿Y su hermano? —le preguntó de nuevo Evans.

—Es de la misma raza de mi padre, de la raza de Pantin.

Los dos acompañantes se echaron a reír. Los parisienses consideran a los de Pantin como gentes un poco rudas y bárbaras.

Al volver a casa se despidieron. Dorina entró en el hotel. Evans y Pagani siguieron hasta tomar el Metro en la estación de Botzaris, para que les llevase al centro de la ciudad.

YA EN LA CALLE, Pagani dijo al inglés que le acompañara a una cervecería del bulevar de Clichy, donde solía ir alguna que otra vez. Le podía convidar a tomar un café. No comía de noche más que eso: café con leche y un bollo. Solía tomarlo en el cuarto del hotel, pero a veces se aburría de tener que calentar el café y la leche en el infiernillo de alcohol y de cenar en la soledad.

—Bueno, pues vamos donde usted quiera.

Tomaron el Metro, bajaron en el bulevar, entraron a la cervecería, que no estaba llena, y Pagani preguntó con cierto interés:

—¿Qué le ha parecido a usted Madame Latour, amigo Evans?

—Muy bien. ¿Cómo se llama de nombre?

—Herminia.

—¿Y de apellido?

—Rosteguy.

—Es un apellido vasco.

—Sí, creo que sí. Tiene un aire de gran dama, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y la chica?

—La chica me ha parecido muy inteligente, muy avispada y muy simpática.

—Sí, es verdad. Ha salido a la madre, porque, como habrá usted notado, el padre es un hombre brutal y violento, al que no le interesan más que las cosas prácticas.

—Sin embargo, su mujer parece que está muy contenta con su marido.

—¡Qué va a hacer la pobre! Él es un déspota.

—Y parece que es hombre a quien no le gusta hablar.

—Poco. Pero no es tonto para los negocios. Es hombre que tiene sentido.

—¿Y el chico?

—El chico es muy majadero y charlatán, al menos por ahora.

—Sí, es raro que a su edad se pueda ser tan pedante.

—Muchas veces, la madre le reprocha el que no diga más que tonterías y que sea impertinente y aburrido, y él suele replicar con seriedad: Todo el mundo tiene sus defectos.

—Sí, las dos mujeres son las que más valen en la casa.

—Es verdad.

—Y ahora van viento en popa, aunque pasajeraamente, viven con mucha economía. Están arreglando un hotelito aquí cerca, en el bulevar de Clichy, y dentro de poco aparecerán como propietarios ricos.

—¿Y usted?

—A mí me dejarán un cuartito en la casa.

Contó Pagani que, durante largo tiempo, la madre y la hija, en su compañía, por las tardes y por las noches, habían trabajado para una fábrica de perfumes, pintando y cortando etiquetas o haciendo flores artificiales.

—¿Y usted colabora con ellas?

—Sí, en lo que podía. La madre ilumina también estampas con mucha gracia. No descansa un momento. Sus distracciones son variar de trabajo. Con todo ese se han sostenido y, mientras tanto, el dinero se ha ido acumulando en el banco.

Pagani llevaba a la feria y a las tiendas de antigüedades estos productos de la casa.

Al comenzar las amenazas del conflicto europeo, Madame Latour había previsto el peligro de la guerra y preparó el viaje de Dorina al Canadá, y ya tenía los papeles arreglados y el billete de barco para su hija.

—¿Y ella?

—Ella piensa que se debe quedar con su marido y su hijo, defendiendo lo que tienen. El chico todavía no está en edad de ser llamado y, según lo que dure la guerra, podrá salvarse de ese peligro.

—Se ve que Madame Latour es una mujer muy hábil.

—Muy hábil y muy buena. Si no fuera por ella, yo ya me habría muerto.

—¿Y cómo ha podido, una mujer de posición humilde, improvisar todo lo que tiene?

—¡Qué quiere usted! Es el talento natural.

—Porque solo para tener ese saloncillo, como lo tiene ella, con sus muebles y sus estampas y su aire gracioso, se necesita un fondo de buen gusto y de cultura que mucha gente rica no lo tiene.

—Ahí se ve su gracia.

—La bondad —dijo Evans—, ¡qué maravilla en el hombre, cuando las fuerzas naturales le han hecho egoísta, brutal y envidioso! Desear el bien ajeno, y no solo desearlo, sino poner los medios para que este bien se realice, es algo verdaderamente extraordinario y maravilloso. A mí nada me asombra tanto como esto. El talento, el ingenio, la facultad de inventar, nada me produce una sorpresa tan grande como la bondad. Esto lo encuentro extrahumano, en el buen sentido.

—Es verdad.

—Son milagros de la inteligencia.

Hablaron a continuación de la guerra y de sus peligros. Pagani dijo que le habían dado una careta para los gases asfixiantes, que tenía en su cuarto, pero que no creía que le fuera a servir para gran cosa. Evans tampoco lo creía. Pagani estaba dispuesto, si había bombardeos aéreos, a quedarse en su buhardilla y a no bajar a ningún refugio. Si le alcanzaba una bomba en su casa, se diría a sí mismo: ¡Adiós, señor Pagani, buenas noches! Pero no quería morir asfixiado en un agujero del suelo, como una rata en una alcantarilla.

El inglés dijo que le parecía que estaba en lo cierto, pensando de esa manera, y

que había que tener sobre todo resignación filosófica. Entonces Pagani le preguntó si no creía que debían tomar cada uno un ajenjo para animarse un poco, como se tomaba en su tiempo.

—No, porque tengo la evidencia de que nos haría daño. Eso no es dedicarse a la filosofía, sino excitarse de una manera estúpida para nada.

Pagani refunfuñó un poco y al último se calló.

Era ya tarde. Salieron de la cervecería y cada uno de ellos cogió el Metro para ir a su casa.

EVANS LE REGALÓ un calorífero eléctrico a Pagani para la cama, que el inglés no necesitaba en su hotel y le había sido antes de gran utilidad para no helarse en su cuarto. Como Pagani era una persona considerada, antes de usarlo quiso advertir a Madame Latour del regalo que le había hecho Evans, por si el consumo podía significar un gasto considerable. Ella le dijo que no se preocupara, que aquello no tenía importancia pues el gasto del fluido eléctrico en tales aparatos era muy reducido.

Al día siguiente del regalo, Evans y Pagani se vieron porque se habían citado en la plaza de los Vosgos para ir a visitar juntos el Museo Carnavalet.

—¿Qué tal funcionó el calorífero? —preguntó el inglés, al encontrar a su amigo—. ¿Le sirvió de algo?

—¡Ya lo creo! —contestó Pagani—. Resulta un gran recurso para no tener frío en la cama. Ahora, que antes de usarlo, se lo dije a Madame Latour.

—¿A tal extremo lleva usted sus precauciones?

—Sí, por si el gasto de fluido resulta abusivo.

—¡Bah, es poca cosa! Pero, además, entre todo el consumo del hotel, ¿qué puede significar un calorífero más o menos?

—De todos modos, no quería abusar.

—¿Y qué le dijo ella?

—Pues lo mismo que usted, que la cosa no tenía importancia.

En tanto Evans y Pagani habían llegado a la puerta del Museo Carnavalet, donde por entonces se celebraba una exposición de retratos de personajes de la Revolución Francesa. Entraron.

Vieron grabados y pinturas muy expresivas en los que se reproducían las efigies de Danton, Robespierre, de Carlota Corday, de Madame Roland. Entre las obras expuestas se tropezaron también con un busto coloreado de Marat, tan naturalista que, si uno se hubiera encontrado de repente a un tipo así en la calle y a solas, le hubiera causado miedo.

La naturaleza tampoco se había mostrado muy generosa con Danton. Era un hombre francamente feo. Había un motivo para que lo fuese: había tenido como nodriza de niño una vaca. Un día en que iban la nodriza y él, se les lanzó un toro que se había escapado; se lanzó sobre la vaca y dio a la criatura una cornada que le partió el labio superior. Ese había sido el origen de la deformidad que se advertía en su rostro. No bastó eso. Estaba predestinado a sufrir los ataques de los bichos cornudos... y de los jóvenes realistas.

Cuando tenía siete u ocho años, como si quisiera vengar la ofensa del labio, se puso a luchar contra un becerro y recibió una cornada que le aplastó la nariz. Tenía,

pues, una cara labrada a cornadas. Pero tampoco eso le bastó al Destino para moldearlo. Unos cerdos, a los que atacó a latigazos, aprovecharon verle caído en el suelo, por haber tropezado, y se lanzaron sobre él causándole una terrible herida, muy semejante y con resultados parecidos a la que sufrió Boileau en su infancia, a punto de perder su virilidad. Estuvo después expuesto a perecer ahogado, le atacó una fiebre perniciosa y, para remate, padeció unas viruelas locas de importancia y un tabardillo. Con todo eso, era difícil que fuese un Adonis. Sin embargo, trasladado el joven abogado sin clientes a París, porque su madre había contraído segundas nupcias, en el tiempo en que vivía en la modesta posada de «El Caballo Negro», que en la calle Godofredo el Burrero tenía un tal Lagrón, muy concurrida de champañeses, viéndole tan henchido de una alegría franca y ruidosa, supo enamorar a la cajera, Gabriela Charpentier, conmovió su corazón y causar tanta impresión sobre ella que, al oír que las gentes le decían: ¡Qué feo es!, su ojos, engañados por su corazón, le hacían creer lo contrario.

Pagani, cuando oyó a su amigo todos aquellos detalles, se sorprendió de verle tan informado.

—Grandes figuras y pintores mediocres —dijo Evans haciendo un resumen de lo que veían.

—Cierto —contestó Pagani.

—En cambio en España —continuó el inglés—, por el mismo tiempo, tipos mediocres y un gran pintor, como Goya.

—Es verdad.

—Estos viven por sus obras y aquellos, por su representación en los cuadros.

Después de un silencio, Pagani preguntó a su amigo:

—¿Qué le parece a usted la Revolución Francesa?

—Que fue un ensayo muy intenso de la latinización de Francia —contestó el inglés.

—¿Para usted malo?

—En sus resultados, sí.

—¿Y el Imperio de Napoleón?

—Algo peor.

Evans había tenido siempre cierta antipatía por el Emperador, fácil de comprender en un inglés.

—¿Pero no cree usted que era un hombre de talento? —le preguntó Pagani, no del todo conforme con la opinión de su amigo.

—Claro que lo era. Talento estratégico y matemático, extraordinario, genial. Pero poca cosa como hombre. Un tipo bilioso, pequeño, barrigudo y cetrino. El tipo del Mediterráneo, atracado de macarrones y de aceitunas verdes, sin cejas y sin pestañas. Es el hombre sin gracia. Todo para él es serio: las condecoraciones, los penachos, los uniformes, los títulos, las estadísticas. No tiene en su vida un rasgo de humor. Shakespeare no hubiera podido hacer ni una tragedia ni una comedia con su vida.

Después de salir del museo, Evans y Pagani pasearon hasta llegar a los Mercados, y una vez allí entraron a cenar a una taberna en donde servían dos o tres camareros españoles.

Terminada la cena, como aún fuese temprano para retirarse, dieron un paseo largo y volvieron al hotel de la calle de los Solitarios.

Fueron los dos al cuarto de Evans. Pagani vio sobre la mesa un libro de Dostoyevski y, tomándolo, comenzó a hojearlo.

—¿Ha leído usted algo de él? —le preguntó Evans.

—Sí —contestó Pagani—, lo de los presidios siberianos.

—¿*Los Recuerdos de la Casa de los Muertos*?

—Eso es. Y también *Eterno Marido*.

—Todo terrible.

—Sí, es verdad.

Evans enseñó a su amigo algunos retratos del escritor ruso, con su rostro atormentado por las huellas del sufrimiento.

—Es el escritor más grande del siglo.

—¿Cree usted?

—Sí.

Después hablaron de los escritores franceses. A Evans no le producían entusiasmo.

—¿Le gusta a usted Courteline? —le preguntó Pagani.

—No; es agrio, malhumorado. No es un humorista, sino un hombre de mal humor.

—¿Y Colette Willy?

—Colette Willy está muy bien. En su obra hay claridad, exactitud, también hay poesía y tristeza.

—Tiene usted razón.

Después cada cual se marchó a su cuarto.

LA AMISTAD DE GLORIA Y ELORRIO no se consolidaba. Él quería llevarla por el camino normal y corriente. Ella sentía como una cólera interior por haber fracasado en su matrimonio y ya no quería someterse a ninguna norma social aceptada. No tenía ni simpatía ni curiosidad por América y pensaba que la vida allí con Elorrio le iba a ser insoportable. Tener un pequeño prestigio social, conocer gente, rehacer la vida, no quería pensar en ello. Tenía un fondo de aventurera.

A Julia le pasaba igual. Esta se mostraba decepcionada por el matrimonio, pero si se hubiera observado bien a sí misma, hubiese visto que su situación y su ruptura matrimonial le gustaban, porque le dejaban campo abierto para sus fantasías y libertad para hacer lo que le diera la gana.

Las dos mujeres amigas eran capaces de trabajar en lo que fuera con entusiasmo, pero después querían coquetear y divertirse hablando con unos y con otros. La vida sería a ninguna de las dos le entusiasmaba. Habían perdido la ética de su categoría en su grupo social. Julia veía en su marido un botarate que le iba a dar continuos disgustos y a ponerla en situaciones difíciles. Gloria no, ya notaba que Elorrio no haría tonterías, pero le podía sujetar a ella y más en un medio poco conocido, y entonces suponía que su vida iba a ser poco grata.

Julia pensaba que la actitud de Gloria con Elorrio era una tontería, una simpleza, pero no había tal. Gloria veía, sin duda, con claridad su posición y la de Elorrio, comprendía que en la vida íntima a la larga sería él el que triunfara, y esto no le hacía ninguna gracia.

Gloria, ante sus amigos y ante Elorrio, [solía] exagerar un poco su carácter frívolo. Esto lo fingió muy bien, con mucho arte, y Julia varias veces le reprochó sus veleidades. Elorrio también se exasperaba con los cambios de opinión de Gloria. Esta tenía talento para señalar el defecto principal de los conocidos, pero lo que le molestaba a Elorrio es que a unos, estos defectos los perdonara, y a otros, no. Esas veleidades de Gloria no eran completamente auténticas, sino muchas veces simuladas.

—En eso, si el defecto es defecto, en Juan como en Pedro, no sé por qué al uno hay que perdonarle y al otro no —decía Elorrio.

Gloria contestaba de una manera ambigua.

—Tu marido es un majadero y te ha tratado mal —replicaba Juan—, pero parece respetable. Yo, en cambio, que haría lo posible para que tú vivieras bien, no represento nada para ti.

—¡No me vengas a mí con historias!

—No son historias; es verdad. Yo soy capaz de hacer por ti lo que sea, lo que pueda, pero tú no lo estimas. De antemano has hecho la clasificación. Uno tiene bula

y el otro no la tiene, y yo soy de los que no la tienen, al menos por ahora.

—Bueno, no hablemos más.

—Sí, hablemos. Es que es asquerosa esa medida caprichosa de la gente. Lo que es bueno en uno, es malo en el otro y al revés. Eso no se puede aceptar.

—Pues no lo aceptes. Nadie te lo exige.

—¿Es que tú no te consideras con la obligación de ser un poco justa?

—Yo no.

—Entonces no quiero discutir.

—No discutas.

—No, ya no voy a discutir. ¿Para qué? Si de ninguna manera puedo tener razón. ¿Para qué argumentar? ¿Para qué explicarse?

—Lo que quieras.

—Bien, yo me tengo que marchar a América. Yo preferiría ir contigo. Ahora, si tú no quieres venir..., yo no puedo hacer nada. Yo aquí te dejo mis señas en París. Si tú cambias de opinión, me escribes; si no, ¡qué se va a hacer!

—Bueno, estamos conformes.

Elorrio, al salir de la habitación, se encontró con Escalante y se puso a hablar con él.

—Yo he tenido mucho entusiasmo por la suerte y la fortuna —dijo, como hablando consigo mismo—, pero no la he podido conseguir. No creo que la haya tenido cerca de mí nunca. Si la hubiese encontrado propicia, hubiera intentado conquistarla de cualquier modo, pero no ha estado nunca a mi alcance. No creo que hayan sido escrúpulos éticos los que me han impedido dominarla, no, lo que me ha pasado es que no la he encontrado nunca en mi camino.

—¿Nunca?

—Nunca. Mediocridad, mediocridad y mediocridad. Esa ha sido siempre mi perspectiva. Cuando se tiene ese destino de vivir en el mundo de lo mediocre, no hay manera de vencerlo, haga uno los esfuerzos que quiera.

Abel contempló a su amigo y no dijo nada. Elorrio se despidió de Escalante.

Elorrio hizo sus preparativos. Antes, escribió una carta a Gloria hablándole de sus sentimientos, diciéndole que no le molestaría más, ni la escribiría. En vista de que ella no le contestaba, Elorrio le volvió a escribir. Le decía que creía que podían rehacer la vida en América, que le prometía no pensar nunca en el pasado y que creía que podían entenderse y vivir de una manera nueva.

Gloria leyó la carta, estuvo seria unos días y dijo que ella no estaba por la seriedad, que no le gustaba. Elorrio se decidió a marchar a América y comenzó sus preparativos. Ya comprendía que él no le era simpático. ¡Qué iba a hacer! Con esto no se podía luchar. Él hubiera querido marchar a América con ella y trabajar a ver si llegaban a una posición mediana. No lo había conseguido. No tenía suerte.

La carta estaba saturada de tristeza.

Elorrio volvió a escribir de nuevo. Le decía a ella que era su última carta. Gloria,

al leerla, quedó un tanto seria y pensativa. Después, con una decisión brusca, la rompió en pedazos, que los fue tirando por el balcón.

—No comprendo cómo no aceptas la proposición de Elorrio —dijo Julia—. Un hombre joven, fuerte, inteligente, trabajador, que te quiere...

—A mí no me gusta la gente seria —replicó Gloria.

—¡Pues es una estupidez, chica!

—No digo que no. ¿Qué voy a hacer yo en América?

—¿Qué vas a hacer? Vivir como una persona digna, trabajando, ayudando a tu marido... ¡a tu marido...!

—No, no quiero nada de eso.

—Bueno, haz lo que quieras. Creo que te arrepentirás.

—No sé, supongo que olvidaré eso, como olvido todo.

—Entonces, no hablemos más.

—Es lo que yo deseo.

Unos días después Julia le vio a Gloria triste y pensativa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Gloria le habló de la carta de Elorrio que había roto y le dijo que creía que, en el fondo, le quería.

—Entonces, eres una estúpida —dijo Julia.

—Sí, es verdad.

—No sé qué podrás pretender más. Él quiere llevarte a América, ver si allí os podíais casar y vivir juntos...

—Sí, tienes razón, he estado muy estúpida.

—Pues yo no sé si eso para ti tendrá remedio.

—Seguiré la suerte contigo.

Elorrio, desilusionado y triste, intentó convertir su tristeza en burla y leyó a Escalante unos trozos de una canción a la que llamaba balada de viejo estilo y de la que recordaba Escalante algunos trozos. La canción decía así:

*Buena suerte en el amor  
Elorrio ya no tendrá;  
queriendo ser seductor  
Elorrio fracasará.  
Que vaya al norte o al sur  
es lo mismo para él;  
honrado, caco o tahúr  
no tiene suerte ni ley.*

Después de estas cuartetas, venía el envío, que decía:

*Aquí Goyena y Elorrio  
se despide de su amor,  
viendo al fin que a su bodorrio,*

*no encuentra ya solución.*

Gloria y Julia se marcharon poco después a Suiza a un gran hotel. Julia sabía alemán. Las dos entraron de empleadas en un gran hotel de la Engadina y se distinguieron por su trabajo y por su seriedad.

Al cabo de algún tiempo se supo el paradero de Elorrio en Buenos Aires y de su amigo Abel. Elorrio hacía artículos y traducciones para vivir con modestia. Escalante en los Estados Unidos dirigía películas y ganaba mucho dinero.



PÍO BAROJA (San Sebastián, 28 de diciembre de 1872 - Madrid, 30 de octubre de 1956). Novelista español, considerado por la crítica el novelista español más importante del siglo xx. Nació en San Sebastián (País Vasco) y estudió Medicina en Madrid, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Su primera novela fue *Vidas sombrías* (1900), a la que siguió el mismo año *La casa de Aizgorri*. Esta novela forma parte de la primera de las trilogías de Baroja, *Tierra vasca*, que también incluye *El mayorazgo de Labraz* (1903), una de sus novelas más admiradas, y *Zalacaín el aventurero* (1909). Con *Aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), inició la trilogía *La vida fantástica*, expresión de su individualismo anarquista y su filosofía pesimista, integrada además por *Camino de perfección* (1902) y *Paradox Rey* (1906). La obra por la que se hizo más conocido fuera de España es la trilogía *La lucha por la vida*, una conmovedora descripción de los bajos fondos de Madrid, que forman *La busca* (1904), *La mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). Realizó viajes por España, Italia, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, y en 1911 publicó *El árbol de la ciencia*, posiblemente su novela más perfecta. Entre 1913 y 1935 aparecieron los 22 volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Aviraneta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las Guerras carlistas. Ingresó en la Real Academia Española en 1935, y pasó la Guerra Civil española en Francia, de donde regresó en 1940. A su regreso, se instaló en Madrid, donde llevó una vida alejada de cualquier actividad pública, hasta su muerte. Entre 1944 y 1948 aparecieron sus Memorias, subtituladas *Desde la última vuelta del camino*, de

máximo interés para el estudio de su vida y su obra. Baroja publicó en total más de cien libros.

Usando elementos de la tradición de la novela picaresca, Baroja eligió como protagonistas a marginados de la sociedad. Sus novelas están llenas de incidentes y personajes muy bien trazados, y destacan por la fluidez de sus diálogos y las descripciones impresionistas. Maestro del retrato realista, en especial cuando se centra en su País Vasco natal, tiene un estilo abrupto, vivido e impersonal, aunque se ha señalado que la aparente limitación de registros es una consecuencia de su deseo de exactitud y sobriedad. Ha influido mucho en los escritores españoles posteriores a él, como Camilo José Cela o Juan Benet, y en muchos extranjeros entre los que destaca Ernest Hemingway.

# Notas

[1] *Soi-disant*: tiene un calco español, aunque poco usado: «sedicente». En *DRAE*: «que se da a sí mismo tal o cual nombre, sin convenirle el título o condición que se atribuye». <<

[2] Versos del poema de Paul Verlaine, «Il pleure dans mon coeur» del poemario *Romances sans paroles* (1874): «Llora en mi corazón / como llueve en la ciudad. / ¿Qué languidez es esta / que invade mi corazón?». <<

[3] Canción sobre *Malbrough-Mambrú* cuya traducción popular quedó así: «Mambrú se fue a la guerra, / qué dolor, qué dolor, qué pena; / Mambrú se fue a la guerra, / no sé cuándo vendrá». <<

[4] Canción perteneciente a la ópera bufa *Gioflé-Giofla*: «Qué hermosas hijas tienes, / Gioflé, Giofla; / qué hermosas hijas tienes, / Amor contarán». <<

[5] *Envoutement*: hechizo, maleficio. <<

[6] El juego mitológico solo tiene sentido manteniendo el nombre inicial que Baroja dio a Gloria en una primera escritura: Flora. <<

[7] Es decir, «que Elorrio da o es gafe». <<

[8] *Politesse*: cortesía. <<

[9] «Señora, no hay como tener buena prensa». <<

[10] «No traía, ¡ay!, a Francia / más que mis canciones y quince años, / mi viella y la esperanza». <<

[11] *Grognard*: viejo soldado, en este caso, napoleónico. <<

[12] *Mam-zelle Nitouche* vendría a ser algo así como «Señorita falsa/hipócrita». «Le couvent, séjour, charmant»: «El convento, estancia encantadora». «Un jour un brave capitaine»: «Un día un valiente capitán». «Tout va tres bien, madame la Marquise»: «Todo va muy bien, señora Marquesa». <<

[13] «Mimi Pinson lleva una rosa, / una rosa blanca al lado; / esta flor en su corazón  
florece, / ¡landerirette! / Es la alegría». <<

[14] *Le Bœuf sur le Toit*: «El buey en el tejado». Este restaurante se encuentra en la Rue du Colisee. <<

[15] *Fen de brût*: «hagamos ruido». <<

[16] «El otro día, al final de un valle / una serpiente mordió a Jean Fréron. / ¿Qué piensan que pasó? / Fue la serpiente la que reventó». <<